

De Regreso a los Cimientos

Mensajes de Nuestra Fe Bautista Histórica

Paul W. Powell

De Regreso a los Cimientos

Mensajes de Nuestra Fe Bautista Histórica

Paul W. Powell

BAPTISTWAY PRESS

Traducido de *Back to Bedrock* por Miguel A. Mesías E.
© Copyright 2003
Comité de Distintivos Bautistas/Centro de Herencia Bautista de Texas
Baptist General Convention of Texas

Impreso en los Estados Unidos
Printed in the United States

ISBN 0-000-000-0

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro se puede reproducir ni transmitir en ninguna forma ni medio, ni electrónico ni mecánico, incluyendo fotocopiado, grabación o sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso previo por escrito del publicador.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblica son tomadas de la Nueva Versión Internacional. Usadas con permiso.

Dedicatoria

*Un sinnúmero de antepasados Bautistas vinieron a Texas
de todos los Estados Unidos
y de varias naciones del mundo.
Ellos establecieron en Texas
uno de los más fuertes testimonios Bautistas por Cristo
sobre el cimiento de la sana doctrina y normas bíblicas.
Este libro está dedicado a esos Bautistas.*

Esta edición en español de *De Regreso a los Cimientos* fue posible gracias a la cooperación Bautista. Paul Powel pidió a Miguel A. Mesías, Doctorado en Ministerio, graduado del Seminario Teológico George W. Truett, quien está dedicado al ministerio de traducir materiales cristianos, que traduzca el libro del inglés al español. BAPTISWAY PRESS publicó el libro con fondos provistos mediante las ofrendas generosas de varias personas. Esperamos que este libro sea útil a la población hispana que crece rápidamente tanto en número como en influencia.

Contenido

Prólogo	7
Prefacio	9
Introducción	11
Capítulo 1: Dios—El Dios que Es	15
Capítulo 2: Las Escrituras—El Libro que Creemos	25
Capítulo 3: El Hombre—La Historia de Todo Hombre	35
Capítulo 4: La Salvación—Una Salvación tan Grande	43
Capítulo 5: La Iglesia—La Familia de Dios	55
Capítulo 6: El Sacerdocio del Creyente— Nuestro Derecho Inalienable	67
Capítulo 7: Libertad de Religión—Nuestra Creencia Atesorada	77
Capítulo 8: Evangelización y Misiones— Nuestro Mandato Misionero	89
Capítulo 9: Cooperación—Cómo Trabajar Juntos y Unidos	99
Capítulo 10: El Bautismo y la Cena del Señor— Sermones en Símbolos	109
Capítulo 11: La Mayordomía—Billeteras Bautizadas	119
Capítulo 12: El Creyente y el Orden Social— Religión con Dos Manos	129
Capítulo 13: Los Ministros—El Deber del Ministro	141
Capítulo 14: Las Últimas Cosas—Los Últimos Días	153
Notas	163
Bibliografía Selecta, en Inglés	165
Apéndice	167-187
Cubierta	
Actas de la Union Baptist Association	
Artículos de Fe	
Carta de Derechos Inalienables	
Constitución	
Reglas de Decoro	
Tabla de Pastores, Diáconos, Secretarios, Iglesias, etc.	
Carta Circular	

Prólogo

Este libro es producto de la cooperación Bautista. Paul W. Powell, autor de numerosos libros, respondió positivamente a la petición de preparar un libro de sermones sobre el cimiento de las creencias Bautistas.

La petición surgió de una conversación entre E. Eugene Greer, Jr., y yo, en nuestros papeles de voluntarios sirviendo en el Comité de Distintivos Bautistas y el Centro de Herencia Bautista de Texas, de la Baptist General Convention of Texas. Gene Greer, que sirvió como Director de Proyectos e Investigación hasta poco antes de su muerte acaecida en julio del 2003, opinaba que había una necesidad de un libro que trate de las creencias y doctrinas Bautistas básicas. Al conversar sobre el asunto llegamos a la conclusión de que será mejor tener dos libros, en lugar de uno solo: uno de sermones sobre las creencias Bautistas básicas, y el otro que yo ya estaba escribiendo para miembros de iglesias sobre la herencia, creencias y normas Bautistas.

Paul Powell fue escogido para escribir el libro de sermones. Es pastor de experiencia, líder Bautista denominacional, ex-presidente de la Annuity Board of the Southern Baptist Convention, actual Decano del Seminario Teológico George W. Truett de la Universidad Baylor, y autor de numerosos libros, incluyendo libros de sermones. Cuando le hablamos de la idea, Paul Powell gustoso aceptó escribir este libro.

El libro es singular por cuanto los mensajes se basan en las creencias Bautistas que expresaron los que, en 1840, formaron la primera asociación Bautista en Texas. Debido a que los Bautistas que redactaron esos Artículos de Fe venían de iglesias de todos los Estados Unidos para establecerse en la frontera de la República de Texas, la fe que articularon no es provincial, o sea, no es una versión "Bautis-

ta de Texas” de las creencias Bautistas. Más bien son, en muchos sentidos, las creencias esenciales de los Bautistas de toda una variedad de áreas geográficas y trasfondos de iglesias. Por consiguiente, personas de todos los Estados Unidos y el exterior se pueden identificar con el contenido de este volumen de sermones que tratan de lo esencial de las creencias Bautistas.

Los fondos para el proyecto vinieron de varias fuentes, incluyendo el Comité de Distintivos Bautistas y el Centro de Herencia Bautista de Texas, un donativo de la Prichard Family Foundation, individuos, y el Fondo James and Irene Landes Fund provisto por Ruth y Bill Pitts, hija y yerno de los Landes, para los proyectos del Centro de Herencia Bautista de Texas. Varias personas contribuyeron con su tiempo y esfuerzo, como el personal del Seminario Teológico George W. Truett y los voluntarios del Centro de Herencia Bautista de Texas. Nancy Floyd, asistente del Decano en el Seminario Truett, mecanografió el primer borrador del manuscrito. Doris Tinker, Directora voluntaria de Organización y Comunicación del Centro de Herencia Bautista de Texas contribuyó de muchas maneras al proyecto, como en la investigación de los documentos originales, verificación de fuentes y edición general. Gary Wilder, que ha publicado varios de los libros de Paul Powell, dirigió la tipografía e impresión del libro.

La cooperación es un componente clave en la vida Bautista, y a todos los que cooperaron para hacer posible este volumen de sermones se les debe gratitud y aprecio.

William M. Pinson, Jr.
Director (voluntario), Centro de Herencia Bautista de Texas
Director Ejecutivo Emérito,
Baptist General Convention of Texas
Dallas, Texas
2003 A. D.

Prefacio

Cuando se me pidió preparar un libro de sermones sobre las creencias Bautistas, pensé en qué método usar. Me vinieron a la mente las muchas declaraciones de fe que han preparado los Bautistas a través de los años. Mientras más lo pensaba, más me inclinaba a usar la primera declaración de fe adoptada por los Bautistas de Texas cuando formaron la primera Asociación Bautista en Texas. Al igual que todas las demás declaraciones de fe, ésta se concentra en las creencias Bautistas esenciales, y es mucho más breve y mucho más al grano que otras que han aparecido más tarde.

Medité varios meses antes de aceptar este proyecto. Estas páginas son el resultado. Sé muy bien que ningún Bautista puede hablar por otro, y ni deseo ni pretendo hacerlo. Por cierto que estas páginas no son la posición “oficial” de ninguna organización Bautista, ni tampoco he hecho esfuerzo alguno para tratar exhaustivamente las declaraciones doctrinales que considero. Mi propósito es ofrecer sermones de lo que creo que son las nociones Bautistas sobre estos temas. Espero que estos mensajes animen a los pastores a preparar y predicar sus propios sermones sobre estas doctrinas básicas que atesoramos, y que provean material útil para su semillero de sermones. Si puedo lograr eso, nuestro pueblo Bautista estará mejor informado sobre lo que quiere decir ser Bautista, nuestras iglesias serán más fuertes doctrinalmente, y nuestra evangelización y misiones más efectivas.

Paul W. Powell, Decano
George W. Truett Theological Seminary
Baylor University
Waco, Texas
2003 A. D.

Introducción

La primera iglesia Bautista misionera de Texas se organizó con ocho miembros en Washington-on-the-Brazos, en noviembre de 1837. Pronto se organizaron otras, y la obra Bautista empezó a florecer y prosperar. Naturalmente, conforme crecía el número de iglesias, los primeros predicadores y miembros de las iglesias trataron de duplicar las estructuras organizacionales Bautistas que habían conocido antes de venir a la frontera. Así, en junio de 1840, cuatro ministros y como 25 miembros de iglesias Bautistas se reunieron en Independence, Texas, con el propósito de formar la primera Asociación Bautista en Texas. Dos de esos ministros eran fuertes calvinistas, con puntos de vista antimisionero. El resultado fue que después de varios días de debate inútil, la reunión se terminó sin que se haya tomado ninguna decisión.

El 8 de octubre del mismo año los Bautistas del área trataron de nuevo de formar una asociación. Esta vez once mensajeros de tres iglesias, con una membresía combinada de 45, se reunió en Travis, pocas millas al sur de Brenham. Todas las tres iglesias eran Bautistas misioneras, y T. W. Cox era pastor de todas tres. En esos días, debido a que había tan pocos pastores, algunos servían en más de una iglesia a la vez, viajando de iglesia en iglesia para los cultos. Cox fue elegido como primer moderador de la asociación. R. E. B. Baylor, juez distrital y predicador laico, también estaba presente. Z. N. Morrell, pastor de una cuarta iglesia cercana, miraba con buenos ojos el esfuerzo pero no pudo asistir por hallarse enfermo.

Todas las cuatro iglesias habían ratificado previamente una lista de 11 breves Artículos de Fe, y así el grupo aprobó unánimemente formar una asociación misionera basada en esos Artículos de Fe, adoptó una Carta de Dere-

chos Inalienables, y trazó planes ambiciosos para fortalecer las iglesias y para ganar a Texas para Cristo. También adoptaron una Constitución, así como 15 Reglas de Decoro, y pidieron al juez Baylor que redactara una carta circular dirigida a todas las iglesias de Texas. Una traducción de estos documentos, junto con las actas de la reunión, se incluye en el apéndice.

Por declaración o implicación estos documentos establecieron los principios básicos de los primeros Bautistas de Texas. Lo primero y más obvio de esta declaración es su brevedad: once breves artículos que cubren lo esencial de la fe. En contraste, las declaraciones de fe preparadas por los Bautistas en años subsecuentes son cada vez más largas. Al parecer, mientras más crece nuestra denominación, más minuciosas se hacen las declaraciones de fe.

Es muy claro que los primeros Bautistas de Texas no consideraron estos Artículos de Fe como si fueran un credo. Fue una declaración voluntaria de lo que se creía en forma general, en tanto que un credo es obligatorio y algo que se debe aceptar. Eran iglesias autónomas, formadas por Bautistas de pensamiento libre e independiente, y los documentos adoptados por los primeros Bautistas afirmaron tanto la libertad del individuo como la de las iglesias. Ni a los individuos ni a las iglesias se les coaccionó en asuntos religiosos; la membresía y participación era voluntaria.

Estos artículos breves y concisos representaban lo esencial de la fe de los primeros Bautistas de Texas, que formaron la Union Baptist Association, y son el cimiento sobre el cual establecieron el trabajo cooperativo para ganar a Texas para Cristo. Como tal, son convicciones esenciales. Fueron suficiente en ese entonces, y son suficientes hoy. Si los Bautistas tomamos en serio nuestra responsabilidad con Cristo y respetamos la libertad en Cristo de los demás, podemos trabajar juntos para él en cualquier época de la historia, tal como lo hicieron los primeros Bautistas en sus días. Su historial de logros es asombroso. Los Bautistas de Texas

de hoy le deben mucho a la dedicación, visión y convicciones de los que formaron la primera organización Bautista en Texas que alcanzó más allá de la organización de las congregaciones locales.

Los Bautistas de Texas y, a decir verdad, los Bautistas de todas partes y de toda generación, necesitan duplicar esa visión, dedicación, convicciones, y espíritu de aceptación y cooperación, para atender las necesidades de una comunidad perdida cada vez más numerosa en Texas y el mundo. Necesitamos hacerlo por amor a Cristo. Necesitamos hacerlo por amor a nosotros mismos, y debemos hacerlo por amor a los perdidos en Texas, así como en todo el mundo.

Capítulo 1



Dios

Artículos de Fe - 1840

Creemos en la existencia de un Dios, y que hay una Trinidad de Personajes en la Deidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo; sin embargo no son tres Dioses, sino un solo Dios vivo y verdadero. (Artículo 1)

El Dios que Es

Hechos 14:8-12

Cuando Mark Twain se hallaba en el pináculo de su carrera conoció a dignatarios de todo el mundo. Se cuenta que un día una de sus hijas le dijo: “Papá: si esto sigue así, pronto vas a conocer a todo mundo en el mundo, excepto a Dios.”

Sería una tragedia vivir toda una vida y nunca conocer a Dios, o tal vez peor, tener de él una noción distorsionada. William Temple nos recuerda: “Si tienes una idea falsa de Dios, mientras más religioso seas, peor para ti; sería mejor que fueras ateo.”

Estamos conscientes, por supuesto, que Dios es más grande que lo que jamás lograremos entender de él. En las palabras del autor de Eclesiastés: “Así como no sabes por dónde va el viento ni cómo se forma el niño en el vientre de la madre, tampoco entiendes la obra de Dios, creador de todas las cosas” (Eclesiastés 11:5). Ni siquiera podemos entendernos nosotros mismos, mucho menos al Creador;

pero mientras más sabemos de él, más queremos adorarle y honrarle.

Somos como Gamaliel Bradford cuando empezó a escribir su libro sobre Robert E. Lee. Al principio abordó el tema con un sentimiento de hostilidad. No tenía ninguna simpatía para el Sur, así que al principio decidió titular el libro *Lee, The Rebel (Lee, el Rebelde)*. Sin embargo, conforme estudiaba el material y llegaba a conocer mejor al hombre, decidió que “rebelde” no era un término apropiado, así que lo cambió a *Lee, The Southerner (Lee, el Sureño)*. Después de leer más, y conocer mejor a Lee, decidió que llamarlo “sureño” también era inadecuado. Así cambió el título de su libro, poniéndole el título que todos conocen: *Lee, The American (Lee, el Estadounidense)*.

El apóstol Pablo nos ayuda a conocer mejor a Dios, con ocasión de la sanidad del lisiado de Listra (Hechos 14:8-12). Cuando la gente presenció el milagro pensaron que Pablo y Bernabé en realidad eran dioses que habían venido a la tierra en forma humana. La idea de que Dios un día visitaría a este planeta es tan antigua que no hay duda que es un residuo de la revelación original que Dios le dio a Adán de una salvación prometida (Génesis 3:15). En casi todas las religiones existe esta creencia, lo que indica que el hombre en algún momento oyó o pensó que Dios visitaría la tierra.

En su emoción, la gente llamaba a Bernabé “Júpiter, o “Zeus,” el dios principal, porque Bernabé era el líder. A Pablo llamaban “Mercurio” o “Hermes,” el dios de la oratoria, porque era el portavoz.

La gente de Listra estaba lista para rendir adoración a Pablo y a Bernabé, pero Pablo protestó, declarando que eran nada más que hombres, con las mismas debilidades y fragilidades de todo mundo. Pero aprovecharon el momento para instarles a que rechacen los dioses falsos, que no son dioses de todas maneras, y que reciban al único Dios verdadero.

En su sermón el apóstol ayuda a los de Listra y a nosotros a formarnos la idea correcta de Dios. Destaca tres cosas de Dios que debemos saber.

- Él es el Dios de la creación.
- Él es el Dios de la revelación.
- Él es el Dios de la salvación.

Sólo Dos Alternativas

Primero, Dios es el Dios de la creación. La humanidad siempre se ha interesado en saber sus orígenes. Queremos saber de dónde venimos, y cómo llegó a existir todo en este mundo. Estas son preguntas razonables. Después de todo tenemos al mundo en nuestras manos, y eso exige una explicación.

Hay sólo dos explicaciones entre las cuales escoger: o bien este mundo se creó a sí mismo, o alguien lo creó. Pensar que el mundo se hizo a sí mismo es absurdo. ¿Puede usted pensar en algo que se haya hecho a sí mismo?

La respuesta de Pablo es que Dios es el “que hizo el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos” (Hechos 14:15). La Biblia empieza con esta afirmación. Dice “Dios, en el principio, creó los cielos y la tierra” (Génesis 1:1). La palabra “creó” es traducción de la palabra hebrea “bará,” que lleva la idea de hacer algo de la nada. Dios no tomó un trozo de lodo, hizo una pelota, la lanzó al espacio y la llamó Tierra. No tomó un pedazo de cartulina amarilla y tijeras infantiles para recortar las estrellas y sujetarlas con tachuelas en el recubrimiento interior del universo, y lo llamó cielos. Más bien, tomó la nada y de eso lo hizo todo.

El hombre puede tomar algo y hacer algo. Puede tomar madera y construir una casa. Puede tomar acero y fabricar un automóvil. Puede tomar un poco de arcilla y modelar una vasija. Pero el Dios viviente tomó la nada y de eso lo hizo todo.

Esto, por supuesto, es algo que la fe da por sentado. Sucedió sólo una vez, y no puede ser duplicado. Nadie estuvo allí para verlo, excepto Dios, así que o bien tomamos su palabra, o nos ponemos a adivinar cómo llegó a existir el universo.

La idea de que el universo se hizo a sí mismo es incluso más ridícula cuando se la presenta en otro nivel. Permítanme ilustrarlo. La historia nos cuenta que el ateo Roberto Ingersoll una vez visitó al gran predicador Henry Ward Beecher, quien llevó a Ingersoll a su estudio para mostrarle su biblioteca teológica. En el estudio también había un precioso globo terráqueo, en alto relieve, completo con sus montañas y valles, en lo que era una hermosa obra de arte.

Ingersoll, hombre brillante y de gran educación, miró al globo y dijo: “Beecher, esto es una hermosa obra de arte, ¿Quién te la hizo?”

Pensando en como Ingersoll negaba la creación divina, Beecher respondió: “Ah, nadie. Apareció porque sí.”

Puesto en esa balanza, Ingersoll sabía que las cosas no eran así, y lo mismo nosotros. Si no podemos creer que un modelo del mundo se hizo a sí mismo, ¿cómo podemos creer que un universo, tan vasto y complejo, tan predecible y majestuoso como el nuestro, se hizo a sí mismo?

Los más sabios de los que estudian el universo concuerdan. El físico y matemático Sir James Jeans, después de toda una vida de estudiar el universo escribió un libro titulado *The Mysterious Universe (El Universo Misterioso)* en el cual dice: “El universo está empezando a parecer más un gran pensamiento que una gran máquina. La vasta creación que nos rodea parece ser la expresión del pensamiento. Si es así, parece razonable decir que el pensamiento es el de un gran Pensador, Dios.”

Werner von Braun, que encabezó el programa de desarrollo de cohetes espaciales de los EE. UU., observó una vez que no podía concebir que el universo entero haya llegado a existir sin algo como una divina voluntad o la crea-

ción sin el concepto de un Creador. Indicó que los vuelos espaciales exigen gran precisión en los cálculos de los movimientos, fuerzas y tiempo de los cuerpos celestes, y que las rigurosas leyes físicas ya están en la naturaleza, de la cual la ciencia meramente aprende. En otras palabras, según von Braun las leyes están allí y deben haber sido puestas por alguien.

Otro científico, Walter F. Burk, que dirigió los proyectos espaciales Mercurio y Gemini, dijo que su estudio del espacio aumentó su fe en Dios, indicando que mientras más penetra el hombre en el espacio, más se ve frente a la sabiduría, majestad y omnipotencia de Dios.

Cuando miramos el cielo y la tierra, lo que vemos parece que lleva encima el sello: “Hecho por Dios.” ¿De qué otra manera se lo puede explicar?

Muchos Testigos

Segundo, Dios es el Dios de la revelación. Pablo dice que Dios nunca se ha dejado a sí mismo sin testigos en el mundo. Primero señala la bondad de Dios en la naturaleza. Pablo dice: “Sin embargo, no ha dejado de dar testimonio de sí mismo haciendo el bien, dándoles lluvias del cielo y estaciones fructíferas, proporcionándoles comida y alegría de corazón” (Hechos 14:17).

¿Ha considerado usted la bondad de Dios cuando él creó nuestro mundo? En todas sus obras Dios planeaba y planea ¡para nuestro bienestar y nuestra dependencia de su provisión. Sin su lluvia no tendríamos alimento para comer; sin su sol nos moriríamos congelados; sin su aire nos asfixiaríamos. Es la pura bondad de Dios, declara Pablo, lo que nos lleva al arrepentimiento (Romanos 2:4).

Una amiga mía fue a comer hacer poco a un restaurante que estaba decorado con carteles patrióticos, con colores rojo, blanco y azul, y que decían: “Bendice a los Estados Unidos.” Sorprendida porque los carteles no decían

“Dios Bendice a los Estados Unidos” le preguntó al gerente por qué habían omitido la palabra Dios. El gerente le contestó que lo había hecho para no ofender a nadie. Mi amiga le dijo que sin Dios no habría bendiciones. Tenía razón, puesto que “Toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto, donde está el Padre que creó las lumbreras celestes . . .” (Santiago 1:17).

Sea que se mire por un microscopio o por un telescopio el mensaje es siempre el mismo: Dios es el Dios de poder e inteligencia, de orden y bondad, y nuestro mundo lleva su marca. La poetisa Elizabeth Barrett Browning escaló a las alturas de la verdad con estas palabras: “La tierra está repleta de cielo y toda zarza arde con Dios.”

Mientras las estrellas brillen, la lluvia caiga y las estaciones cambien en forma predecible, Dios tendrá testigos en el mundo. En los días de la Revolución Francesa, cuando el sentimiento antirreligioso era fuerte, un creyente vio a un hombre destruyendo un objeto de devoción en un templo. “Vamos a destruir todo lo que haga que la gente piense en Dios,” le dijo el hombre. “Ah,” le dijo el cristiano, “pero no podrán bajar las estrellas.”

El apóstol Pablo tuvo tiempo apenas para señalar un testigo de Dios antes de que la chusma furiosa de Antioquía le interrumpiera, luego lo apedreara y lo dejara por muerto. Si hubiera podido terminar su sermón, sin duda habría señalado la conciencia como otro testigo de Dios. La ley moral divina está escrita en el corazón del ser humano. La Biblia dice: “El espíritu humano es la lámpara del SEÑOR” (Proverbios 20:27). La misma existencia de la conciencia en nosotros es un reflejo de Dios en el alma humana. En su *Crítica de la Razón Pura* el filósofo Emanuel Kant indicó dos cosas que nunca dejaban de llenar su corazón con asombro y admiración: “el cielo estrellado encima mío y el imperativo moral dentro de mí.” Afuera, la creación; por dentro, la conciencia.

La Biblia también es un testigo de Dios. La naturaleza y sus leyes nos hablan de Dios, pero el mensaje es fragmentario. No nos dice nada del amor y la gracia de Dios. La conciencia, nuestro ser más íntimo, nos habla de Dios, pero su mensaje es parcial. Sin la Biblia nunca podríamos saber el nombre de Dios, ni jamás sabríamos nada de su carácter y personalidad. El único lugar donde hallamos una revelación clara de un Dios personal es en su palabra: la Biblia.

El testigo final y completo nos viene en Jesucristo. La Biblia dice:

Dios, que muchas veces y de varias maneras habló a nuestros antepasados en otras épocas por medio de los profetas, en estos días finales nos ha hablado por medio de su Hijo. A éste lo designó heredero de todo, y por medio de él hizo el universo. El Hijo es el resplandor de la gloria de Dios, la fiel imagen de lo que él es, y el que sostiene todas las cosas con su palabra poderosa. Después de llevar a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la derecha de la Majestad en las alturas (Hebreos 1:1-3).

Respecto a Cristo las Escrituras dicen: “Toda la plenitud de la divinidad habita en forma corporal en Cristo” (Colosenses 2:9). Esta manifestación de Dios es con mucho la más completa revelación que Dios jamás le dio al mundo. Si usted quiere saber cómo es Dios, tiene que mirar con detenimiento a Jesucristo. Él mostró no sólo la sabiduría, poder y majestad de Dios, sino también su justicia, misericordia, gracia y amor.

Dios Cree en Usted

Finalmente, el Dios vivo es el Dios de salvación. Pablo no pudo terminar su sermón en Listra, pero si hubiera po-

dido terminarlo, sin duda habría predicado el evangelio, como siempre lo hacía. Habría dicho: “Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16).

¿Cómo podemos conocer a Dios de una manera personal? De la misma manera en que se puede conocer a un relojero. Uno puede mirar su trabajo y decir algo en cuanto a él: por ejemplo, su inteligencia, su habilidad, y su amor por la belleza. Sin embargo, para conocerle él tiene que abrirle su corazón. Si él mantiene sus labios sellados, uno nunca sabría mucho en cuanto a él.

Es lo mismo en cuanto a Dios. Uno puede mirar su obra y saber algo respecto a él, pero si Dios no hubiera abierto su corazón, nunca le conoceríamos en realidad. Él lo ha hecho en Jesucristo. En un momento específico, en un lugar específico, Dios invadió esta Tierra. Irrumpió en la historia humana en un lugar llamado Belén. En ese punto Dios hizo su Normandía; estableció su cabeza de playa en los asuntos humanos. Dios se hizo carne.

Aunque Dios es una Persona se revela en tres relaciones al ser humano: Padre, Hijo y Espíritu Santo, o sea, la Trinidad. Aunque la doctrina de la Trinidad es un misterio, más allá de lo que podemos explicar o comprender, la verdad está de todas maneras allí y es necesaria para expresar todas esas relaciones. Alguien lo dijo de esta manera: “Todo lo de Dios está en el Padre, todo lo que jamás se ha visto de Dios está en el Hijo, y todo lo que jamás se sintió de Dios está en el Espíritu Santo.”

Cuando la virgen María dio a luz a Jesús de Nazaret, no dio a luz a una personalidad. Dios a luz a un cuerpo. La personalidad había existido desde siempre porque la personalidad era la personalidad de Dios. El apóstol Juan escribió: “En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios” (Juan 1:1). Juan también nos dice que Dios hizo todas las cosas, y si él nada de lo

que ha sido hecho fue hecho. Así, “el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros” (Juan 1:3,14).

Jesucristo era más viejo que su madre. Él hizo la tierra en que ella caminaba, el aire que ella respiraba, y el agua que bebía. La mayoría de madres miran al cielo con gratitud por la nueva vida que les es dada, pero María bajaba su mirada para ver al cielo, porque tenía al cielo en sus brazos.

George Bernard Shaw en su obra teatral *Man and Superman (El Hombre y Supermán)* una vez dijo: “Cuidado con el hombre cuyo Dios está en el cielo.”² No estoy seguro de lo que quería decir, pero en Cristo los sueños de los habitantes de Listra, de que Dios vendría al hombre, se cumplieron. “Pero cuando se cumplió el plazo, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, a fin de que fuéramos adoptados como hijos” (Gálatas 4:4-5). El Dios vivo vino a la tierra como hombre y vivió entre nosotros. A su tiempo murió en la cruz por nuestros pecados, fue sepultado y resucitó. En él, y sólo en él, hay salvación del pecado. Ese es el evangelio que Pablo habría predicado.

En una de mis películas favoritas, *El Conde De Montecristo*, un anciano sacerdote habla con el joven presidiario, el conde, animándole a volverse a Dios. El desesperanzado preso le dice que no cree en Dios. El sabio capellán le dice: “No importa; él cree en ti.” Dios cree en usted lo suficiente como para pensar en sus necesidades y proveer para ellas en su creación. Cree en usted lo suficiente como para darse a conocer mediante su revelación, y cree en usted lo suficiente como para venir a la tierra y morir por su salvación. Ahora, ¿cree usted en él?

Capítulo 2



Las Escrituras

Artículos de Fe - 1840

Creemos que las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamentos son reveladas por Dios, y que contienen el único sistema de fe y práctica. (Artículo 2)

El Libro que Creemos

2 Timoteo 3:16-17

En un viaje reciente a China una profesora del Seminario Truett se enteró de que en ese país no se puede vender la Biblia en las librerías, sino sólo en las iglesias. ¿La razón? La ley prohíbe que se venda en público dos tipos de literatura: pornográfica y sediciosa.

¿En qué categoría piensa usted que caería la Biblia? La profesora, que conoce muy bien el Antiguo Testamento, en son de broma dice que la Biblia caería en ambas categorías. Por supuesto, la razón real es que los dirigentes comunistas consideran que la Biblia es un libro sedicioso.

Durante la era comunista en Rumania el gobierno exigía que se pida permiso para poder tener o llevar una Biblia. Nelu y Verginica Prodan, abogados que defendían a creyentes en casos de libertad de religión durante ese período, sufrieron hostigamiento y fueron detenidos como “enemigos del estado” por distribuir Biblias desde su garage a los creyentes oprimidos. Según Verginica, cuya familia con el tiempo se mudó a Texas, el gobierno razonaba

que la Biblia era un arma en las manos (y corazones) de la gente, y por lo tanto había que regularla y restringir su uso, tal como las armas de fuego.

Esfuerzos como estos para suprimir el mensaje de la Biblia no son nuevos. En su autobiografía Benjamín Franklin da la siguiente descripción de las dificultades que había para poder leer la Biblia en la casa de su tatarabuelo, en Inglaterra durante el reinado de la reina María:

Tenían una Biblia en inglés y para esconderla y guardarla la sujetaron abierta con cintas debajo y dentro del asiento de un taburete plegable. Cuando mi tatarabuelo la leía a la familia, volteaba el taburete, poniéndolo sobre sus rodillas, pasando las páginas y sujetándolas debajo de las cintas. Uno de los chicos se ponía a la puerta para avisar si veía venir al alguacil de la corte espiritual. En ese caso, el tatarabuelo volvía a voltear el taburete, poniéndolo sobre sus patas, y así la Biblia quedaba escondida como antes.¹

Es extraño, ¿verdad? que un libro tan antiguo, que recalca el amor, la paz y los más altos valores éticos conocidos por el hombre, sea considerado peligroso. Pero la Biblia es peligrosa, especialmente para los que quieren destruir el espíritu humano, oprimir a los desamparados, o restringir el Espíritu de Dios. Saben que debido a su mensaje no pueden seguir esclavizando por mucho tiempo a los que leen y creen la Biblia.

A pesar de los poderes de todos estos gobiernos, con su poderío militar y policía estilo Gestapo, no han podido destruir la influencia del Libro. Así que usted tal vez debería buscar por su casa para ver si hay alguna Biblia en mesitas de café o al alcance de los niños o de los invitados. Como un arma de fuego, puede explotar en el corazón humano, matando la voluntad rebelde y pecadora, y desa-

tando un cambio eterno de destino, y a usted se le consideraría responsable.

¿Qué hay en la Biblia que hace que sea tan amada por unos, y a la vez tan temida por otros? El apóstol Pablo nos ayuda a comprenderlo cuando escribe: “Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia, a fin de que el siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16-17).

En estos versículos el apóstol Pablo nos dice que la Biblia es:

- Divina en su origen.
- Autoritativa en su mensaje.
- Suficiente en su alcance.

Aliento de Dios

En primer lugar, la Biblia es divina en su origen. El apóstol dice: “Toda la Escritura es inspirada por Dios . . .” (2 Timoteo 3:16). ¿Qué quiere decir? La palabra “inspirada” quiere decir “exhalada por Dios.” En invierno, si respiramos cerca de un cristal, nuestro aliento se congela y aparecen cristales de hielo. De la misma manera, Dios exhaló en hombre, y ese aliento se cristalizó en las Escrituras. Así como una ráfaga de viento fuerte soplando en los tubos de un órgano produce hermosa música, así el aliento de Dios, por medio de las vidas de los hombres que estuvieron afinados con su voluntad, produjo las Escrituras.

Pedro nos ayuda a comprender más claramente la inspiración al decirnos que los santos hombres hablaron según los “impulsaba” el Espíritu Santo (2 Pedro 1:21). La palabra griega que se traduce “impulsar” quiere decir “ser seleccionado y llevado.” La misma palabra se usa en Hechos para describir lo que le sucedió al barco en que viajaba el apóstol Pablo a Roma. La nave quedó atrapada en una violenta tempestad, y parecía que se iba a estrellar con-

tra las rocas. Es un esfuerzo por salvar el barco y sus vidas, los marineros echaron la carga por la borda para aligerar la nave, reforzaron con cuerdas el casco, arriaron las velas y elevaron sus oraciones mientras dejaban que la nave “sea llevada” por el viento (Hechos 27:17). Las expresiones “ser llevada” e “impulsados” son traducciones de la misma palabra griega.

Como el viento que azotaba al barco y lo llevaba de un lado a otro, así el Espíritu de Dios vino sobre estos hombres y los impulsó a que escribieran las Sagradas Escrituras. Los hombres que escribieron la Biblia fueron hombres sobre quienes el Espíritu de Dios vino con tal fuerza que se sintieron impulsados a escribir lo que escribieron. Como Jeremías, la palabra de Dios era como fuego en sus huesos, y no podían guardárselo sólo para sí mismos.

¿Cuál es el alcance de la inspiración? Abarca la totalidad de las Escrituras. El apóstol Pablo escribió: “Toda la Escritura es inspirada por Dios” (2 Timoteo 3:16). La construcción de la oración en el idioma original es tal que la palabra “todo” significa “cada y toda parte del todo.” La inspiración es tan amplia como la misma Escritura. Cada parte de ella viene de Dios.

Algunos quieren creer que algunas partes de la Biblia son inspiradas y otras no, así que escogen las partes que piensan que son verdad. Pero si uno cree una parte de la Biblia y rechaza el resto, uno no está creyendo en la Biblia, sino en uno mismo.

¿Cómo inspiró Dios a los hombres a escribir las Escrituras? ¿Qué método usó? No se nos dice. Los estudiosos han propuesto muchas teorías de la inspiración. Las dos más comunes son la “teoría del dictado” y la “teoría dinámica.” La teoría del dictado dice que los hombres recibieron de Dios cada palabra, es decir, Dios dictó las Escrituras y los hombres la transcribieron palabra por palabra, tal como él les dijo.

La teoría dinámica sostiene la inspiración de ideas. Sugiere que Dios grabó las verdades en los hombres y les permitió que ellos escogieran sus propias palabras para expresar esas verdades.

Permítanme ilustrarlo. Por muchos años he tenido excelente ayuda secretarial. Ocasionalmente he recibido alguna carta y se la he dado a una secretaria, pidiéndole que redacte una respuesta. Nuestra asociación de trabajo ha sido tan eficaz que se sobreentendía lo que se necesitaba decir en la respuesta.

Este es el método dinámico; y a mi juicio es el que Dios usó al darnos las Sagradas Escrituras. Es la mejor manera para explicar las diferencias en estilo y frases singulares de los varios escritores bíblicos. Por eso Pablo no suena como Juan, y Juan no suena como Pedro.

Independientemente de cómo lo hizo, creemos que Dios guió y guardó a los escritores de las Escrituras de modo que nos den el mensaje que él quería que oyéramos. Además, es el mensaje, y no el proceso, lo que importa.

¿Cómo podemos saber con certeza que la Biblia es inspirada? Hay muchas evidencias de la inspiración, y una de ellas es su asombrosa unidad. Más de cuarenta autores, representando muchos estilos de vida y varias naciones, escribieron la Biblia en un período de alrededor de 1,500 años. Sin embargo, cuando se compilaron los documentos bajo la dirección del Espíritu Santo, todos cuentan una historia completa.

La Estatua de la Libertad, que se levanta en la bahía de Nueva York, fue fabricada en París, Francia. Fue hecha de muchas partes de varios tamaños y formas. Cuando se trajeron esas partes a los Estados Unidos, y se ensamblaron, el resultado fue una estatua de imponente belleza. Esto no tiene nada de raro porque todas las partes fueron hechas en un mismo lugar y fabricadas con la idea de formar una sola estatua. Pero supongamos que las partes habrían sido hechas por muchos hombres, viviendo en diferentes luga-

res, y en diferentes épocas, y sin haberse puesto de acuerdo en un propósito común. Ahora supongamos que se reúnen todas esas partes, y que al unir las producen una estatua hermosa. Eso sí que hubiera sido extraordinario; a decir verdad, habría sido milagroso. Eso sucedió con las Escrituras.

Lo inagotable de las Escrituras también indica su inspiración. Una persona puede agotar el significado y contenido de otros libros, pero no de la Biblia. Uno de los más grandes eruditos en griego en la historia de los Estados Unidos, A. T. Robertson, dijo una vez poco antes de morir: “Por más de 50 años he estudiado, predicado, enseñado y escrito acerca del Nuevo Testamento, y nunca abrí sus páginas sin descubrir alguna nueva verdad que hasta ese momento nunca había entendido.”

Otra evidencia de su inspiración es su supervivencia. Ningún otro libro en toda la historia ha sido tan aborrecido y atacado por déspotas, y sin embargo, ha sobrevivido.

La profecía cumplida es también evidencia de la inspiración de la Biblia. La Biblia predice eventos con gran anterioridad a que sucedan, y todos esos eventos sucedieron con total precisión. Sólo un libro de Dios podría hacer eso. Nosotros no podemos saber el futuro. No sabemos lo que sucederá de aquí a cinco años, ni en cinco días, ni en cinco minutos. Si alguien puede predecir con precisión el futuro debe tener la mente de Dios.

La evidencia más importante de la inspiración de la Biblia es su mensaje, que resulta ser cierto porque nos lleva a una experiencia personal con Cristo. El hecho de que el Espíritu Santo usa la Biblia ahora indica que es su obra, para empezar.

Tomadas juntas, todas estas evidencias hacen de la Biblia un libro singular, distinto de todos los demás. Muchos libros contienen palabras que son ciertas y estimulantes, pero la Biblia es el único libro que tiene la distinción de ser “inspirado por Dios.”

Nuestra Regla y Guía

En segundo lugar, la Biblia es la palabra autoritativa de Dios. ¿Por qué nos dio Dios las Escrituras? Tienen el propósito de enseñarnos qué creer y cómo vivir. El apóstol escribe que la Escritura es “útil” (tiene valor para) para la doctrina (lo que debemos creer), para reprender (señalar el error en nuestras vidas), para corregir (dirigir nuestras vidas en dirección apropiada) y para instruir en justicia (enseñarnos cómo vivir rectamente) (2 Timoteo 3:16).

La Biblia no es un libro de ciencia, historia, matemáticas o biología, aunque contiene algo de esto. Es un libro de religión con un mensaje doble: les dice a las personas cómo ser salvadas, y les dice a los que ya han sido salvados cómo vivir. Su función primordial es llevarnos a Jesucristo. Luego se convierte en una lámpara a nuestros pies y lumbrera en nuestro camino.

El primer propósito de la Biblia es la redención, revelando cómo Dios se propone llevar al hombre pecador de vuelta a la comunión consigo mismo, y usarlo en su servicio. Este mensaje corre como hilo escarlata desde Génesis hasta Apocalipsis. El Antiguo Testamento predice a Cristo. Los Evangelios presentan a Cristo. Las Epístolas señalan a Cristo en retrospectiva. Apocalipsis apunta hacia adelante al retorno y reinado de Cristo.

La Biblia revela a Dios en la persona del Espíritu Santo empoderando y dirigiendo a las personas a Cristo, en la misión divina de evangelización y redención del mundo. Jesús les dijo a los judíos escépticos: “Ustedes estudian con diligencia las Escrituras porque piensan que en ellas hallan la vida eterna. ¡Y son ellas las que dan testimonio en mi favor! Sin embargo, ustedes no quieren venir a mí para tener esa vida” (Juan 5:39-40). Más adelante Juan indica su propósito al escribir: “Pero éstas se han escrito para que ustedes crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que al creer en su nombre tengan vida” (Juan 20:31).

El segundo propósito de la Biblia es instruirnos cómo vivir rectamente. Hace unos años un comediante que apareció en el *Show de Johnny Carson* comentaba sobre el escándalo de moda de algún televangelista: “Pienso que los evangelistas que se presentan por televisión están tratando de redactar un nuevo código de ética para su oficio,” dijo. Levantando una Biblia bien en alto, y moviéndola de un lado a otro, añadió: “Pensaba que ya tenían uno.” Lo tienen, y nosotros también. Nuestro código de ética es la Sagrada Escritura. Es nuestra regla y guía de fe y práctica.

Algunos dicen: “Mi conciencia es mi guía,” pero si su conciencia no ha sido regenerada por el Hijo de Dios y educada por la palabra de Dios, no es una guía segura. Así que, siga su conciencia, pero permita que Dios la dirija. Otros miran a la iglesia como su autoridad. Piensan que la iglesia vino antes de las Escrituras, y por consiguiente está por encima de las Escrituras. Esto, por supuesto, no es cierto. La iglesia no produjo la Biblia. Fue el Espíritu Santo quien produjo la Biblia y se la dio a la iglesia.

El salmista dijo: “En mi corazón atesoro tus dichos para no pecar contra tí” (Salmo 119:11). Eso fue lo que Jesús hizo, y lo que nosotros debemos hacer. Cuando el diablo le tentó, al principio de su ministerio, Jesús citó las Escrituras como su guía en cuanto a bien y mal (Mateo 4:1-11; Deuteronomio 6:13, 6:16, 8:3). Cuando se le hizo preguntas sobre el divorcio, respondió con las Escrituras (Mateo 19:4-6; Génesis 1:27). Cuando se le criticó por desobedecer las regulaciones del sabbat, justificó sus acciones ofreciendo un ejemplo de las Escrituras, e indicando que sus acciones seguían lo que dicen las Escrituras (Mateo 12:1-3; 1 Samuel 21:6). Cuando limpió el templo (Mateo 21:12-13), citó Isaías 56:7 como guía en cuanto a lo que debe ser la casa de Dios.

Así que afirmamos que la Biblia sola es nuestra autoridad. La respuesta de Martín Lutero en Worms, en 1521,

cuando se le exigió que se retractara de sus escritos, debería ser la nuestra:

A menos que me convenzan por el testimonio de la Escritura y por la razón clara—porque no confío ni en papa ni en concilios, puesto que es bien sabido que a menudo se equivocan y se contradicen entre sí—, estoy obligado a las Escrituras que he citado, porque mi conciencia es cautiva de la palabra de Dios. No puedo y no voy a retractarme, puesto que actuar contra la conciencia no es bueno ni acertado. No puedo hacer otra cosa. Aquí estoy, y que Dios me ayude.²

Una conciencia cautiva de la palabra de Dios, o sea, a los absolutos de la enseñanza autoritativa de Dios en la Biblia, es integral en el cristianismo auténtico.

Es Todo lo que Se Necesita

En tercer lugar, las Escrituras son la palabra suficiente de Dios. Contienen todo lo que necesitamos saber acerca de Dios. Pablo declara que las Escrituras fueron dadas “a fin de que el siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:17).

Winston Churchill dijo una vez que cuando aparecía un nuevo libro, uno debería leer uno viejo. Nunca se ha dicho algo más cierto en cuanto a las Escrituras. Se puede leer otros libros con gran provecho, pero ningún otro libro es necesario. Aunque esto no desalienta otras fuentes de conocimiento, ellas son secundarias a la Biblia. La Biblia tal vez no nos diga todo lo que *queremos* saber, pero sí nos dice todo lo que *necesitamos* saber. Sólo ella es adecuada para enseñarnos y guiarnos en los caminos de Dios.

Agustín dijo una vez que “la Biblia es un libro en el que un elefante puede nadar y una oveja puede vadear.” Cuando somos niños en la fe, nenes en Cristo, su leche nos

alimenta (1 Pedro 2:2). Cuando somos más maduros, es alimento sólido para sustentarnos (Hebreos 5:14). Sea cual sea nuestra edad o etapa en la vida, la Biblia es suficiente para nuestras necesidades espirituales, porque es una lámpara que nos guía por la vida (Salmo 119:105), un espejo en el que podemos vernos nosotros mismos (Santiago 1:23), bisturí de cirujano que deja al descubierto lo más hondo de nuestro ser (Hebreos 4:12), y una espada con que defendernos del enemigo (Efesios 6:17).

No necesitamos ni el Libro de Mormón, ni los escritos de Mary Baker Eddy, ni las tradiciones de la iglesia para que nos den más luz. Las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamentos son suficientes, y somos competentes.

¿Puedo confiar en la Biblia? Ni dudarla. Aunque ha sido traducida del hebreo, arameo y griego a miles de idiomas, y copiada y vuelta a copiar a mano miles de veces, la Biblia sigue siendo absolutamente confiable. El mismo Espíritu de Dios que la inspiró la ha preservado para nosotros, de modo que es completamente fidedigna para su propósito, que es llevarnos al Salvador y enseñarnos qué creer y cómo vivir.

Los críticos la han atacado. Los gobiernos la han prohibido. Los escépticos se han mofado de ella, y los tiranos han tratado de difamarla, pero nadie ha podido destruirla. Cuando las estrellas de los cielos queden en cenizas, en la eternidad la palabra de Dios seguirá siendo inspirada, autoritativa, suficiente y eterna (Mateo 24:35; 1 Pedro 1:25; Isaías 40:8).

Permítame concluir con lo que empecé, con la profesora de Truett que fue a China, donde un hombre le dijo: “Quiero saber más de la Biblia. No soy cristiano pero la Biblia ha hecho tal impacto en el mundo que debe contener algo importante.”

Lo tiene: es la palabra de Dios. Dondequiera y cuando quiera que se la recibe y cree, las personas y las naciones son cambiadas.

Capítulo 3



El Hombre

Artículos de Fe - 1840

Creemos que el hombre fue creado a imagen moral de Dios, fue colocado bajo la ley, pero por su transgresión voluntaria se puso a sí mismo y a su posteridad en un estado de pecado, y que por lo tanto está condenado a la muerte, temporal, moral y eterna. (Artículo 4)

Creemos que el hombre en su estado no regenerado está muerto es delitos y pecados, y que a pesar de todas sus cualidades naturales y afables, el amor de Dios está excluido de su corazón. (Artículo 5)

La Historia de Todo Hombre

Génesis 1-3

¿Qué es el hombre? ¿Es un ángel caído? ¿Es un simio resucitado? ¿Es acaso una creación divina especial? La respuesta es importante. A menos que sepamos lo que somos y de dónde venimos, nunca entenderemos quiénes somos y por qué existimos. Para hallar una respuesta acertada debemos acudir a la Biblia. Ella nos dice que el hombre fue creado por un acto especial de Dios. Dios lo hizo a su propia imagen, y es la obra culminante de la obra creadora de Dios.

La descripción que la Biblia da de la creación del hombre es muy sencilla: “Y DIOS creó al ser humano a su ima-

gen . . . Y Dios el SEÑOR formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz hálito de vida, y el hombre se convirtió en un ser viviente” (Génesis 1:27; 2:7). Esto fue el clímax de la obra creadora de Dios. La creación del hombre no fue un pensamiento tardío de Dios, sino el objetivo de su obra en la creación.

La verdad total de Dios respecto al hombre se puede resumir en tres afirmaciones:

- Creado por Dios.
- Alienado por el pecado.
- Regenerado por gracia.

“Todos Somos Fruta”

En primer lugar Dios creó al hombre. Génesis nos dice que Dios creó al hombre del polvo de la tierra, y luego sopló en él hálito de vida, y así el hombre llevó a ser un alma viviente. Dios creó al hombre a su imagen, y le dio dominio sobre toda la creación. Somos, por consiguiente, polvo tanto como divinidad.

La Biblia no sólo nos habla de nuestro origen, sino también nos da nuestra posición en la creación. Dice que Dios lo hizo “poco menos que un dios” (Salmo 8:5). Con certeza ser un poco menos que un dios ¡es mucho mejor que ser un poco mejor que los simios!

La versión Reina Valera, y otras, traducen “le has hecho un poco menor que los ángeles,” y la palabra “ángeles” no es la mejor traducción del vocablo hebreo original. La palabra hebrea es “Elohim,” que es uno de los nombres más comunes para Dios en la Biblia. Génesis 1:1 dice: “Dios (Elohim), en el principio, creó los cielos y la tierra.” Así que, en realidad, la humanidad no fue hecha simplemente un poco menor que los ángeles, sino ¡un poco menor que Dios mismo! Fuimos hechos a imagen de Dios, muy cerca de Dios.

Dios quería comunión con los seres humanos y por eso nos hizo diferentes de los animales. El parentesco del hom-

bre con las bestias es una mentira muy vieja. No somos parientes de los animales. Somos parientes de Dios. Tal vez nos haya hecho del polvo, pero somos parientes de la deidad.

¿Qué quiere decir que fuimos hechos a imagen de Dios? Somos como Dios es que somos seres racionales, morales y emocionales. Somos como Dios en que tenemos inteligencia: podemos pensar, razonar, tomar decisiones, y podemos recordar.

Las personas actúan con inteligencia; los animales, por otro lado, actúan por instinto. Ponga a un grupo de monos en un salón con muchas máquinas de escribir, y jamás producirán algún escrito que refleje inteligencia. ¿Por qué? No tienen inteligencia como la nuestra. ¿Ha tratado alguna vez de enseñarle geología a un elefante, o astronomía a un águila, o teología a un perro? No se puede hacerlo; pero sí puede enseñarle todo eso, y más, al individuo más primitivo, en la selva más recóndita, porque esa persona tiene la luz de la inteligencia. Uno de los entrenadores más exitosos de fútbol estadounidense en la historia, Lou Holtz, dijo una vez: “Si quieres saber algo, no se lo preguntes al mono. Pregúntaselo al organillero.”

Somos como Dios en que somos seres pensantes, racionales. El cerebro humano es el mecanismo más complejo del mundo. Algunos lo comparan con un computador muy avanzado, pero la tecnología ni siquiera se acerca a duplicar sus capacidades. Gerhard Dirks, notando 50 ideas de inventiva al estudiar la función del cerebro humano, comentó sobre su complejidad: “Si pudiéramos inventar un computador que duplicara las capacidades del cerebro humano, se necesitaría una estructura del tamaño del edificio Empire State Building sólo para instalarlo.”

También somos como Dios en que somos seres morales. Tenemos conciencia, un sentido del bien y del mal, y la capacidad para escoger entre uno y otro. Un toro puede acornear a su dueño, un caballo puede pisotear a su jinete, o un león puede mutilar a su entrenador, y no sentir nin-

guna culpa por hacerlo, ni saber la diferencia entre el bien y el mal. Pero nosotros no sólo sabemos cómo son las cosas, sino también cómo deberían serlo. Tenemos una conciencia que nos dice que algunas cosas son buenas, y otras cosas son malas.

Las personas son las únicas criaturas que pueden reírse y llorar, porque somos los únicos que sabemos la diferencia entre las cosas como son y lo que deberían ser. Somos las únicas criaturas que nos sonrojamos porque somos los únicos capaces de sentirnos abochornados por nuestras acciones.

Somos como Dios en que somos seres emocionales. No sólo que el hombre es la única criatura que puede reír, llorar, y sonrojarse, sino que también es el único que puede suicidarse, porque es el único capaz de aburrirse de su existencia. La capacidad para el aburrimiento es señal de la alta herencia de la humanidad. Nos damos cuenta de que hay en la vida más que la existencia animal. Necesitamos comunión con Dios, y nuestras vidas están incompletas sin él. Como dijo Agustín: “Tú nos hiciste para ti mismo, y nuestros corazones no descansan hasta no hallar descanso en ti.”

Nuestra dignidad y valía como personas no depende de lo que hacemos, dónde vivimos, lo que poseemos, o quienes fueron nuestros antepasados, sino más bien del hecho de que hemos sido hechos a imagen de Dios. Es en base a esto que Dios condena el asesinato (Génesis 9:6).

La película *My Big Fat Greek Wedding* (*Mi Gran Boda Griega Gorda*) es la historia de una joven de ascendencia griega que se enamora de un estadounidense común. El padre de ella no puede aceptarlo, porque las costumbres griegas son muy diferentes. Finalmente, en la boda, el padre, a quien le gustaba señalar el origen griego de las palabras, dijo: “Miller [el novio se llamaba Iván Miller] en griego quiere decir ‘manzana’. El apellido de nuestra familia quiere decir ‘naranja’. Así que tenemos manzanas y naranjas. Son diferentes, pero, a fin de cuentas, todos somos fruta.”

La injusticia humana y prejuicio racial surge, y la gente se olvida que todos fuimos hechos a imagen de Dios. Toda persona del mundo, sin que importe su educación, trasfondo racial, o situación económica o social, tiene por consiguiente valor intrínseco.

Usted es la corona y gloria de la creación divina. Fue hecho para ser hijo del Rey, y eso hace que sea una persona de valor. Puede estar viviendo por debajo de su condición de hijo del Rey, pero así y todo, usted tiene potencial.

¿Qué Anda Mal en el Mundo?

En segundo lugar, el hombre ha quedado alienado de Dios por el pecado. Después de crear a Adán y Eva a su imagen Dios los colocó en un hermoso huerto donde él hizo provisión para toda necesidad de la humanidad. Le fue dada libertad para escoger con una estipulación. “Y le dio este mandato: «Puedes comer de todos los árboles del jardín, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no deberás comer. El día que de él comas, ciertamente morirás.»” (Génesis 2:16-17).

De repente algo salió mal. El tentador apareció en forma de serpiente sin explicación ni identificación. La palabra hebrea que se traduce “serpiente” procede de una raíz que significa “siseo” o “susurro.” La palabra que se traduce “astuta” quiere decir “zalamera” o “taimada.” El tentador se acercó a Eva como experto zalamero susurrándole al oído.

Empezó poniendo en tela de duda la bondad y el amor de Dios. No señaló la abundante provisión de Dios sino la única prohibición. Cuando Eva mencionó la razón por la que Dios les había dado el mandato, Satanás tildó a Dios de mentiroso: “¡No es cierto, no van a morir!” (Génesis 3:4). Luego insinúa que al prohibirle Dios al hombre que coma del fruto está privándole de alcanzar su pleno potencial: “Dios sabe muy bien que, cuando coman de ese árbol, se

les abrirán los ojos y llegarán a ser como Dios, conocedores del bien y del mal” (Génesis 3:5).

En esta experiencia vemos la naturaleza misma del pecado. El hombre fue hecho un poco menor que Dios (Salmo 8:5), pero su ambición era ser como Dios mismo. El pecado es la determinación de salirnos con la nuestra en lugar de hacer las cosas como Dios manda. Cuando el hombre, por su ambición egoísta, trata de ser Dios de su propia vida y voluntad, peca. El pecado es destronar a Dios y entronarse uno mismo.

La decisión de Adán y Eva de desobedecer a Dios puso a la raza humana entera en un espiral descendente. La Biblia dice: “Por medio de un solo hombre el pecado entró en el mundo, y por medio del pecado entró la muerte: fue así como la muerte pasó a toda la humanidad, porque todos pecaron” (Romanos 5:12).

Yo no soy responsable por lo que Adán y Eva hicieron, tal como tampoco soy responsable por lo que hizo Julio César, pero su conducta si me afecta. Cuando Adán y Eva pecaron soltaron en el mundo las fuerzas del mal, y yo, como ellos, he pecado.

Cuando el periódico *London Times* pidió a algunos escritores ensayos sobre el tema “¿Qué Anda Mal con el Mundo?” G. K. Chesterton presentó el más breve y más al grano:

Estimados señores:

Yo.

Sinceramente suyo,

G. K. Chesterton

La humanidad ha recorrido mucho trecho desde los días cuando Dios la hizo para que tenga dominio. A decir verdad, hemos sometido todo en el mundo, y nos hemos dirigido al espacio buscando otros mundos para conquistar, pero hay algo que jamás hemos podido dominar: nosotros mismos. Dios nos dio la capacidad de controlar y

gobernar, pero no hemos podido gobernarnos nosotros mismos. Allí yace la raíz del dilema humano.

Pascal escribió que “el hombre es a la vez la gloria y la escoria del universo.” Exploramos, pero también explotamos. Educamos, pero también erradicamos. Producimos, pero también contaminamos. Hicimos el bisturí y también la metralleta. Los seres humanos inventaron las cámaras de gas de Auschwitz; aunque también seres humanos entraron en esas cámaras de gas con pie firme con el Salmo 23 o el Padre Nuestro en sus labios.

El hombre es a la vez el niño de oro o la oveja negra de nuestro mundo. Es el amo incuestionable de los recursos de la tierra y sin duda alguna el cerebro que concibe las peores tragedias del mundo. Sea lo que sea que anda mal en el mundo, es seguro que no es culpa de las jirafas o de los abejorros. Se debe a nosotros.

¿Qué anduvo mal en la humanidad? Dios nos dotó con el poder para escoger. No nos creó como autómatas programados para adorarle y obedecerle. Le dio a la humanidad el libre albedrío, la capacidad para escoger, y las personas, tal como lo vemos en Génesis 3, deliberadamente escogieron desobedecer a Dios, pecar. ¿El resultado? La imagen de Dios quedó estropeada y arruinada, y el hombre quedó alienado de Dios.

Ofrecido desde Antes de la Fundación del Mundo

Tercero, el hombre es regenerado por gracia. Cuando el hombre pecó, quedó separado de Dios. La comunión quedó rota: la imagen quedó estropeada. Adán y Eva murieron físicamente muchos años después; sin embargo, el momento en que escogieron desobedecer a Dios murieron espiritualmente. Ya no eran inocentes. Eran pecadores perdidos y separados de Dios.

Fueron arrojados de la presencia de Dios, porque el Dios santo no puede condonar el pecado. El pecado los había

separado de Dios. Es más, sus cuerpos quedaron sujetos a las enfermedades y dolores de la vida. Pero en tanto que Dios aborrece el pecado, ama al pecador. Incluso en el huerto, antes de pronunciar su castigo sobre el hombre, promete la redención (Génesis 3:15). Por eso a este versículo se le ha llamado “el evangelio antes del evangelio”; predice al Redentor.

Somos pecadores por decisión y práctica. El pecado tiene su origen en nuestra incredulidad, soberbia, desobediencia y orgullo. Los pecados de todas las edades han cobrado su interés compuesto en guerra, pobreza, odio, inmoralidad, drogas, borrachera y cosas parecidas (Romanos 1:28-32).

Como G. K. Chesterton escribió una vez, “Si lo demás es cierto o no, una cosa es cierta: el hombre no es lo que debería ser.” Pero no estamos condenados a quedarnos tal como estamos. ¡Podemos cambiar! Podemos ser hechos nuevas criaturas por el poder de Dios obrando en nosotros y por medio nuestro. Depende de nosotros. La decisión es nuestra.

Dios hizo planes para nuestra re-creación desde antes de la fundación del mundo. Nuestra redención no fue un algo que se le ocurrió a Dios tardíamente (Apocalipsis 13:8). Jeremías fue a casa del alfarero. Allí observó cómo el alfarero modelaba un pedazo de barro, pero en el barro había algo que se ofreció resistencia a lo que el alfarero quería hacer, por eso la vasija se rompió. Jeremías dijo: “Pensé que él tomaría los pedazos y los echaría a la basura, para empezar con nuevos materiales; pero lo que hizo fue tomar los mismos pedazos y volver a moldearlos, haciendo una nueva vasija.” La vasija original se quebró en las manos del alfarero, así que él hizo una diferente y nueva (Jeremías 18:1-6). Eso es lo que Dios hace. Eso es lo que quiere hacer ahora. Aunque nuestras vidas estén destrozadas, Dios tiene la manera de volver a reconstruirlas, si se lo permitimos. ¿Se lo permitirá usted? La decisión es suya. ¿Quiere arrepentirse y creer en el evangelio?

Capítulo 4



La Salvación

Artículos de Fe - 1840

Creemos que Cristo murió por los pecadores y que el sacrificio que él hizo ha hecho honor a la ley divina a tal punto que hay abierto consistentemente un camino para todo pecador a quien el evangelio es enviado, y que nada excepto el rechazo voluntario del evangelio previene la salvación. (Artículo 6)

Creemos que las condiciones para la salvación son el arrepentimiento del pecado, fe en el Señor Jesucristo y obediencia a su palabra: y que la salvación en estos términos se ofrece libremente a todos; pero la depravación del hombre es tan profunda que ninguno los cumpliría si no fuera por la regeneradora gracia de Dios. (Artículo 7)

Una Salvación tan Grande

Hebreos 2:1-3

Estas son las buenas noticias que todos necesitamos. ¡Jesús murió por nuestros pecados, fue sepultado y resucitó al tercer día! Debido a lo que él es y a lo que hizo, el camino de la salvación está abierto para todos. Las condiciones son que nos arrepintamos de nuestros pecados y pongamos nuestra fe en el Señor Jesucristo.

¿Qué es la salvación? Es la liberación del poder y castigo del pecado. La Biblia dice: “pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios” (Romanos 3:23), y lue-

go añade; “Porque la paga del pecado es muerte, mientras que la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor” (Romanos 6:23).

Todos somos diferentes de muchas maneras, y sin embargo todos somos iguales en que todos somos pecadores y necesitamos la salvación. Esa salvación ha sido provista para nosotros en Jesucristo.

Su salvación nos liberta tanto del poder como del castigo del pecado. El pecado nos atrapa en sus garras y no nos suelta. Un corcho colocado cerca de la superficie del agua flotará. Si se lo hunde a 10, 50, o incluso a 100 pies, volverá a la superficie si se lo suelta; pero si se lo hunde a 200 pies no volverá a subir a la superficie, porque la presión del agua será demasiada. Lo mismo sucede con nosotros. Mientras más nos hundimos en el pecado, menos probabilidad hay que volvamos a salir.

El pecado por su propia naturaleza se hace hábito (2 Samuel 11-12). Las drogas, el licor, la pornografía, la conducta abusiva, la inmoralidad sexual y la cólera son adictivas y destructivas.

Como dice un canto evangélico popular:

*El pecado te llevará más lejos de lo que quieres ir.
Lenta pero inexorablemente apoderándose del control.
Te enseñará más de lo que quieres saber.
El pecado te retendrá más de lo que quieres quedarte.
El pecado te costará más de lo que quieres pagar.*

Ese es el resultado inevitable del pecado cuando se apodera de nuestras vidas; pero hay esperanza. Podemos ser libres tanto de su poder como de su pena o castigo.

Ruth Harms Calkin expresó esto hermosamente cuando escribió:

*Señor:
Hay incontables cosas en mi vida
Que son inexcusables.
Hay cosas que son inexplicables.*

*Cosas inconcebibles.
Hay cosas irrefutables.
Y cosas irresponsables.
Pero me viene como indecible alivio
Que debido a tu sublime amor
Nada en mi vida es imperdonable.*

¡Esa es la salvación en Cristo! Pero la Biblia nos presenta una pregunta inquietante al respecto. Pregunta: “¿Cómo escaparemos nosotros si descuidamos una salvación tan grande?” (Hebreos 2:3). La pregunta se nos da en un contexto de advertencia. El escritor de Hebreos nos dice que Dios envió a su Hijo para que sea nuestro Salvador. Empieza diciéndonos quién es Jesús, y luego describe lo que él ha hecho. Lo identifica como heredero de todas las cosas, creador de cielos y tierra, y como la imagen misma de Dios en persona, y sustentando todo el universo. Luego nos dice lo que hizo: “Después de llevar a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la derecha de la Majestad en las alturas” (Hebreos 1:3).

La frase “se sentó” indica una acción terminada. Cuando los ujieres terminan de recoger la ofrenda en un culto, han terminado su tarea, y se sientan. Cuando el coro termina de entonar la música especial en un culto, ha terminado su tarea asignada, y se sienta. De la misma manera, cuando Jesús nos hubo limpiado de nuestros pecados, se sentó a la mano derecha de Dios. Había terminado la tarea que la había sido encargada. Hizo posible que seamos libertados del poder y pena del pecado.

La significación de Jesús no está sólo en lo que enseñó, sino también en lo que él es y lo que hizo. Muchos están listos para aceptar a Jesús como un gran maestro, pero no quieren recibirlo como un gran Salvador. El obispo episcopal George Craig Stewart cuenta de una ocasión cuando se unió a un grupo en un vagón de ferrocarril. La religión surgió como tema de conversación, y alguien le dijo:

“¿Quiere saber cuál es mi religión, señor? Es la Regla de Oro; sencillamente la Regla de Oro.”

“¿Quiere saber cuál es mi astronomía, señor?” le respondió el obispo Stewart. “Estrellita ¿dónde estás?; sencillamente eso.”

La astronomía es mucho más compleja que eso. La dádiva de Dios al darnos la salvación es mucho más que la Regla de Oro; Cristo tuvo que morir por nuestros pecados y, para ser salvados, debemos arrepentirnos y confiar en él.

Cristo ha provisto una gran salvación. ¿En qué aspectos es grande su salvación?

- Es motivada por un gran amor.
- Va acompañada de un gran poder.
- Nos ofrece un gran escape.

Amor Incomprensible

Primero, nuestra salvación es motivada por un gran amor. La historia de *Dominic and Eugene (Dominic y Eugenio)* habla de un individuo que tiene lesionado el cerebro, y que es un católico romano muy devoto. Ama a su iglesia y la gente. La vida es placentera, y él es muy feliz hasta que matan a su perro. Entonces se enfurece contra Dios. Va a la iglesia y descarga contra el sacerdote su cólera y amargura, y el religioso responde con santurroneñas. Nada impresionado por las santurroneñas del religioso, Eugenio se da la vuelta y se aleja. Al dirigirse a la salida ve un crucifijo colgado en la pared, y dice: “Si yo fuera Dios, nunca hubiera dejado que le hagan eso a mi hijo.”

Yo tampoco, pero gracias a Dios que no soy Dios. En contraste a lo que yo *no* haría, “tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16).

El poeta William A. Adell tradujo el himno compuesto por Frederick M. Lehman, que lo dice muy bien:

*¡Oh amor de Dios! Su inmensidad
el hombre no podría contar,
ni comprender la gran verdad
que Dios al hombre pudo amar.
Cuando el pecar entró al hogar
de Adán y Eva en Edén,
Dios les casó, más prometió
un Salvador también.*

La estrofa más conmovedora del himno es la que sigue. Interesantemente, fue escrita en las paredes de un cuarto estrecho, en un asilo, por un hombre a quien consideraban loco. Los profundos versos fueron descubiertos después de su muerte. Considérelos con todo cuidado:

*Si fuera tinta todo el mar,
y todo el cielo un gran papel,
y cada hombre un escritor,
y cada hoja un pincel,
Nunca podrían describir
el gran amor de Dios
que al hombre pudo redimir,
de su pecado atroz.*

(coro)

*¡Oh amor de Dios! brotando está,
inmensurable, eternal;
Por las edades durará,
inagotable raudal.¹*

No hay manera de saber lo que atravesaba la persona que compuso estos versos, pero lo que sí sabemos es que mientras estaba en ese asilo hizo el más grande descubrimiento de su vida: el amor de Dios.

Hay tres cosas que para mí son incomprensibles. No quiero decir que son las únicas tres cosas que no sé; sino que hay tres cosas que no logro comprender. La primera es la eternidad. No puedo comprender el tiempo sin fin. La

segunda es el espacio. ¿Qué quiere decir eso de poder viajar y viajar por el espacio y jamás llegar al fin? La tercera es el amor de Dios por un mundo perdido y maldito por el pecado, especialmente a la luz de la indiferencia humana y la manera en que el ser humano ha pisoteado el amor de Dios. Es debido a ese gran amor que tenemos una salvación tan grande.

Haciendo Algo Hermoso de Algo Podrido

Segundo, nuestra salvación va acompañada de gran poder. Tiene el poder para cambiar, para convertir y hacernos libres. La Biblia dice: “Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!” (2 Corintios 5:17).

Algunos viven toda su vida arrastrando una “mentalidad de víctima.” Siempre están echándole la culpa de lo que les sucede a alguna otra persona o a alguna otra cosa. Por ejemplo: “Soy trigueño, y por eso es difícil que yo avance en la vida”; “Mi tío me ultrajó sexualmente cuando era niña”; “Mi padre era un alcohólico”; “Mi esposo me maltrató”; “Somos pobres.”

Sé que estas cosas son reales y hacen que la vida sea difícil, pero Dios es más grande. Nadie puede darse el lujo de echarle la culpa al pasado indefinidamente. Cualesquiera que hayan sido nuestras circunstancias pasadas, nosotros seguimos siendo responsables. Dios no nos ha dado licencia para acostarnos y vegetar. Dios todavía puede levantarnos y ponernos a trabajar en su servicio.

En la película *My Big Fat Greek Wedding* una joven griega se enamora de un joven estadounidense promedio. Ella se siente mal por su herencia griega y sus costumbres nada usuales, pero su madre trata de consolarla diciéndole que no debe dejar que el pasado dicte quién es ella, sino que debe hacerlo una parte de lo que ella es.

Necesitamos permitirle a Dios tomar las cosas malas que nos han sucedido y convertirlas en algo bueno. Esas cosas en realidad podrían hacer de usted una mejor persona.

El famoso autor de cuentos Will Campbell anda con bastón. Dice que una de las cosas buenas de un bastón es que le da pie para contar uno de sus relatos favoritos:

El bastón me lo hizo un vecino de quien podríamos decir que era prácticamente analfabeto. Pero sabía algo en cuanto a la estética; sabía lo que era lindo, lo que realmente importaba a fin de cuentas. Derribó un viejo granero abandonado hace años, y descubrió que algunas de las vigas eran de cerezo. Las separó y las guardó, y en su vejez hacía cosas que eran a la vez hermosas y útiles para sus seres queridos. Felizmente yo fui uno de ellos. Es una hermosa metáfora del evangelio: tomar algo podrido y transformarlo en algo hermoso.²

La Biblia dice: “Por tanto, para que sean borrados sus pecados, arrepíentanse y vuélvanse a Dios, a fin de que vengan tiempos de descanso de parte del Señor” (Hechos 3:19).

La palabra “borrados” es una palabra vívida. Se remonta al tiempo cuando la tinta no contenía ácido. Las tintas modernas tienen ácido, y literalmente penetran en el papel. Para quitarla hay que hacer casi un agujero. Pero la tinta antigua no tenía ácido; simplemente se la ponía sobre la página y se secaba. Para borrar, todo lo que una persona tenía que hacer era limpiarla con una esponja.

Eso es lo que Dios hace con nuestros pecados. Los limpia. Necesitamos eso. No tenemos que buscar nuevas páginas en nuestra vida; lo que necesitamos que es nos limpien las que tenemos. No podemos arrancar las páginas de nuestra vida como si nunca hubieran existido, y el tiempo no borra nuestro historial. Siempre están allí para enca-

rarnos a menos que sean limpiadas por el poder del Señor Jesucristo.

Nunca se dé por vencido, ni por usted ni por nadie. Cuando usted dice que una situación o persona ya no tiene esperanza, está cerrándole a Dios la puerta en la narices. Dios puede hacer cambios maravillosos en nuestras vidas, si se lo permitimos.

El Tiempo no Grita, Simplemente se Acaba

Finalmente, nuestra salvación ofrece un gran escape. La pregunta que hace la Biblia es: “¿cómo escaparemos nosotros si descuidamos una salvación tan grande?” (Hebreos 2:3). La implicación es que si la recibimos escaparemos de las consecuencias del pecado. Si la rechazamos, no.

La Biblia nos recuerda repetidamente de nuestra responsabilidad ante Dios. Dice: “¡Todos tendremos que comparecer ante el tribunal de Dios!” y que “cada uno de nosotros tendrá que dar cuentas de sí a Dios” (Romanos 14:10,12). Nos advierten que “está establecido que los seres humanos mueran una sola vez, y después venga el juicio” (Hebreos 9:27). Mucho antes de que se escriban estas palabras el escritor de Eclesiastés advertía: “Alégrate, joven, en tu juventud; deja que tu corazón disfrute de la adolescencia. Sigue los impulsos de tu corazón y responde al estímulo de tus ojos, pero toma en cuenta que Dios te juzgará por todo esto” (Eclesiastés 11:9).

Miramos con desdén al juez que es demasiado blando con los ofensores. Si todo lo que hace es “darle una palmada” a un individuo culpable de un horrendo crimen, gritaríamos “¡despídanlo!” Durante una campaña electoral a un juez que buscaba que lo reelijan uno de sus opositores le puso el apodo de “Juez Blandengue” por su actitud de indulgencia con los criminales convictos. No fue reelegido. Hay que hacer justicia. Refiriéndose a Dios la Biblia

dice: “Tú, que eres el Juez de toda la tierra, ¿no harás justicia?” (Génesis 18:25).

Dios no es ningún blandengue, “porque nuestro «Dios es fuego consumidor»” (Hebreos 12:29), y “¡Terrible cosa es caer en las manos del Dios vivo!” (Hebreos 10:31). Así que todo se reduce a esto: con Jesucristo usted es salvado y se dirige al cielo; sin Cristo usted está perdido y se dirige al infierno.

Esta es, entonces, la gran salvación que tenemos por Jesucristo.

*La vida es corta,
La muerte es segura,
El pecado, la maldición,
Y Cristo, la curación.*

Una palabra de nuestro texto (Hebreos 2:1-3) recalca por qué los hombres y mujeres se pierden a fin de cuentas. La palabra es *descuidar*. Los hombres y mujeres se pierden, no porque se lo propongan; nadie se propone deliberadamente perderse o no ir al cielo. No; se debe al descuido. No tienen que blasfemar contra Dios para estar perdidos. No tienen que levantar contra Dios el puño crispado. Todo lo que necesitan es descuidar la gran salvación que Dios provee.

Tal vez el peor desastre natural (en términos de vidas que se perdieron) que ha sucedido en los Estados Unidos fue el gran huracán que azotó a la isla de Galveston el 8 de septiembre de 1900. La ciudad, la cuarta más grande de Texas en ese tiempo, literalmente quedó reducida a escombros, y 6,000 de los 45,000 habitantes murieron. Había tantos cadáveres desperdigados que los que podían hacerlo pasaban veinte horas al día desenterrando a los muertos de entre los escombros. Pero no había suficientes hombres para cavar tumbas, y ninguna manera de preservar los cadáveres. El temor de una epidemia se cernía sobre las ruinas, así que cientos de cadáveres fueron puestos en una

barcaza y arrojados muchas millas mar adentro. Sin embargo, a poco los sobrevivientes quedaron horrorizados al ver que la marea estaban arrastrando a la playa los cadáveres. La única solución que pudieron hallar fue apilar los cadáveres junto con los escombros y quemarlo todo. Las piras ardientes iluminaban el cielo con un lóbrego resplandor que se veía a millas de distancia a la redonda. El hedor era nauseabundo, y el hecho de saber lo que se estaba quemando hacía todo más difícil de soportar. Incluso hoy, más de cien años más tarde, hay quienes todavía hallan huesos de los cuerpos al cavar para colocar tuberías de gas o cimientos de nuevos edificios.

Lo peor de esta tragedia es que se podía haber evitado. La Oficina Meteorológica de los EE. UU. había decretado la evacuación de la isla porque se avecinaba un huracán. Pero Galveston había soportado tempestades antes, y había sobrevivido, así que la mayoría no hizo caso de las advertencias. Además, el cielo se veía claro, la brisa suave, y se pensaba que el huracán cambiaría su curso.

Todo el día el tráfico corría en ambas direcciones por el puente de hierro, que es la única conexión entre Galveston y tierra firme. Por la noche la suave brisa se convirtió en ventarrón, el viento se volvió lluvia torrencial, y las lluvias en huracán con vientos de más de 130 millas por hora. Después el huracán se transformó en una marejada con olas de 16 pies de altura. El puente de hierro que conectaba Galveston con tierra firme fue arrancado como si fuera astillas. Con la única vía de escape desaparecida, unas seis mil personas murieron. El descuido resultó en la muerte física. El descuido también causará la muerte espiritual.

En la obra *El Sol Brilla para Todos*, de Hemingway, Bill le pregunta a Mike, un disoluto parrandero, cómo se fue a la bancarrota. “De dos maneras,” Mike replica, “gradualmente, y después de golpe.”

Así es como se pierde la gente espiritualmente: gradualmente y después de golpe. No permita que esto le pase

a usted. No descuide esta salvación tan grande hecha posible por la muerte de Cristo en la cruz. Arrepiéntase y crea hoy mismo. Adolfo Coors IV, de la fábrica de cerveza, que se convirtió al cristianismo, solía decir: “El tiempo no grita; simplemente se acaba, y más pronto de lo que uno piensa.” El tiempo se está agotando para todos nosotros. No descuide una salvación tan grande.

Capítulo 5



La Iglesia

Carta de Derechos Inalienables - 1840

*Cada iglesia . . . siendo la libre familia
de Cristo. (Artículo 1)*

La Familia de Dios

1 Timoteo 3:14-16

Un amigo y yo fuimos a desayunar a un restaurante y entablamos conversación con la mesera. Pronto nos enteramos de que tenía un hijo de año y medio, y que estaba divorciándose. Uno de los factores que contribuyeron al divorcio era que su esposo no iba a la iglesia con ella. Mi amigo le dijo: “La próxima vez, asegúrese de casarse con un cristiano.” Ella contestó: “Oh, él es cristiano, sólo que no va a la iglesia.”

Oigo que se habla mucho de un cristianismo sin iglesia. Para mí eso es como hablar de un indigente. Es una tragedia, en el mejor de los casos, y no es así como deberían ser las cosas.

La Biblia no sabe nada de cristianismo sin iglesia. Cuando la persona conoce al Salvador no sólo quiere, sino que también necesita reunirse con otros para adorar, estudiar, tener comunión y ministrar. La Biblia dice que Jesús instituyó la iglesia. En la Biblia Cristo claramente se identifica con su iglesia, y toma en serio esa identidad. A principios del cristianismo Saulo andaba “respirando aún amenazas”

asesinas contra la iglesia. Aunque Saulo probablemente nunca había visto al Jesús histórico, Jesús le dijo: “¿por qué *me* persigues?” Luego se identificó a sí mismo: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues.” La identificación de Jesús con su iglesia era tan real y personal que al perseguir Saulo a la iglesia estaba persiguiendo en realidad a Jesús (Hechos 9:1-5). Lo que le estaba haciendo a la iglesia, se lo estaba haciendo a Cristo mismo. Una de las razones por las que debemos identificarnos con la iglesia es que Jesús claramente se identifica con ella.

En la Biblia se usan muchas analogías para describir a la iglesia. A veces se la llama el cuerpo de Cristo, otras veces edificio de Dios, a veces la esposa de Cristo. Mi favorita es la de la iglesia como la familia de Dios. El apóstol Pablo se refiere a ella como tal cuando le instruye a Timoteo cómo debe comportarse en “la casa de Dios” (1 Timoteo 3:15).

Hay también una analogía favorita que usaron los primeros Bautistas de Texas. Cuando se reunieron para organizar la primera asociación, en su Carta de Derechos Inalienables mencionaron que “cada iglesia es para siempre libre e independiente de todo poder eclesiástico formado por los hombres en la tierra, y cada una es la libre familia de Cristo” (Artículo 1).

La palabra “familia” describe bien a la iglesia. Lleva la idea de que debe ser una familia cariñosa y que acepta, en donde las personas que han nacido otra vez pueden ser atendidas y alimentadas hasta alcanzar la plena madurez en Cristo. La iglesia no es el edificio, aunque se reúne allí. No es una organización, aunque puede estar organizada. No es un público, aunque puede reunirlo de tiempo en tiempo. Es una comunidad estrecha, íntima, de redimidos. Es una hermandad unida bajo el Señor y Salvador Jesucristo. Es la familia viva del Dios vivo.

El elemento central unificador de la iglesia es nuestra dedicación común a Dios como Padre mediante la fe en

Jesucristo. La iglesia no surgió simplemente porque algunas personas simpatizaban con otras; resultó porque las personas se entregaron individualmente a Dios. No tiene sentido hablar de hermandad del hombre sin primero hablar de la paternidad divina. No hay necesidad de hablar de la paternidad de Dios sin primero hablar de la fe en Jesucristo.

La relación horizontal entre personas siempre es derivada, no primordial. La relación vertical entre Dios y el hombre siempre debe venir primero, seguida de la relación horizontal de unos a otros. No nos une el pegamento de la formalidad, ni la herrumbre de la tradición, ni los alambres de la organización; nos une nuestra mutua consagración a Dios el Padre mediante la fe en Jesucristo.

¿Qué quiere decir ser la iglesia, en este sentido? Tres cosas:

- Nos relacionamos por medio de Cristo.
- Somos responsables ante Jesucristo.
- Somos representantes de Cristo.

Estando por mi Hermano

Primero, como iglesia, nos relacionamos unos a otros por medio de Cristo. La Biblia dice: “Todos ustedes son hijos de Dios mediante la fe en Cristo Jesús” (Gálatas 3:26). Es así de sencillo: si Dios es su Padre y Dios es mi Padre, entonces usted y yo somos familia; somos hermanos y hermanas en Cristo.

A los fariseos les encantaban los títulos. Les encantaba que los llamen “rabí.” Reprochándolos Jesús dijo: “Pero no permitan que a ustedes se les llame ‘Rabí’, porque tienen un solo Maestro y todos ustedes son hermanos” (Mateo 23:8).

Algunos todavía podemos recordar el tiempo cuando los miembros de las iglesias se llamaban “hermano” o “hermana” entre sí. De hecho, una de las reglas de decoro que gobernaban la primera asociación Bautista de Texas era:

“La designación de Hermano deben usar los miembros de la asociación en todos los casos.” Quizás nosotros lo expresaríamos con una frase algo diferente, pero ¿no sería maravilloso si pudiéramos apropiarnos de ese espíritu de familia en nuestras iglesias?

En la última iglesia en que serví como pastor terminaba el culto del domingo por la noche invitando a los niños a pasar al frente para conversar conmigo. Me sentaba en los escalones de la plataforma, y cuando se reunían alrededor de mí, les preguntaba quién había cumplido años esa semana. Luego les preguntaba sus nombres, edad, fechas de nacimiento, lo que recibieron para su cumpleaños, y lo que más les gustó. Luego les pedía que dijeran en voz alta un versículo bíblico que supieran de memoria

Un domingo por la noche, cuando pregunté quién había celebrado su cumpleaños esa semana, una niña levantó la mano al instante, agitándola como bandera. La llamé a mi lado y le pregunté su nombre. Me lo dijo. Le pregunté cuántos años tenía, y me lo dijo. Luego le pregunté cuándo cumplía años y descubrí que su cumpleaños no era esa semana. A decir verdad, estaba a meses de distancia. Así que le pregunté: “¿Y qué estás haciendo aquí?” Me respondió: “Estoy aquí por mi hermano.”

La niña me explicó que tenía un hermanito menor que había tenido su cumpleaños esa semana, pero que tenía miedo de que el predicador le haga preguntas. La niña no quería que el cumpleaños de su hermanito pasara desapercibido, así que ella pasó al frente en lugar de su hermano. Le dije a la congregación: “Si hay algún lugar donde debemos levantarnos por nuestras hermanas y hermanos, es lugar es la iglesia. Si hay un tiempo en que debemos levantarnos por nuestros hermanos y hermanas, es ahora. Si usted siente que le hace falta amor, aquí hallará personas que se arrodillarán con usted o se levantarán a su lado. Eso es lo que quiere decir que la iglesia es una familia.”

Sea que necesitemos consuelo o valor, debemos hallarlo en la casa de Dios. Es un lugar donde los unos debemos llevar las cargas de los otros (Gálatas 6:2), comprendernos unos a otros, confesarnos nuestras faltas unos a otros, orar unos por otros (Santiago 5:16). Debemos servirnos unos a otros, lavarnos los pies los unos a los otros (Juan 13:14-15). Cuando lo haga, no use agua con hielo como para hacer que se congelen, ni tampoco agua hirviendo como para escaldarlos; más bien, use el agua tibia para aliviarlos y suavizarlos.

También se nos dice que hablemos la verdad en amor (Efesios 4:15), lo cual no siempre es fácil hacer, porque exige a la vez valor y gracia. En los primeros días la Universidad Baylor estaba dividida en dos departamentos: el masculino y el femenino. Se hallaban a una milla de distancia, y cada departamento tenía su propia facultad. Rufus C. Burleson era presidente de Baylor, y Horace Clark era rector del departamento femenino. Surgió un fuerte desacuerdo entre Burleson y Clark en cuanto a quién tenía la autoridad final sobre el departamento femenino. La rencilla pronto se extendió a toda la comunidad, y se hizo tan agria que los hombres echaron mano a las armas. Hubo momentos en que parecía que el asunto se resolvería a tiros.

A. E. Lipscomb, uno de los seguidores de Burleson, publicó un folleto inflamatorio atacando a los amigos del profesor Clark. Los seguidores de Clark denunciaron la acción como no cristiana, y alguien propuso una moción para expulsar a Lipscomb de la membresía de la Independence Baptist Church. Cuando el moderador anunció el resultado de la votación, Burleson, que era también el pastor de la iglesia, se levantó, y metiéndole el dedo en la cara al moderador lo amenazó ásperamente.

Resulta que el general Sam Houston era también miembro de esa iglesia, y estaba presente en la reunión, presenciando los procedimientos con sorpresa y asombro. Burleson lo había bautizado en 1854 y Houston es-

taba del lado de Burleson en esta prolongada y desdichada controversia.

Esa noche el general Houston estaba sentado en el despacho de un amigo cuando Burleson entró a la oficina y le extendió la mano. Houston se puso de pie, cruzó sus brazos a la espalda, y le dijo a Burleson que había presenciado muchos arranques apasionados y descortesías en los debates mientras vivía entre los nativos, cuando servía en el congreso de los Estados Unidos, como comandante supremo del ejército de Texas, como presidente de la República de Texas, y como gobernador del estado. Luego le reprochó: “Pero en toda mi vida pública nunca he visto tal falta de decoro en el proceder de nadie como usted lo hizo esta mañana en la iglesia Bautista, cuando usted le puso el dedo en la cara al hermano Ross, le acusó de conducta nada honorable, y le dijo que solo sus canas le protegían de la violencia personal. Usted me bautizó en Rocky Creek en 1854, y en su compañía he pasado muchas horas felices de encanto social y espiritual. Por muchos años he sido su devoto amigo, pero, hermano Burleson, después de presenciar su conducta esta mañana, usted me va a disculpar, pero no puedo, y no voy a estrecharle la mano, mientras no me convenza de que usted sinceramente se ha arrepentido.”

Burleson no estaba preparado para tal reproche, así que agachó la cabeza y se fue a su casa. Pocas semanas más tarde, el reverendo James A. Stribbling vino a la iglesia Independence para celebrar una serie de reuniones. Todos los cultos parecían muertos, pura formalidad, y nadie respondía a la predicación. Stribbling pidió a Burleson que guiara en oración en uno de los cultos. Ampliando la petición a Burleson el predicador dijo: “Hermanos: Esta reunión no está marchando como yo he estado orando, y como confío en que ustedes habrán estado orando. No estamos bien ante Dios, porque de estarlo él ya habría enviado su bendición. Pongámonos de rodillas, y unámonos al hermano Burleson en una oración ferviente para que Dios quite to-

dos los obstáculos del camino, y nos envíe del cielo una bendición tal que nuestras almas no puedan contener.”

Instantáneamente casi todos los creyentes se arrodillaron. Entonces, de repente Burleson cayó sobre su cara ante Dios y ante la congregación, confesando su pecado y pidiendo perdón. Dios respondió y las ventanas de los cielos fueron abiertas de par en par, y la bendición de Dios descendió sobre la ciudad que por años había estado destruida por el conflicto interno.

Después del culto Houston se acercó a Burleson y le dijo: “Hermano Burleson, aquí tiene mi mano. Estréchela mientras el tiempo dura. Aquí tiene mi corazón. Lo querré hasta mi último latido.”¹

Eso es hablar la verdad en amor: arrepentimiento, restauración y avivamiento. La cólera, la amargura, el conflicto y la contención estorbarán la obra del Espíritu en todas partes, en todo tiempo. No podemos permitir que eso persista en nuestra familia o en nuestra congregación. Podemos hacernos daño unos a otros mediante el silencio o el sarcasmo. Debemos tener mucho cuidado en cómo usamos esto.

¿Cómo ve el mundo no creyente a la iglesia? ¿La ven como una familia en conflicto y disfuncional? ¿Nos ven divorciándonos unos de otros? ¿Acaso nos ven como deberían vernos, como una familia cariñosa en donde las personas se aman y son atendidas?

La Única Corona en el Cristianismo

Segundo, como iglesia somos responsables ante Jesucristo. Jesús llamó a la asamblea “mi iglesia.” Ese breve pronombre personal “mi,” tomado en serio, resolvería muchos grandes problemas en las iglesias. La iglesia le pertenece a Cristo. No es propiedad de ningún pastor, ni cuerpo de diáconos, ni concilio, ni comité, ni convención. No es responsable ante ellos; es responsable ante Jesucristo.

Nuestros antepasados Bautistas de Texas fueron cuidadosos para afirmar que la iglesia local era autónoma. El Artículo 1 de la Carta de Derechos Inalienables de 1840 dice: “Toda iglesia es libre para siempre e independiente de todo poder eclesiástico fundado por los hombres en la tierra, y cada una es la libre familia de Cristo.” La expresión “poder eclesiástico” incluye a todo concilio, convención, asociación, junta, agencia o individuo.

Cuando se formó la primera convención estatal en Texas, en 1848, igualmente afirmó que: “La convención nunca tendrá ningún atributo de poder o autoridad sobre ninguna iglesia o asociación. En forma absoluta y para siempre renuncia a todo derecho de cualquier clase, por esto afirmando el principio cardinal de que toda iglesia es soberana e independiente.”

La autonomía de la iglesia local no quiere decir que la iglesia puede hacer lo que se le antoje. Quiere decir que es libre para hacer lo que Cristo quiere que haga. Es la casa de Cristo, es su familia. Para que sea libre para hacer lo que Cristo quiere que haga, entonces no puede haber ningún grupo o individuo, junta u obispo, concilio o convención, entre Cristo y la iglesia. La única corona en el cristianismo pertenece a la cabeza de Jesucristo, quien se la ganó al llevar otro tipo de corona.

Los pastores, más que nadie, deben recordar esto. No deben martillar la “autoridad pastoral” cuando en realidad la autoridad le pertenece a Jesús. No deben usurpar el lugar que le pertenece a Cristo. Hay diferencia entre dirigir y arrear. Los pastores deben guiar bajo la dirección de Dios, pero no deben arrear. Para algunos pastores todo es cuestión de ego, y como alguien bien lo dijo, parece que su ego quiere simplemente expulsar a Dios de su dominio.

Los Bautistas son tenazmente independientes. Creen que debido al sacerdocio del creyente y la competencia del alma del individuo, nadie debería ponerse entre el ser humano y el Señor, sea colectiva o individualmente. Los Bau-

tistas tal vez no le den mucha importancia si no logran salirse con la suya, pero sí le dan mucha importancia al privilegio de poder decir lo que opinan. La verdadera iglesia, la familia de Dios, debe ser libre para hablar, debatir y decidir las cosas. La iglesia no es lugar para un dictador, sea dirigente elegido por la convención o pastor de una iglesia local.

“Demasiado Gordo para Volar”

Finalmente, como iglesia, somos los representantes de Cristo. El plan de Dios para la iglesia local siempre se centra en la evangelización. Los que son llevados a Cristo nacen así en el lugar preciso donde pueden recibir cuidado y ser discipulados. Esto evita la “pérdida” que se ve a menudo en las organizaciones paraeclesiales que tratan de hacer el trabajo que Cristo le asignó a la iglesia local.

Las iglesias enfrentan dos peligros: concentrarse sólo en su propia clase de gente o descuidar por entero la evangelización. Algunas iglesias se concentran sólo en su propia clase de gente. Leslie Newbiggin, que pasó 35 años en India como misionero, volvió a su nativa Inglaterra para hallar que ese país se había convertido en un campo misionero foráneo. Pocos años después de jubilarse se halló sustituyendo al presidente del concilio local de su denominación. Uno de los asuntos en la agenda de una reunión del concilio fue la defunción de una iglesia turgida, que tenía como 120 años de vida, y ubicada frente a los muros de la Prisión Winsom Green, cerca de Birmingham. La congregación se había reducido a 20 miembros, y parecía que habría que cerrar la iglesia inevitablemente. Pero Newbiggin no podía avenirse a la idea de cerrar una iglesia. Le dijo al concilio: “Si la iglesia abandona esas áreas para establecerse en las circunstancias relativamente fáciles de los suburbios dejaría de llamarse una iglesia misionera.”²

Pero es eso exactamente lo que muchas iglesias han hecho. Han abandonado el campo misionero y buscado un lugar más cómodo. Necesitamos más del espíritu de C. T. Studd, misionero pionero al Congo, que dejó su riqueza para seguir a Cristo e ir al campo misionero. Compuso estos versos, que reflejan la entrega total que experimentó por Cristo:

*Algunos quieren vivir donde les llegue
El repicar de la campana de una iglesia o capilla.
Yo quiero establecer una misión de rescate
A un metro del infierno.*

No debemos ser culpables de levantar barreras cuando Jesús derribó las paredes de distinción entre las personas, y las recibió en su familia.

El otro peligro es descuidar por completo la evangelización. El gran filósofo danés Sören Kierkegaard contaba una historia de una bandada de gansos que se dirigía al sur para escapar de los rigores del invierno. La primera noche se posaron en los predios de una granja, y se atracaron de maíz. A la siguiente mañana siguieron su viaje, excepto por uno. “El maíz es bueno,” dijo este ganso, “voy a quedarme y disfrutarlo otro día más.” A la mañana siguiente decidió esperar otro día, y luego otro, disfrutando de la deliciosa comida. Pronto formó un hábito. “Mañana seguiré el vuelo al sur,” decía.

Entonces llegó el día inevitable cuando los vientos del invierno eran tan fuertes que esperar más tiempo significaría la muerte en los desolados parajes. Así que abrió sus alas y se echó a correr por el granero, preparándose para volar, pero, ¡ay, estaba demasiado gordo para volar!

Muchas iglesias están demasiado gordas y prósperas, y ya han perdido su capacidad para volar. Se contentan con quedarse sentadas y conformes, y agrias, en lugar de remontarse a las alturas. Lo hacen a costo de la obediencia. Jesús dijo: “Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a

salvar lo que se había perdido” (Lucas 19:10), y también “como el Padre me envió, así yo los envío a ustedes” (Juan 20:21). Es cuestión de evangelizar o fosilizarse; esas son las únicas dos alternativas. Representamos a Cristo, y debemos salir del granero para hacerlo.

Fred Craddock, profesor jubilado de Nuevo Testamento y Homilética de la Universidad Emory, cuenta su experiencia al crecer en Tennessee. El padre de Craddock no iba a la iglesia. De hecho, criticaba mucho a la iglesia. De cuando en cuando el ministro iba a verlos y trataba de hablar con el anciano Craddock, pero era inútil. El hombre decía: “Sé lo que ustedes quieren en la iglesia. Quieren otro nombre, otra promesa de ofrendas. ¿Verdad? ¿No es eso a lo que se dedican? Otro nombre, otra ofrenda.” Siempre hacía abochornar a la madre de Craddock, quien se iba a la cocina para echarse a llorar.

La última vez que Fred Craddock vio a su padre fue en un hospital de veteranos. Para entonces pesaba como 74 libras. Los médicos le habían insertado un tubo para que pudiera respirar, así que no podía hablar. En su cuarto había flores por todas partes: en la mesa, en las ventanas e incluso en el piso. Había maceteros, flores, y todo tipo de arreglo floral. Le daba lo mismo, porque de todas maneras no podía comer. Había tarjetas que venían con las flores, indicando quién las había enviado, y todas decían algo así como esto: Clase Bíblica Varonil, Compañerismo Femenil, División Infantil, Grupo de Jóvenes. Toda organización que uno podría imaginar en la iglesia le había mandado flores junto con montones de tarjetas de parte de los miembros de la iglesia. Imposibilitado para hablar, tomó un lápiz y escribió en el cartón de un paquete de pañuelos un verso de *Hamlet*, de Shakespeare: “En este mundo hostil, echa mano de tu último aliento para contar mi historia.” Fred Craddock leyó eso y le preguntó: “Papá: ¿cuál es tu historia?” El incapacitado anciano nuevamente tomó la caja

y escribió una confesión: “¡Estaba equivocado! ¡Estaba equivocado!”³

No espere hasta que sea demasiado tarde para descubrir la iglesia. La iglesia se interesa en mucho más que otro nombre en su lista, u otra ofrenda; se interesa en usted como persona. Es la familia de Dios. Si usted le pertenece a él, entonces debe pertenecer en ella.

Capítulo 6



El Sacerdocio del Creyente

Carta de Derechos Inalienables - 1840

Todo miembro tendrá para siempre pleno y libre derecho de ejercer su propia discreción en cuanto a contribuciones para misiones, benevolencia en general, etc., y en todo otro asunto que no lleve a la inmoralidad. (Artículo 2)

Nuestro Derecho Inalienable

1 Pedro 2:5-10

Cuando los antepasados de nuestra nación redactaron la Declaración de la Independencia, hablaron de ciertos derechos inalienables, entre los cuales están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.

Cuando nuestros antepasados Bautistas de Texas pusieron el cimiento para su trabajo conjunto para ganar a Texas para Cristo también hablaron de ciertos derechos inalienables. En su Carta de Derechos Inalienables mencionaron dos: “Toda iglesia es para siempre libre e independiente de todo poder eclesiástico formado por hombres en la tierra, siendo cada una la libre familia de Cristo” (Artículo 1); y “Todo miembro tendrá para siempre pleno y libre derecho de ejercer su propia discreción en cuanto a contribuciones para misiones, benevolencia en general, etc., y en todo otro asunto que no lleve a la inmoralidad” (Artículo 2).

Como creyentes tenemos ciertos derechos que Dios nos ha dado. Uno de ellos es el acceso igual, directo e inmediato a Dios por medio de Cristo, sin ningún intermediario. A esto se le llama “el sacerdocio del creyente.”

Nuestro sacerdocio es posible por Jesucristo. Mediante su muerte, sepultura y resurrección, Cristo no sólo llegó a ser nuestro Señor y Salvador, sino también nuestro Sumo Sacerdote. Él es el único por quien podemos acercarnos a Dios.

En los días de Jesús el templo era el lugar central de adoración en la vida judía, y el corazón de la adoración en el templo era el santuario interior, en donde, según lo que los judíos pensaban, Dios moraba de una manera especial. Era una sala grande, dividida por un velo enorme. Una parte se conocía como el Lugar Santo, y la otra como el Lugar Santísimo. Los sacerdotes entraban diariamente al Lugar Santo para ofrecer sacrificios por el pueblo. El sumo sacerdote entraba una vez al año al Lugar Santísimo, que representaba la presencia inmediata de Dios, para ofrecer la sangre de la expiación por los pecados de la nación entera.

Ese santuario interior estaba rodeado por una serie de atrios donde el pueblo se reunía para la adoración. Cuando un judío varón iba a adorar en el templo, tenía que atravesar el atrio de los gentiles, luego el atrio de las mujeres, y luego al atrio de los israelitas; pero tenía que detenerse allí. No podía entrar al atrio de los sacerdotes. No podía acercarse al sitio que se consideraba la presencia de Dios. Sólo los sacerdotes podían entrar en el Lugar Santo, y sólo el sumo sacerdote podía entrar detrás del velo al Lugar Santísimo.

Entre los milagros que sucedieron cuando Jesús murió en la cruz fue que el velo del templo, esa enorme cortina que separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo, “se rasgó en dos, de arriba abajo,” significando que el camino a la presencia de Dios quedaba abierto para toda persona (Mateo 27:51). Note que el velo no se rasgó de abajo arriba, como lo habría rasgado el hombre. Dios lo rasgó de arriba

abajo, significando que todos los creyentes tienen igual “acceso al Padre por un mismo Espíritu” (Efesios 2:18).

El autor de Hebreos escribe que mediante su muerte Jesús proveyó un camino nuevo y vivo para que pasemos detrás del velo a la misma presencia de Dios (Hebreos 10:20). Cuando el cuerpo de Cristo fue perforado en la cruz, el mismo corazón de Dios quedó abierto para nosotros. Cuando el Salvador murió, el velo de su carne y el velo del templo fueron abiertos. Dios y el hombre ahora podían estar frente a frente.

En Jesús, entonces, tenemos a la única Persona que nos abre el camino a Dios. El velo que simbolizaba nuestra separación de Dios ha desaparecido, y toda persona tiene ahora acceso directa a Dios. Dios es un Dios “de igual oportunidad.” Todos podemos acudir a él.

Debido a lo que Cristo sufrió en la cruz, ahora somos “reyes y sacerdotes” para Dios (Apocalipsis 1:6; 1 Pedro 2:5,9). Esto quiere decir que todo creyente es ahora su propio sacerdote, y tiene acceso directo e inmediato a Dios. Para llegar a Dios, no hay otro mediador que Jesucristo.

Pero tal vez usted pregunte: “¿Creen todos esto?” La respuesta es *no*. Cualquier grupo religioso que nombra sacerdotes como intermediarios entre el hombre y Dios como intérpretes oficiales de la voluntad y palabra de Dios para el pueblo, en realidad no cree en el sacerdocio del creyente.

Así que, ¿qué quiere decir que somos sacerdotes?

- Tenemos acceso directo a Dios.
- Tenemos igual responsabilidad delante de Dios.
- Somos personalmente responsables ante Dios.

La Gran Invitación

Primero, el sacerdocio del creyente quiere decir que tenemos acceso directo a Dios. La Biblia lo dice claramente: “Hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Timoteo 2:5), y se nos invi-

ta a entrar con intrepidez a la misma presencia de Dios por el Señor Jesús (Hebreos 4:16). No hay una clase especial de personas por quienes acercarnos a él. Sólo Cristo es el camino.

En términos prácticos esto quiere decir que podemos orar directamente a Dios. Alguien le preguntó a Nelson Fanini, dirigente Bautista de Brasil: “¿Debo orar a Dios o a María?” Su respuesta indica claramente a quien se dirige la oración: “Cuando te enfermas, ¿llamas al médico o llamas a su madre?” Jesús nos enseñó a orar: “Padre nuestro que estás en el cielo.” ¿Podría esto ser más directo? Estudie las oraciones que registra el Nuevo Testamento y verá que, sin excepción, todas se dirigen directamente al Señor (Hechos 4:24; 7:55-59; 9:4-6, 11-13). Ni una sola vez alguien oró por medio de otro individuo, ni tampoco a nadie más, sino solo por y al Señor Jesucristo. Así es como debemos orar.

Tenemos el derecho de interpretar por nosotros mismos las Escrituras. En los primeros días de Texas la iglesia Católica Romana era la única reconocida por el gobierno mejicano. Se prohibía la lectura de la Biblia. A los laicos se les permitía que leyeran la Biblia, pero sólo la iglesia podía interpretarla. Como analogía, creían que la iglesia es para la Biblia lo que la Corte Suprema es para la Constitución: su intérprete oficial.

Algunos Bautistas actuales no distan mucho de creer lo mismo. Quieren exigirle que usted no sólo crea en la Biblia, sino en la interpretación en particular que ellos hacen de las Escrituras. Quieren decirle lo que la Biblia quiere decir, lo que le dice que haga, y lo que es la voluntad de Dios para usted; todo lo cual resulta en un concepto peligroso.

Es herejía creer que la palabra de Dios tiene que fluir por medio de otros antes de llegar a usted. La palabra de Dios no le llega a usted a través de mí ni de ninguna otra persona. Nuestros antepasados murieron para proteger la idea del sacerdocio individual. Toda persona debe leer e interpretar por sí misma las Escrituras.

Herschel Hobbs expresó esta verdad de la siguiente manera:

Incluso para el observador casual es evidente que no todos los Bautistas ponen los puntos sobre las íes exactamente de la misma manera. No hay cosa tal como ‘la fe Bautista’ o ‘la fe Bautista histórica.’ Estas frases implican una fe de credo, algo que los Bautistas siempre han evitado. Hay ciertas cosas básicas que todos los Bautistas sostienen hoy como las han sostenido en el pasado. Pero debajo de todo eso está el principio de la competencia del alma en religión.

Este hecho es inherente en el principio del sacerdocio del creyente. No es sorpresa, por consiguiente, que los Bautistas tengan sus diferencias. Lo asombroso es que son tan pocas. Pero ¿cuál debería ser su actitud cuando existe una de esas diferencias? En tanto y en cuanto esas diferencias no nieguen la autoridad de las Escrituras ni el señorío de Jesucristo, se las debe resolver en amor cristiano. Todos deben hablar la verdad según la ve, y en amor. Toda persona debe concederle el mismo derecho a la otra.¹

Creemos que la Biblia es suficiente, sin ninguna adición de tradición o interpretación oficial alguna. El Espíritu Santo está con usted cuando lee la palabra de Dios, y puede enseñarle mejor que cualquier pastor, papa o prelado, lo que significa la palabra de Dios. Eso es lo que debemos ser: sacerdotes que leen la Biblia para nuestro propio provecho, permitiéndole al Espíritu de Dios que nos ilumine su palabra.

Los creyentes de Berea sirven como ejemplo en esto. Habiendo predicado en Tesalónica, el apóstol Pablo pasó a Berea. Leemos que los de Berea “eran de sentimientos más

nobles que los de Tesalónica, de modo que recibieron el mensaje con toda avidez y todos los días examinaban las Escrituras para ver si era verdad lo que se les anunciaba” (Hechos 17:11).

Examinar las Escrituras para determinar lo que es verdad es tarea de todo creyente, y su oportunidad. Usted no tiene que sujetarse a la autoridad de ningún pastor, obispo o concilio para que le diga lo que Dios quiere que usted sepa. Usted debe recibir el mensaje de Dios y examinar por sí mismo las Escrituras para determinar la verdad.

Nunca debemos convertirnos en pueblo de un credo, y por lo tanto, nunca debemos permitir que alguna declaración hecha por el hombre sea más importante que la Biblia misma. No creemos en credos sino en la Biblia, y no tenemos ningún otro Señor que Jesucristo. Cada uno es su propio sacerdote en esto.

El Nuevo Testamento reconoce y recalca que el Espíritu de Dios equipa a ciertas personas para el ministerio de enseñanza. Dios ha provisto líderes y maestros talentosos para las iglesias, para que hagan real ante nuestros corazones la verdad de la Biblia. Debemos ponernos al alcance del ministerio de estos líderes talentosos (Efesios 4:11), pero no son indispensables para que comprendamos la Biblia. No tenemos que recibir de otra persona la palabra de Dios. Debemos sacar de nuestra mente la idea de que la Biblia es un libro oscuro y difícil. Fue escrita por personas como nosotros, y podemos comprenderla si la estudiamos como es debido.

El sacerdocio del creyente es la base del gobierno congregacional en la iglesia local. Si cada uno de nosotros tiene el derecho de acercarse directamente a Dios, entonces también debemos tener el derecho de participar en el gobierno de la iglesia. Estas dos cosas están unidas inseparablemente.

¿Cómo Es su Servicio Sacerdotal?

Segundo, el sacerdocio del creyente quiere decir que todos tenemos igual responsabilidad delante de Dios. Una de las reales tragedias de la iglesia es que muchos han hecho una separación entre ministros y laicos. Hemos hecho una distinción que la Biblia no hace. Todo creyente, en su calidad de sacerdote tiene la responsabilidad de proclamar “las obras maravillosas de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9).

Por designio el cristianismo es una religión de base popular, es decir, empieza y termina con personas que están personalmente en contacto con Dios. Por consiguiente, todos deberíamos participar personalmente en la obra de Dios. Todo creyente debe ser un ministro.

Poco a poco la participación de los laicos en nuestras iglesias y en nuestra denominación ha declinado, y más y más estamos dejando que nos dirijan ministros profesionales. Sea que así lo hayamos querido o no, son ellos los que están haciendo la obra de Dios por nosotros. Lentamente hemos pasado de ser una denominación de base popular, basada en el pueblo común y regular sin distinciones de clases, a iglesias con dos clases: pastores y laicos.

Por principio los Bautistas siempre han rechazado tal distinción, insistiendo que todos somos laicos, una sola clase común del pueblo de Dios, y que la única distinción que reconocemos entre el pastor y el pueblo es de función, y no de clase.

A fines del siglo diecinueve el teólogo Bautista John Leadley Dagg advirtió el peligro de hacer una distinción de clase entre el pastor y el pueblo en una iglesia, o de darle al pastor autoridad sobre la gente. En su *Manual of Theology: A Treatise on Church Order (Manual de Teología: Tratado del Orden en la Iglesia)* Dagg escribió: “Inmenso mal ha resultado de la ambición del clero . . . para contrarrestar su influencia Cristo les ordenó a sus discípulos ‘no permitan

que a ustedes se les llame ‘Rabí’, porque tienen un solo Maestro y todos ustedes son hermanos.” Dagg dijo que elevar al pastor por sobre el pueblo como autoridad oficial es “un mal radical.”

Los Bautistas desesperadamente necesitan un despertar de la participación laica y de liderazgo laico en nuestras iglesias y en nuestra denominación. Es irónico que por 50 años hemos visto un aumento del 400% en el número de líderes profesionales empleados por las iglesias, y al mismo tiempo hemos visto una reducción del 50% en la efectividad evangelizadora de nuestras iglesias. Así que con cuatro veces más profesionales religiosos sirviendo en nuestras iglesias, se necesita el doble de miembros de la iglesia para alcanzar a una persona perdida. ¿Dónde están los laicos serios, los que toman en serio su sacerdocio cristiano?

Es tiempo de que todos volvamos a nuestras raíces, volviendo a martillar la importancia vital de los laicos en nuestras iglesias. Todos somos sacerdotes y tenemos un servicio que cumplir.

Le pregunto: ¿cómo es su servicio sacerdotal? ¿Está usted ofreciendo a Dios sacrificios como debe ofrecerlos el sacerdote, es decir, el sacrificio del arrepentimiento (Salmo 51:16-17), el sacrificio de alabanza (Hebreos 13:15), el sacrificio de sus posesiones (Hebreos 13:16), y el sacrificio de usted mismo (Romanos 12:1-2)? Junto con el privilegio de ser sacerdote va una gran responsabilidad. El privilegio es poder acercarse a Dios directamente y la responsabilidad es ofrecerle a él sus propios sacrificios y servicios.

Dios no Tiene Nietos

En tercer lugar, somos personalmente responsables ante Dios. La Biblia declara “que cada uno de nosotros tendrá que dar cuentas de sí a Dios.” Ser responsable personalmente quiere decir que nuestra relación con Dios es de

persona a persona, frente a frente. Dios nos considera responsables por nuestras acciones. El primer predicador del Nuevo Testamento, Juan el Bautista, proclamó la doctrina del individualismo. Con voz clara que resonaba en las regiones del Jordán, y rompiendo el silencio profético de 400 años dijo: “No piensen que podrán alegar: ‘Tenemos a Abraham por padre.’ . . . El hacha ya está puesta a la raíz de los árboles, y todo árbol que no produzca buen fruto será cortado y arrojado al fuego” (Mateo 3:9-10).

Ser judío e hijo de Abraham no era suficiente para que la persona estuviera en buenas cuentas con Dios. No es el primer nacimiento, sino el segundo lo que cuenta ante Dios. No es la sangre judía, sino la sangre de Cristo. Cada persona se presenta sola a rendir cuentas ante Dios.

La oncóloga de mi esposa nació en Yugoslavia comunista. Junto con su familia eran ortodoxos griegos. Su padre, siendo profesional, fue encarcelado por los comunistas, y ella no le conoció sino cuando ya tenía ocho años. Cuando ella tenía doce años su familia emigró a los Estados Unidos, donde ella creció, asistió a la escuela de medicina, se casó con otro médico, y se mudaron a nuestra ciudad.

Nos cuenta que había pensado muy poco en el cristianismo hasta que un día uno de sus pacientes de cáncer decidió dejar los tratamientos y quería hacer una cita con ella para hablarle de su decisión. Le dijo a la enfermera que al haber decidido dejar de seguir con el tratamiento no era necesario ir al consultorio, pero que de todas maneras quería ir a ver a la doctora. Después de hablar por un rato, el paciente le dijo que estaba cansado de vivir y estaba listo para dejar este mundo. Luego se inclinó hacia ella, le tomó la mano entre las suyas, y le dijo: “Yo sé adónde voy a ir cuando muera, pero no sé adónde va a ir mi doctora.”

La médica dijo que por primera vez empezó a pensar en las cosas espirituales. Junto con su esposo e hija habían empezado a asistir a la iglesia. Un domingo su esposo le

dijo durante la invitación: “Voy a pasar al frente.” Ella protestó: “Un momento. ¿Qué, de nuestra familia?” El le respondió: “Sasha, esto es asunto individual, no asunto familiar. Tú tienes que decidir por ti misma. Nuestra hija tiene que decidir por ella misma.”

Dos años más tarde ella tomó su propia decisión, y puso su fe y confió en Jesucristo.

L. Nelson Bell, suegro de Billy Graham, nos dijo una vez: “La fe cristiana no se hereda; Dios no tiene nietos.” No hay cosa tal como religión por poder, o sea, una persona actuando a nombre de otra en cosas de religión. Nadie puede arrepentirse por usted. Nadie puede creer por usted. Nadie puede bautizarse por usted. Usted tiene que hacer estas cosas por usted mismo.

Recuerde el relato del hijo pródigo. Cuando volvió del país lejano su hermano se enojó, se enfurruñó, y se resintió. Pero cuando el muchacho volvió a casa no tenía que regresar primero a su hermano, porque de haber sido así, jamás habría vuelto a casa. Pero no tenía que venir por medio de su hermano; sino que vino directamente a su padre. Lo mismo puede hacer usted con su Padre celestial.

Capítulo 7



Libertad de Religión

Carta de Derechos Inalienables - 1840

Toda iglesia es para siempre libre e independiente de todo poder eclesiástico formado por hombres en la tierra, siendo cada una la libre familia de Cristo. (Artículo 1)

Nuestra Creencia Atesorada

Gálatas 5:1

El primer sermón predicado en Texas fue ilegal. Hasta donde podemos saber, el primer sermón Bautista fue predicado por Joseph Bayes en 1820. Vino de Missouri a Texas con Moses Austin y otras 32 familias buscando un nuevo lugar donde establecerse. El grupo acampó del lado de Louisiana a orillas del río Sabine River, mientras esperaban el permiso para pasar a Texas, pero Bayes, que había estado predicando desde que tenía 16 años no esperó el permiso para entrar en Texas, cruzó el río Sabine y empezó a predicar. En esos días no existía en Texas la libertad de religión. El catolicismo romano era la religión oficial, y la única permitida. Encima de eso, la constitución mexicana especificaba que “la religión de la nación mexicana es, y será perpetuamente, la Católica Romana y Apostólica.” Así que toda predicación que no fuera católico romana, estaba fuera de la ley.

México quería gente de buen carácter, no borrachos, ni ladrones, ni holgazanes o de lenguaje soez, y esperaba que

todos los colonos se hicieran ciudadanos mexicanos, se sujetaran a la ley de México, hablaran español y se hicieran católico romanos. Solo los curas católico romanos podía celebrar matrimonios, y costaban 25 dólares. Además, la persona debía ser católico romana para poder tener propiedad de tierras. Para muchos esto no fue problema. Muchos, incluyendo Sam Houston, pensaban que con tal de tener propiedad de tierra en Texas bien valía la pena hacerse católico romano, pero no convertirse a Cristo.

Los Bautistas, sin embargo, hallaron que la falta de libertad de religión era un problema. La libertad de religión siempre ha sido una de nuestras creencias atesoradas, es decir, el derecho de toda persona de adorar a Dios según los dictados de su propia conciencia, sin interferencia de otras, especialmente de funcionarios del gobierno.

Así que Bayes siguió predicando. Con el tiempo lo detuvieron en San Felipe por predicar ilegalmente y lo llevaron a San Antonio para que compareciera en juicio. En el camino golpeó a sus captores y se escapó a Louisiana. Bayes y su hijo volverían a Texas para luchar con Sam Houston en la Batalla de San Jacinto, donde el estado no sólo ganó su independencia de México, sino también su libertad de religión.

La primera iglesia Bautista de Texas también fue ilegal. La ley mexicana decía que era ilegal formar una iglesia en Texas. En 1832 llegó a Texas Daniel Parker, que venía de Illinois para solicitarle a Stephen F. Austin una concesión de tierras. Enterándose de esta ley, la interpretó que quería decir que en Texas no se podía *formar* una iglesia, pero que se podía formar una iglesia en alguna otra parte e importarla a Texas. Por consiguiente, volvió a Illinois y en 1833 formó una iglesia con siete miembros. Luego él y los siete miembros viajaron a Texas y se establecieron en la colonia Austin. A poco se mudaron a la región de Nacogdoches donde la iglesia era también ilegal, pero más

distante de la inmediata amenaza de las autoridades mexicanas.

Los Bautistas siempre han estado dispuestos a romper la ley, a sufrir tortura y cárcel, e incluso a morir si fuera necesario, con tal de adorar y predicar el evangelio de acuerdo a los dictados de su propia conciencia. Siempre han sido personas que acatan la ley, excepto cuando la ley humana está en conflicto con la ley de Dios, en cuyo caso, siempre han escogido obedecer la ley de Dios antes que las leyes del hombre.

Los Bautistas creen en el señorío absoluto de Jesucristo (Romanos 14:9; Mateo 23:10; Efesios 1:22), la Biblia sola como guía de nuestra fe y práctica, y que gracias a la iluminación del Espíritu Santo todo creyente es competente para leer y comprender por sí mismo la Biblia. Por consiguiente, una de nuestras creencias atesoradas, y tal vez nuestra más grande contribución a la sociedad, es la convicción de que toda persona debe ser libre para adorar a Dios de acuerdo a los dictados de su propia conciencia.

Lo que fue cierto en Texas a principios de los años 1800 ha sido cierto en toda la historia. Siempre y dondequiera que la iglesia y el estado se han unido, la gente ha perdido su libertad de religión. Fue la unión de la religión y el gobierno lo que echó a Daniel al foso de los leones. Fue la religión respaldada por el gobierno la que clavó a Jesús en la cruz, y encarceló, y a la larga, ejecutó al apóstol Pablo.

En Suiza nuestros antepasados anabautistas Felix Manz y Conrad Grebel fueron encarcelados por predicar el bautismo de creyentes en lugar del bautismo infantil. Eso era una enseñanza contraria a la de la iglesia establecida por el gobierno. Con la ayuda de algunos amigos escaparon y se entregaron nuevamente a la evangelización. Grebel murió y Manz fue capturado nuevamente y sentenciado a morir ahogado. El 15 de enero de 1527 lo ahogaron en el río Limmat. ¿Su crimen? Nada más que tratar de ser fiel a

su conciencia y propagar lo que creía que era la verdad divina.

En Inglaterra las primeras iglesias Bautistas se formaron a principios de los años 1600. No había libertad de religión en ese tiempo en Inglaterra. La iglesia de Inglaterra era la iglesia que el gobierno sostenía, y el rey de Inglaterra era la cabeza de la Iglesia de Inglaterra. Tomás Helwys, pastor Bautista, escribió en 1612 un libro en que afirmaba la doctrina de la libertad plena de religión, titulado *Una Breve Declaración del Misterio de Iniquidad*. Le envió un ejemplar del libro al rey James I de Inglaterra, junto con un severo recordatorio de que el rey no era Dios, sino hombre, y que sólo Dios tenía la autoridad sobre las almas de los hombres. Por su valiente afirmación Helwys fue encarcelado y dejado que se muera en silencio y en privado. Murió en 1616 en la tristemente célebre prisión de Newgate.

Los Bautistas y otros disidentes fueron excluidos de cargos públicos, se les exigía que asistan a los servicios de a Iglesia Anglicana, y se les prohibió predicar sin licencia. A pesar de la persecución y hostigamientos los primeros predicadores y escritores Bautistas continuaron valientemente exigiendo libertad de conciencia para sí mismos y para todos. Se calcula que unos tres mil disidentes murieron en la cárcel en los tumultuosos años que siguieron, durante los reinados del rey James I y su hijo Carlos I.

Fue durante ese tiempo difícil que los peregrinos huyeron de Inglaterra al continente americano, muchos de ellos buscando libertad de religión. Entre ellos se hallaba Roger Williams, graduado de Cambridge, erudito, brillante y concienzudo, demás de ser ministro anglicano ordenado. Se le considera el padre de la libertad religiosa en los Estados Unidos.

Williams tampoco halló libertad de religión en este continente. La Colonia de la Bahía de Massachusetts, en donde se estableció originalmente, permitía libertad de religión pero sólo para la iglesia aprobada por el gobierno.

Williams había rechazado la tiranía eclesiástica en Inglaterra, y no estaba dispuesto a someterse a ella en Nueva Inglaterra. Negó que las autoridades coloniales tuvieran jurisdicción alguna en las relaciones entre el hombre y Dios, y empezó a exigir la absoluta separación entre la iglesia y el estado, y a favor de la libertad de conciencia.

En 1636 la Colonia de la Bahía de Massachusetts lo amenazó con apresarlo y deportarlo debido a su posición respecto a la libertad de religión. Williams huyó y se refugió entre los nativos. Ya anteriormente había entablado amistad con los nativos, y ahora ellos, a su vez, lo protegieron. En la primavera de 1636 Williams y varios amigos formaron el núcleo de la Plantación Providencia en la región que ahora es Rhode Island. La nueva colonia desde el mismo comienzo hizo provisión para la democracia, la libertad de religión, y la separación entre la iglesia y el estado. En algún momento antes de marzo de 1639 Williams y otros formaron una iglesia Bautista en Providence. La mayoría de estudiosos piensan que esa fue la primera iglesia Bautista en los Estados Unidos. Más tarde Williams consiguió del rey Carlos II una cédula real para la Plantación Providence, en donde, por primera vez en los Estados Unidos, se permitía completa libertad de religión.

Otro que sufrió por los dictados de su conciencia fue Henry Dunster, presidente de la Universidad Harvard. Cuando nació su cuarto hijo públicamente anunció su convicción de que los infantes no deberían ser bautizados, sino que el bautismo debía reservarse sólo para los creyentes. En Massachusetts era un crimen negar el bautismo a un infante. Por su convicción y por rehusarse que rociaran a su hijo, lo depusieron de su cargo en 1654.

La persecución de los Bautistas y otros que no eran parte de las iglesias “oficiales” continuó hasta la Revolución Estadounidense y la adopción de la Constitución con su Carta de Derechos. El primero de esos Derechos dice: “El Congreso no dictará ley alguna respecto al establecimiento de

religión, o prohibiendo el libre ejercicio de la misma.” Por primera vez en los Estados Unidos como nación se garantizaba la libertad de religión y ya no quedaría a los caprichos de la autoridad humana. Estaba escrito en la ley. Los Bautistas y todos los demás grupos religiosos, por fin eran libres.

Sin embargo, cuando llegaron los Bautistas a esta región Texas era parte de México, y México no permitía libertad de religión. La falta de libertad de religión fue, en verdad, una de las quejas que los tejanos indicaron en su Declaración de Independencia de México. No fue sino cuando Texas obtuvo su independencia que se garantizó la libertad de religión en la nueva República de Texas.

¿Qué quiere decir eso de tener libertad de religión? Cuatro cosas:

- Somos libres para creer o no creer en Dios.
- Somos libres para adorar de acuerdo a los dictados de nuestra propia conciencia.
- Somos libres para respaldar la iglesia de nuestra preferencia.
- Somos libres para propagar nuestra fe.

Proclame el Evangelio, No lo Imponga

Primero, la libertad de religión quiere decir que somos libres para creer o rechazar el evangelio. Las preposiciones son de muchas importancia, y más cuando se trata de la libertad de religión. La libertad de religión quiere decir que tenemos libertad *para* la religión, *de* la religión, e incluso *de* religión. La persona puede ser cristiana, judía, musulmana o atea sin temor a represalias. Los Bautistas, por su convicción de libertad de religión, siempre han sido paladines inmovibles de la libertad, tanto de religión como civil. Creemos que todo ser humano tiene el derecho de adorar a Dios o no adorarlo, de acuerdo a los dictados de su propia con-

ciencia, y, en tanto y en cuanto no afecte los derechos de otros, respetamos y defendemos ese derecho.

El finado Phillip Armstrong, director general de Send International, contaba de una iglesia que auspició un panel interconfesional de líderes judíos y cristianos. Después de un acalorado debate entre los miembros del panel, se dice que un rabino le dijo a un líder cristiano: “Ahora entiendo lo que ustedes creen en cuanto a Jesucristo y que quieren que nosotros lo aceptemos como nuestro Mesías. Nuestra pregunta es: ¿van ustedes a seguir amándonos si no lo aceptamos?”

El respeto genuino de la libertad humana y libertad de religión quiere decir que lo seguiremos amando a usted, incluso si usted no acepta nuestra fe.

Nuestra contención no es por mera tolerancia, sino libertad absoluta, porque hay una diferencia entre la tolerancia y la libertad. Tolerancia es concesión. Libertad es un derecho. La tolerancia es algo que el hombre da, en tanto que la libertad es algo que Dios da.

La Biblia en todas partes enfatiza la libertad. Dios creó a Adán y a Eva libres. Esto quiere decir que ellos eran libres para alejarse de él. En su vida y ministerio Jesús reconoció y permitió repetidamente esa libertad. El joven rico vino a Jesús preguntando por el camino a la vida eterna. Cuando Jesús le explicó el costo del discipulado, el joven se alejó, no estando dispuesto a pagar el costo. Jesús le dejó ir. Jesús respetaba la libertad del joven al punto de no poder hacer otra cosa.

Ese fue el estilo de Jesús. Nunca coaccionó, ni sobornó, ni engañó, ni amenazó a las personas. Simplemente hizo una oferta clara y respetó la decisión libre del individuo. Nosotros, sus seguidores, debemos presentar el evangelio y luego mostrar completo respeto por la personalidad y decisiones de las personas con quienes hablamos. No debe haber ninguna coacción, sino sólo el poder del amor. Las personas deben ser completamente libres para tomar sus

propias decisiones una vez que se les ha presentado fielmente el evangelio. Cualquier presión indebida, de cualquier forma que sea, si se la impone a la larga será su propia derrota. La coacción sólo resulta en personas que se convierten en hipócritas, y no en creyentes genuinos.

A través de los siglos varios grupos han usado la amenaza y la violencia para ganar convertidos. Ningún Bautista genuino usa tal método. Persuadir, sí; coaccionar, nunca. El evangelio hay que proclamarlo, no imponerlo.

La Única Adoración que Dios Quiere

Segundo, libertad de religión quiere decir que somos libres para adorar de acuerdo a los dictados de nuestra conciencia. Nadie debe obligarnos a adorar, y nadie debe prohibirnos adorar.

La adoración es el corazón de nuestra fe. Jesús le dijo a la mujer junto al pozo: “Pero se acerca la hora, y ha llegado ya, en que los verdaderos adoradores rendirán culto al Padre en espíritu y en verdad, porque así *quiere* el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y quienes lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad” (Juan 4:23-24).

La palabra griega que la Nueva Versión Internacional traduce “quiere” quiere decir literalmente “busca,” y se la halla también en otros lugares de la Biblia. Se la usa para referirse a Herodes buscando al niño Jesús después de la visita de los sabios (Mateo 2:13), o al pastor que deja a sus noventa y nueve ovejas para ir a buscar a la que se ha perdido (Mateo 18:12), así como también de la misión de Jesús de buscar y salvar lo que se había perdido (Lucas 19:10).

Con la misma determinación con que Herodes buscaba al recién nacido Mesías, o que el pastor busca a su oveja perdida, o que Jesús busca al perdido, así Dios busca personas que le adoren.

Pero la adoración no puede ser forzada. Alguien dijo una vez que lo principal que Dios quiere es nuestra atención. Eso no puede imponerse.

Un pastor Bautista de Texas una vez dio esta definición de adoración: “La adoración es intercambiar corazones con Dios. Tú te llevas el de él, y él se lleva el tuyo.” ¿Se podría imponer esto a la fuerza? Jamás. Los asuntos del corazón necesariamente deben ser libres. Podemos imponer a la fuerza la conformidad externa, pero no la consagración interna.

George W. Truett, en su famoso sermón “Los Bautistas y la Libertad de Religión” predicado en los escalones del Capitolio en Washington D. C. con ocasión de la reunión de la Convención Bautista del Sur en mayo de 1920, dijo:

“Es contención consistente e insistente de nuestro pueblo Bautista, siempre y en todas partes, que la religión debe ser siempre voluntaria y sin coacción, y que no es prerrogativa de ningún poder, sea civil o eclesiástico, obligar a los hombres a ajustarse a algún credo religioso o forma de adoración, o a pagar impuestos para sostener una organización religiosa a la que no pertenece y en cuyo credo no creen. Dios quiere adoradores libres, y ninguno de otra clase.”¹

“Una Buena Religión Tiene a Dios”

Tercero, libertad de religión quiere decir que somos libres para sostener y respaldar sólo a la religión en que creemos. Tenemos la obligación de proveer sostenimiento financiero y de otro tipo para la obra de Dios mediante sus iglesias. No sólo la Biblia enseña esta verdad (Malaquías 3:10), sino también los primeros Artículos Bautistas de Fe en Texas, que dicen: “Creemos que toda la carga pecuniaria de la iglesia debe ser llevada por igual por todos, según

la capacidad que Dios ha dado.” No debemos vernos obligados a pagar impuestos para sostener a una iglesia con la cual no convenimos, y cuando la iglesia y el estado se casan, eso sucede inevitablemente. El dinero de los impuestos se debe usar para propósitos públicos, y no para el sostenimiento de instituciones religiosas.

El sabio anciano Benjamín Franklin lo dijo muy bien: “Juzgo la diferencia entre una buena religión y una mala religión: es mala la que necesita al gobierno para que la apunte. Una buena religión tiene a Dios.”

Horace Greeley, famoso editor estadounidense (1811-1872), recibió una vez una carta de una mujer que le pedía consejo respecto a su iglesia. Ella le decía: “Nuestra iglesia se halla en terrible estrechez económica. Hemos tratado todo lo posible para mantenerla a flote: un festival de fresas, una cena de ostras, una fiesta de burros, una cena de pavo, y finalmente un baile social. ¿Nos haría el favor, señor Greeley, de decirnos cómo evitar que se desbande una iglesia que está luchando?” Greeley contestó con apenas tres palabras: “¡Prueben el cristianismo!”²

Buen consejo. La obra de Cristo merece nuestro sostenimiento, pero nuestras ofrendas deben ser voluntarias.

La Primera Línea de Ataque

Finalmente, libertad de religión quiere decir que somos libres para predicar y enseñar, para evangelizar y propagar nuestra fe. La primera línea de ataque contra la libertad de religión siempre tiene lugar en el frente de la evangelización, así que la lucha por la libertad de religión ha sido, en parte, una lucha por el derecho de propagar el evangelio. Permitir que la predicación y la evangelización sigan su curso sin estorbo es poner en peligro las organizaciones religiosas establecidas y respaldadas por el gobierno.

El sanedrín judío, con el poder de Roma a sus espaldas, les ordenó a los apóstoles que no hablaran ni enseñan-

ran más en el nombre de Jesús (Hechos 4:18), pero sus palabras cayeron en oídos sordos. El concilio bien podría haberles dicho a las estrellas que no brillen, a la marea que no suba, o a los vientos que no soplen, al igual que les dijeron a estos hombres que no hablaran de Jesús. Hablar de Jesús era el propósito mismo de sus vidas.

Por su determinación para propagar su fe Felix Manz fue ahogado, a Tomás Helwys lo echaron en la cárcel, desterraron a Roger Williams, y detuvieron a Joseph Bayes. La persecución por proclamar el evangelio continúa. En el 2001 las estudiantes de Baylor Heather Mercer y Dayna Curry fueron encarceladas en Afganistán simplemente por hablar del evangelio de Jesucristo.

A mediados de la década de los cincuenta W. E. Sangster, pastor británico, empezó a perder su voz y capacidad para andar debido a una terrible enfermedad. Se dio cuenta de que su fin se acercaba, así que se dedicó a escribir y a orar. Con el tiempo la voz le falló por completo, y sus piernas quedaron inútiles. Una mañana de pascua de resurrección, pocas semanas antes de morir, empuñó la pluma y con mano temblorosa le escribió a su hija una carta. En ella le decía: “Es terrible despertarse el día de resurrección y no tener voz para gritar ‘¡Ha resucitado!’; pero sería incluso más terrible tener voz ¡y *no querer* gritar!”³

De la misma manera, sería terrible no tener libertad de religión, pero sería incluso peor tener libertad de religión y no creer en el evangelio, ni adorar con regularidad, ni sostener a la iglesia que uno prefiera, ni proclamar el evangelio en que decimos creer. Hacer estas cosas con libertad es una creencia que los Bautistas atesoran.

Capítulo 8



Evangelización y Misiones

Constitución de la Union Baptist Association - 1840

*El objeto supremo y principal de esta Unión será promover un esfuerzo unido entre las iglesias y para extender y animar la predicación del evangelio puro dentro de los límites de esta Asociación, por todos los medios lícitos y razonables.
(Artículo 2)*

Nuestro Mandato Misionero

Lucas 24:45-49

Después de un entusiasta sermón sobre misiones, un diácono le dijo a su pastor: “Si no deja de predicar sobre misiones, va a matar a la iglesia.” El pastor le respondió: “No, una iglesia no se muere por eso, pero si se muere, pondremos en la puerta un letrero que diga ‘Bienaventurados los que mueren en el Señor.’”

Lejos de matar iglesias, las misiones y la evangelización son el torrente sanguíneo de las iglesias. Son, en cierto sentido, el alma y corazón de las iglesias. Es cuando las iglesias descuidan las misiones y la evangelización que se mueren. La iglesia de Jerusalén es un buen ejemplo. Después de la resurrección Jesús les dio a sus discípulos lo que se ha llamado la Gran Comisión. Les ordenó que fueran al

mundo e hicieran discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Mateo 28:19-20), pero la historia nos dice que la iglesia de Jerusalén fue lenta para aceptar este mandato misionero. Los creyentes se contentaron con adorar al Señor, aprender de los apóstoles, y tener comunión unos con otros. No hay ningún registro, sin embargo, de que jamás hayan enviado misioneros. Fue la iglesia de Antioquía la que aceptó el reto y envió a los primeros misioneros (Hechos 13:1-3). Así, el centro de influencia y de poder espiritual pasó de Jerusalén a Antioquía.

Algo similar sucedió a principios de la historia Bautista en Texas. Al principio en Texas había dos clases de iglesias Bautistas: misioneras y anti-misioneras. Las iglesias anti-misioneras eran las que tenían fuerte influencia de las enseñanzas calvinistas, yendo a tal extremo en la predestinación que se oponían a la obra misionera. En 1840 se reunieron representantes de cuatro iglesias en Washington on the Brazos para intentar organizar la primera asociación Bautista. Trabajaron por cuatro días tratando de redactar un sumario de principios de creencias sobre los cuales fundar la asociación; pero a pesar de su diligente trabajo y oraciones, no pudieron ponerse de acuerdo. La reunión se dispersó sin que los Bautistas hayan podido unirse en una asociación. La causa principal: las iglesias anti-misioneras querían que la asociación sea anti-misionera, o por lo menos que hicieran de las misiones algo opcional.

¿Qué pasó con esos dos tipos de iglesias? Las iglesias misioneras se reunieron nuevamente cuatro meses más tarde, y formaron la primera asociación Bautista misionera de Texas. Su propósito era “promover un esfuerzo unido entre las iglesias y extender y animar la predicación del evangelio puro” para ganar a Texas para Cristo. Al año siguiente nombraron a tres misioneros (para entonces eran nueve iglesias con un total de 384 miembros), enviándolos a ganar a los perdidos y a establecer nuevas iglesias. Le

pagaban a cada uno \$250 al año; uno de los misioneros, Z. N. Morrell, dijo que le costaba \$300 al año sólo el cuidado y comida para su caballo.

Con el correr de los años los Bautistas misioneros han crecido tanto en número como en ministerio. Como resultado hoy existen miles de iglesias Bautistas misioneras en todo Texas. Cooperan para sostener docenas de ministerios e instituciones, incluyendo escuelas, colegios, universidades, seminarios, hospitales, agencias de cuidado infantil y para ancianos. Los Bautistas anti-misioneros, por otro lado, no tienen ni universidades, ni hospitales, ni instituciones de cuidado infantil, ni instituciones para ancianos, sino apenas un puñado de iglesias pequeñas principalmente en el este de Texas.

Una iglesia Bautista que no es misionera de corazón, desde la planta de los pies hasta la coronilla, está fuera del paso de lo que creen la mayoría de Bautistas. Los Bautistas somos pueblo de la Gran comisión. Nos hemos contagiado del evangelio de Jesucristo, y las misiones y la evangelización corren en nuestra sangre. El único Cristo que conocemos es el Cristo del evangelio, y él abrazó al “mundo” en su plan de salvación. Spurgeon tenía razón cuando dijo: “Para mí la cuestión no es si los paganos están perdidos sin el evangelio, sino si yo soy salvo y tengo el evangelio y no se los doy.”

Alguien le preguntó una vez al Dr. Samuel Johnson cuál era la mejor razón para la oración. “Señor,” replicó el médico, “no se necesita razón para orar.” No quería decir que la oración sea una ilusión o espejismo. Lo que quería decir era que todo en la vida es razón para orar. Así que si alguien pregunta: “¿Cuál es la mejor razón para las misiones?” la respuesta es sencillamente: “No se necesita más razón para las misiones. La acción total de Dios en la historia, la revelación entera de Dios en Cristo — esa es la razón.”

La Biblia habla repetidamente de esta verdad. Lucas relata que Jesús se apareció a sus discípulos después de su

resurrección. Algunos pensaban que veían un fantasma, así que él les mostró sus manos y sus pies, y les invitó a que lo tocaran para que vieran que era carne y huesos. Luego les pidió algo para comer, y lo comió con ellos para convencerlos más de que realmente estaba vivo. Con su resurrección confirmada, les recordó que las Escrituras habían dicho que el Mesías sufriría, moriría, y que resucitaría de los muertos al tercer día, y que “en su nombre se predicarán el arrepentimiento y el perdón de pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén” (Lucas 24:47).

Luego les recordó que ellos habían sido testigos de estas cosas. Sabían de primera mano en cuanto a su crucifixión y resurrección. Ahora debían esperar por el Espíritu Santo que les daría poder como testigos eficaces (Lucas 24:45-49). En Hechos Lucas luego añade estas palabras de Jesús: “Pero cuando venga el Espíritu Santo sobre ustedes, recibirán poder y serán mis testigos tanto en Jerusalén como en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra” (Hechos 1:8).

Estos versículos enfatizan el mandato misionero de nuestro Señor. Su obra de redención estaba concluida y lo que ahora debía hacerse era la propagación del mensaje. Sería responsabilidad de los discípulos llevar el evangelio a los hombres en todas partes.

Hay tres cosas que tenemos que recordar en cuanto a nuestro mandato misionero:

- Es personal en su aplicación.
- Es global en su alcance.
- Es eterno en sus consecuencias.

Sea un Predicador o Uno que Alcanza

Primero, nuestro mandato misionero es personal en su aplicación. Habiéndoles recordado a sus discípulos que la Biblia predecía su muerte, sepultura y resurrección, Jesús les dijo “Ustedes son testigos de estas cosas” (Lucas 24:48).

Luego les recordó que cuando venga el Espíritu Santo, ellos debían ser sus testigos hasta los últimos rincones del planeta. En breve, debían ser testigos y debían ser testigos. La esencia de las misiones y la evangelización es contar lo que uno ha visto y oído de primera mano. Es dar testimonio de nuestra propia experiencia.

No era la primera vez que los discípulos habían oído a Jesús hablar de este tipo de trabajo. Su primer llamamiento a ellos fue: “Vengan, síganme . . . y los haré pescadores de hombres” (Mateo 4:19). A su tiempo envió a sus discípulos en una misión especial de predicación. Les dijo a dónde debían ir, lo que tenían que decir, qué llevar, cómo actuar, cómo hacerle frente al rechazo (Lucas 9:1-6). Más tarde envió a otros setenta en una misión similar, con instrucciones similares (Lucas 10:1-24). Así que la idea de ser misioneros y testigos no era nueva para ellos.

En ese entonces, tanto como hoy, algunos reciben de Dios un llamamiento especial para ser ministros o misioneros. Una de estas personas que vino al Seminario Truett a estudiar era un abogado de 60 años que había sido juez de paz. Tenía 40 años cuando sintió por primera vez el llamado al ministerio, pero no respondió. La convicción no se esfumó, y así, 20 años más tarde, cerró su lucrativa oficina de leyes para hacer lo que Dios le estaba llamando a hacer.

Otro estudiante era un veterinario que luchó con el llamamiento divino por años. Cuando descubrió que era alérgico a los gatos, se convenció de que Dios lo estaba sacando de su zona de comodidad, así que vendió su consultorio y se mudó a Waco junto con su familia, para prepararse para el ministerio a tiempo completo.

En una campaña de predicación reciente se me pidió que pusiera mi autógrafo en un libro para Gene Miller, pastor metodista. El amigo que me hizo la petición me dijo que Dios había llamado a Gene a predicar cuando tenía 17 años, pero que él no respondió. La inquietud nunca des-

apareció, y así, finalmente, a los 76 años, respondió al llamamiento divino y ahora es pastor a tiempo parcial en tres iglesias metodistas. Me dijo: “Ahora estoy haciendo lo que debería haber estado haciendo desde que tenía 17 años.”

¿Está usted haciendo lo que debería estar haciendo? ¿Ha recibido usted del Señor un llamamiento especial para ser pastor o misionero? No es demasiado tarde para responder al llamamiento. Pero, incluso si usted no ha recibido un llamado especial al ministerio, con todo tiene que ser misionero. Todo creyente debe ser misionero, aunque sea sólo en el supermercado.

Bill McCartney, anterior entrenador en jefe de la Universidad de Colorado y fundador de los Promise Keepers, ministerio diseñado para animar a los hombres a consagrarse más a Cristo, a sus iglesias y a sus familias, solía decir: “Yo no soy predicador, sino uno que alcanza.” Todos debemos ser lo uno o lo otro.

Muchas de nuestras iglesias y sus miembros no están ni predicando ni alcanzando eficazmente. Mike Galli, editor y gerente de *Christianity Today*, escribió que una vez les preguntó a las editoriales evangélicas por qué no publicaban biografías de los grandes misioneros protestantes. La respuesta fue inquietante: “Los evangélicos ya no leen biografías de misioneros ni libros que hablen de lo que sucede en el extranjero en lugares con nombres estafalarios. Más bien, gastamos nuestro dinero y tiempo comprando y leyendo romances históricos, novelas espeluznantes apocalípticas, y libros de auto-ayuda por millones.” Galli luego dijo que el gran misionero Hudson Taylor una vez escribió que “no podía aguantar la vista de una congregación de mil o más regocijándose en su propia seguridad mientras millones perecen por falta de conocimiento.” Así que se fue a lugares distantes y dio su vida para traer a otros a Cristo. Lo mismo han hecho miles de hombres y mujeres que han seguido su ejemplo.

Debería preocuparnos eso de asomarnos en el culto de adoración más cercano, atiborrado de creyentes que se alegran de su propia seguridad, mientras el mundo que nos rodea parece sin Cristo.

Independientemente de lo que otros hagan, debemos ser fieles al mandato misionero. Bob Pierce, fundador de World Vision International, hizo una gran obra entre los huérfanos en Vietnam en sus años ancianos, aunque estaba enfermo. Al explicar su dedicación dijo que cuando él estaba en la universidad un joven seminarista rehusó ir a pastorear una iglesia porque consideraba que era demasiado pequeña para él. Bob dijo que oró en esos momentos: “Señor: cuando hombres mejores que yo deberían ir a hacer un trabajo, y no van, permíteme a mí hacerlo.”

La obra tiene que hacerse. El mandato es personal. Todos debemos hacer nuestra parte.

Salga de Sí Mismo

Segundo, el mandato misionero es global en su alcance. Las instrucciones del Señor tanto a los discípulos como a nosotros son específicas: “en su nombre se predicarán el arrepentimiento y el perdón de pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén” (Lucas 24:47).

La palabra “naciones” es traducción de la palabra griega “*ednos*.” Quiere decir “toda tribu,” “toda raza,” “toda cultura,” “toda persona.” Es aleccionador percatarse de que la mayoría de personas han recibido el evangelio de manos de algún extranjero. Un judío llevó el evangelio a Roma; un romano lo llevó a Francia, un francés lo llevó a Escandinavia, un escandinavo lo llevó a Escocia, un escocés evangelizó a Irlanda, y la historia sigue hasta que el evangelio nos llegó a nosotros.

Ahora debemos procurar llevar el evangelio al resto del mundo. Debemos empezar en nuestro propio Jerusalén. Debemos empezar donde estamos. Debemos pensar

globalmente, pero actuar localmente. El Señor trajo a los pueblos del mundo a la iglesia en Jerusalén el principio del movimiento cristiano (Hechos 1:8), y lo está haciendo de nuevo en nuestro Estado. En las escuelas públicas de las áreas metropolitanas más grandes de Texas se hablan más de 100 idiomas. En Texas se puede hallar prácticamente toda raza, cultura, tribu y nacionalidad de la faz de la tierra. La demografía de Texas está cambiando rápidamente, y pronto no habrá ninguna “mayoría” racial o cultural en Texas. Todos seremos “minorías.”

La verdad es que usted no tiene que viajar a algún lugar distante para ser misionero; simplemente salga de sí mismo. Debemos continuar esforzándonos para que todas las personas, en todas partes del mundo, sepan de Jesús. En verdad, la evangelización y las misiones son tanto locales como globales.

Detrás de la Cortina de la Eternidad

Finalmente, nuestro mandato misionero tiene consecuencias eternas. En Apocalipsis el Señor descorre la cortina del tiempo y le permite a Juan, el autor de Apocalipsis, atisbar a la eternidad. Juan ve a Cristo sentado en un trono rodeado de una gran multitud de toda nación, raza, pueblo y lengua del mundo entero. Al adorarle y alabarle, uno de los ancianos le preguntó a Juan quiénes eran esas personas. Juan respondió que no sabía. El anciano le respondió: “Aquéllos son los que están saliendo de la gran tribulación; han lavado y blanqueado sus túnicas en la sangre del Cordero.” (Apocalipsis 7:14).

Las multitudes que rodean a Cristo representan a los redimidos de todas las edades. Son los que han oído el evangelio, se han alejado de sus pecados para acudir al Salvador, y han recibido perdón y limpieza. ¿Cómo oyeron el evangelio? Lo oyeron de los que obedecieron el mandato

misionero y en el nombre de Cristo predicaron y el arrepentimiento y el perdón de los pecados.

La clave para estar en el cielo es que la salvación se predicó “en su nombre” (Lucas 24:47). La Biblia dice claramente que esa es la única manera de recibir la salvación: “De hecho, en ningún otro hay salvación, porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres mediante el cual podamos ser salvos” (Hechos 4:12).

Vivimos en días de pluralismo. Algunos quieren hacernos creer que cualquier religión es tan buena como la otra, que todos los caminos conducen a Dios, y que no importa lo que uno crea. No se deje seducir por estas nociones. “—Yo soy el camino, la verdad y la vida —le contestó Jesús—. Nadie llega al Padre sino por mí” (Juan 14:6). El evangelio es sencillo y claro en este punto.

Las almas están en juego en este mandato. Es sólo cuando proclamamos el evangelio que los hombres y mujeres vienen al Salvador y hallan vida eterna. Robert Arlington, misionero inglés al África, dijo una vez: “Si pudiera volver a vivir en Inglaterra, tendría un cajón como silla, otro como mesa, y dormiría en el suelo antes que permitir que los paganos mueran sin Cristo.”

Eso es exactamente lo que va a suceder si no les llevamos el evangelio: morirán sin Cristo. Nuestro mandato misionero tiene que ver con las almas de hombres y mujeres. Tiene consecuencias eternas.

Proclamar el evangelio en nuestro mundo no es sólo una responsabilidad, sino que también un privilegio que nos ha dado la gracia de Dios (Efesios 3:8-12). La pregunta es: ¿La tomaremos en serio? ¿Evangelizaremos a nuestro estado y a nuestro mundo?

Lewis Shuck, uno de los primeros misioneros Bautistas a China, oyó cuando niño a un misionero rogar que dieran ofrendas para ganar al mundo para Cristo. Cuando pasaron los platos de las ofrendas puso en uno de ellos un papel en el que había escrito: “Me doy yo mismo.” La pri-

mera y mejor ofrenda que cada uno de nosotros puede dar es darse uno mismo para cumplir el mandato misionero.

Los primeros Bautistas misioneros de Texas en una ocasión se refirieron a las iglesias y asociaciones anti-misioneras como “iglesias que no hacen nada” y “asociaciones que no hacen nada.” Eso es lo que seremos si no tomamos en serio el mandato misionero de nuestro Maestro: iglesias que no hacen nada llenas de creyentes que no hacen nada.

La película *The Patriot* es la historia de Ben Martin, un colono que luchó por la independencia de los Estados Unidos en la Guerra Revolucionaria contra Inglaterra. Cuando empezó la rebelión él se opuso a ella. Había luchado en la Guerra Francesa e India, e incluso había participado en la masacre de inocentes. Lo que había hecho lo acosaba tanto que no quería tener nada que ver con otra guerra. Martin siguió siendo un súbdito leal al rey hasta que los británicos asesinaron a su hijo menor. Entonces se sintió muy culpable por haberse opuesto a la guerra y haber rehusado participar en ella. Su cuñada le dijo: “No has hecho nada de lo que tengas que avergonzarte.” Martin replicó: “No he hecho nada; y de eso es que me avergüenzo.”

Si descuidamos las misiones y la evangelización, cuando estemos ante el Señor resucitado para rendir cuentas de nuestro discipulado, en el día final, nosotros también tendremos que decir “No he hecho nada, y de eso me avergüenzo.” ¿No sería mejor entregarnos sin reservas a proclamar a Cristo en todo el mundo y al final oírle decir: “¡Hiciste bien, siervo bueno y fiel!”? (Mateo 25:23).

Capítulo 9



Cooperación

Carta Circular - 1840

A las iglesias hermanas y hermanos en Texas occidental, que no se han unido a nosotros en este lazo de unión, sólo podemos decirles, vengan y únanse a nosotros, los recibiremos con ojos llenos de lágrimas, y corazones que se derriten. No podría esperarse, queridos hermanos, que habiéndonos reunido procediendo de varias iglesias Bautistas de todos los Estados Unidos, que todos armonicemos a una en todos los puntos de doctrina. Las iglesias en sí mismas reflejan matices de diferencias en sus opiniones en cuanto a estos temas. Pero recuerden, en los grandes artículos de nuestra fe y práctica no diferimos como Bautistas. Si nuestras iglesias pequeñas, por consiguiente, insisten tenazmente en estas cosas no esenciales, seguirán desunidas, y así en fragmentos perecerán.

Trabajando Juntos en Unidad

Hechos 15:1-29

Will Rogers dijo una vez: “No pertenezco a ningún partido político organizado; soy demócrata.” Los Bautistas no pueden decir que no pertenecen a un movimiento cristiano organizado. Somos una de las denominaciones religiosas más organizadas del mundo. Pero no siempre ha sido así. Los Bautistas fueron lentos para organizarse por temor a que alguien quiera erigirse como mandamás de sus iglesias. Lucharon con tanta tenacidad para escapar

de la opresión de los poderes religiosos y civiles que no tenían ningún deseo de arriesgar la autonomía e independencia de sus iglesias con la formación de otra jerarquía.

La primera unidad organizada en la vida Bautista fue la asociación. En Inglaterra los ministros de un área dada empezaron a organizarse con el propósito de debatir y tener compañerismo. De una reunión asociacional que tuvo lugar en Nottingham nació la Sociedad Bautista Misionera, formada en 1792, que envió a Guillermo y Dorotea Carey a India como misioneros. Ese fue el comienzo del movimiento misionero moderno. La sociedad consistía de individuos, no de iglesias, y la membresía se basaba en sus contribuciones a la sociedad.

En los Estados Unidos los Bautistas tuvieron sus comienzos en 1639 con la formación de la First Baptist Church, Providence, Rhode Island. La Philadelphia Baptist Association se formó en 1707. Pero no fue sino hasta que la Convención Trienal (llamada así porque se reunía cada tres años) se organizó en 1814 que los Bautistas en los Estados Unidos se organizaron más allá de la asociación, y esto sucedió entonces sólo por necesidad. En 1812 Adoniram y Ana Judson y Lutero Rice eran misioneros congregacionistas en camino a India. Sabían que una vez que llegaran encontrarían al misionero Bautista inglés Guillermo Carey, y que tendrían que defender su práctica de bautizar a infantes por aspersion. Viajando en barcos distintos, y cada uno independientemente del otro, empezaron a leer el Nuevo Testamento para preparar su defensa. En pleno océano todos tres se convencieron de ¡que los Bautistas tenían razón! La Biblia enseña el bautismo por inmersión sólo de creyentes. Cuando atracaron en India pidieron ser bautizados y así se convirtieron en Bautistas.

Los Judson se quedaron en India como misioneros, en tanto que Rice volvió a los Estados Unidos para organizar el sostenimiento misionero para estos primeros misioneros Bautistas de los Estados Unidos. El resultado fue la

General Missionary Convention of the Baptist Denomination in the United States for Foreign Missions, más comúnmente conocida como la Convención Trienal. Los Bautistas estaban empezando a darse cuenta de que podía hacer más colectivamente que separados, pero incluso así, la Convención Trienal era una organización de individuos; no de iglesias.

Cuando los Bautistas se unieron en la primera asociación de Texas en 1840, enfrentaban los mismos temores y luchas. Sus intenciones eran de lo mejor. En su Constitución afirmaron: “El objeto supremo y principal de esta Unión será promover un esfuerzo unido entre las iglesias y para extender y animar la predicación del evangelio puro dentro de los límites de esta Asociación, por todos los medios lícitos y razonables” (Artículo 2).

También querían salvaguardar la autonomía de las iglesias, afirmando esto es lo que llamaron “Carta de Derechos Inalienables.” El artículo 1 afirmaba: “Toda iglesia es para siempre libre e independiente de todo y cualquier poder eclesiástico formado por los hombres en la tierra, y cada una siendo la libre familia de Cristo.”

¿Cómo podían trabajar juntas en unidad y así y todo preservar su autonomía? ¿Cómo podían armonizar en todo punto de doctrina? Se habían reunido en Texas procediendo de varias iglesias Bautistas regadas por todos los Estados Unidos, y esas iglesias sostenían diferentes opiniones en puntos de doctrina. Había sólo una manera para que estos diversos grupos de Bautistas pudieran trabajar juntos: establecer Artículos de Fe con los que todos pudieran concordar, y luego aceptarse unos a otros en lo que consideraban “cosas no esenciales,” i.e., cosas en las que no todos concordaban. El juez R. E. B. Baylor, que escribió la carta circular a las iglesias después de la formación de la asociación dijo: “Si nuestras iglesias pequeñas, por consiguiente, insisten tenazmente en estas cosas no esenciales, seguirán desunidas, y así en fragmentos perecerán.”

De este modo, descritas las doctrinas que consideraban “esenciales,” y asegurada la independencia y autonomía de las iglesias, Baylor suplicaba por la unidad mediante la aceptación de unos a otros aunque discreparan en lo “no esencial.” Esto era necesario para poder sobrevivir en la frontera. Tan grande era su preocupación por la obra de Dios y unos por otros, que hicieron a un lado sus diferencias menores y a menudo viajaban más de cien millas a caballo – y consideraban un privilegio el hacerlo – para respaldarse unos a otros en las reuniones.

Así es como las personas libres siempre han podido trabajar juntas. Las iglesias del Nuevo Testamento se hallaban al borde de dividirse sobre el asunto de la salvación. Pablo y Bernabé habían tenido gran éxito ganando a los gentiles para Cristo en su primer viaje misionero, pero ese éxito trajo al tapete el problema más crucial en la iglesia inicial: los términos de admisión de los gentiles en la comunión cristiana. Algunos querían aceptar a los gentiles en la comunidad cristiana sólo en base al arrepentimiento y la fe. Otros opinaban que los gentiles debían circuncidarse y primero aceptar la ley mosaica. Así que los creyentes de varias iglesias se reunieron en Jerusalén para hablar sobre el asunto. Después de un debate en verdadera forma democrática, se llegó a una decisión: Los gentiles eran salvados por gracia, por fe, sin las obras de la ley. Amable, pero firmemente, los creyentes que se reunieron en esa reunión en Jerusalén resolvieron esta cuestión para las iglesias de una vez por todas (Hechos 15). Los asistentes redactaron una carta que explicaba sus puntos de vista y animaba a los creyentes que tenían puntos de vista divergentes en asuntos no esenciales a aceptarse y cooperar unos con otros.

La práctica de estos tres antiguos principios fue y es la base para la unidad entre personas libres:

- En lo esencial, unidad.
- En lo no esencial, libertad.

- En todo, amor.

Cosas en las que Podemos Concordar

El primer principio de la cooperación y unidad es: En lo esencial, unidad. La Conferencia de Jerusalén concluyó que la salvación es por fe solamente, sin las obras de la ley. En esto, todos convinieron.

La Biblia pregunta: “¿Pueden dos caminar juntos sin antes ponerse de acuerdo?” (Amos 3:3). La respuesta implicada es “No.” Así, al andar, trabajar y adorar juntos, siempre habrá esenciales en los cuales debemos concordar. Claramente, algunas cosas no son negociables. Pero, ¿cuáles son esas cosas? Aunque no todo mundo concuerda ni siquiera en lo que es lo esencial, permítanme aventurar cuatro sugerencias.

Lo primero no negociable es el señorío de Cristo. El tema del primer sermón cristiano después de la resurrección fue “Jesús es Señor” (Hechos 2:14-39). El señorío de Cristo sirvió no sólo como la confesión inicial de las iglesias, sino también con el tiempo la confesión de toda la creación (Filipenses 2:9-11), así como la confesión esencial del creyente (Romanos 10:9-10). En esto concordamos.

La inspiración y autoridad de las Escrituras no es negociable. El apóstol Pablo le escribió a Timoteo: “Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia” (2 Timoteo 3:16). Las Escrituras son autoritativas para nuestras vidas, puesto que son inspiradas por Dios. Son la regla y guía de nuestra fe y práctica. En esto, estamos unidos.

El camino de salvación es no negociable. La manera para ser salvado queda establecida en la forma más clara y sencilla en la respuesta de Pablo y Silas a la pregunta del carcelero de Filipos: “Señores, ¿qué tengo que hacer para ser salvo?” La respuesta que le dieron fue: “Cree en el Señor Jesús; así tú y tu familia serán salvos” (Hechos 16:30-31).

La salvación es una dádiva de Dios. Viene por gracia, por medio de la fe. No se la puede ganar siendo bueno o siendo religioso (Efesios 2:8-9; Tito 3:5; Gálatas 3:11). No se la puede heredar (Juan 1:13; 3:5). No se la puede comprar (Hechos 8:20). No es una situación que uno logra. Es lo que recibimos gratuitamente cuando creemos en Jesucristo como Señor y Salvador. Para ser salvados debemos dejar a un lado todo esfuerzo por salvarnos nosotros mismos, y confiar totalmente en Jesucristo, quien murió por nuestros pecados, fue sepultado y resucitó al tercer día. Esto es esencial.

El sacerdocio del creyente es no negociable. El sacerdocio del creyente es la creencia de que todo creyente tiene el derecho de acercarse a Dios directamente en oración, en la confesión de pecados, y para comprender e interpretar por sí mismo las Escrituras. Es la creencia de que ningún ser humano es mediador entre el creyente y Dios.

Jesucristo es nuestro Sumo Sacerdote, y por él ahora tenemos acceso a Dios sin necesidad de otros intermediarios humanos (Hebreos 4:15-16; 1 Timoteo 2:5). Además de esto, él nos ha hecho a cada uno un sacerdote para Dios (1 Pedro 2:5,9; Apocalipsis 1:6).

Por esta creencia – el derecho de ser nuestro propio sacerdote – Felix Manz fue ahogado. Por este derecho Baltasar Hübmaier fue quemado en la estaca. Por este derecho Juan Bunyan sufrió por doce años en la prisión de Bedford. Por este derecho Roger Williams fue desterrado de la Colonia de la Bahía de Massachusetts. Por este derecho unos 3,000 disidentes murieron en la cárcel durante el reinado de Carlos II de Inglaterra. Y nosotros debemos defender ese derecho, para nosotros mismos y para los demás.

En estas cosas esenciales debemos estar unidos. A mi modo de ver, son no negociables.

Tenemos que Pensar

El segundo principio de la cooperación y unidad es: En lo no esencial, libertad. La Conferencia de Jerusalén concluyó que a los convertidos gentiles no se les debía obligar a observar cosas que no eran esenciales para la salvación. Si no son necesarias, no se las exige.

Así como la libertad absoluta en un absoluto sin sentido, lo mismo la uniformidad absoluta. Debemos dar campo para las diferencias sinceras en asuntos que la Biblia no señala específicamente.

Por ejemplo, personalmente tengo la más alta opinión en cuanto a la Escritura. Creo, como lo dijo Pedro, “que ninguna profecía de la Escritura surge de la interpretación particular de nadie [i.e., de origen privado]. Porque la profecía no ha tenido su origen en la voluntad humana, sino que los profetas hablaron de parte de Dios, impulsados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:20-21). Pero aunque usted concuerde conmigo en la esencia de la Escritura, eso no quiere decir necesariamente que concordaremos en todo detalle acerca de la Biblia. Usted y yo podemos ser igualmente sinceros y consagrados, e igualmente comprometidos a la Biblia, y así y todo diferir en muchos detalles y énfasis.

Asistiendo a una reunión de nuestra denominación, me subí a un autobús y me senté frente a un pastor de uno de los estados de Nueva Inglaterra. Miré el itinerario del autobús, y dije bromeando: “Tengo varias tablas del milenio que son más fáciles de leer que esto.” El pastor replicó: “Sí, pero no tan precisas, le aseguro.” Convine, y de inmediato me sentí a gusto con él.

Pocos minutos más tarde, sin embargo, le oí decirle a la persona que estaba sentada a su lado, que acababa de regresar de un sitio cercano de pruebas atómicas, donde había participado en una vigilia de oración. Pensé para mis adentros que yo nunca haría tal cosa. Podíamos convenir en asuntos del milenio, mil años de paz, pero no en cuanto a la paz inmediata. En la cuestión de la guerra y la paz,

algunos Bautistas son pacifistas, otros son pacifistas nucleares, y otros defiende una guerra justa.

En cuanto a la santidad de la vida algunos Bautistas opinan que todo aborto es asesinato, mientras que otros sostienen que el aborto es permitido en ciertas circunstancias, como por ejemplo, para salvar la vida de la madre, o en casos de violación sexual o incesto. Los Bautistas también sostienen puntos de vista variados en cuanto al papel de la mujer en la iglesia. Algunos Bautistas opinan que la mujer no debe enseñar ni ocupar ningún cargo de autoridad sobre los hombres en la iglesia, mientras que otros creen que bien pueden servir como ujieres o diaconisas, y hay otros que incluso piensan que bien pueden servir como pastoras.

¿Qué estoy diciendo? Simplemente esto: debemos ser honestos y humildes lo suficiente como para admitir que no lo sabemos todo y que nuestra opinión no es la palabra final en todo asunto. No debemos confundir la confiabilidad bíblica con nuestra falibilidad. El registro divino es perfecto, pero nuestra comprensión de ese registro no lo es.

Como lo diría un adolescente, debemos “darnos espacio unos a otros” en esos aspectos en los que puede haber diferencias honestas de interpretación. Debemos permitir la libertad en lo no esencial. Esa es la forma bíblica, y es la forma Bautista.

Amor, a Pesar de las Diferencias

La Conferencia de Jerusalén concluyó que las costumbres de los creyentes judíos debían ser respetadas por amor cristiano, pero que no se debía exigir a todos los cristianos que observen esas costumbres. Los participantes de la conferencia apelaron al amor y a la razón. Confiaron en que el Espíritu Santo haría su obra.

En esto vemos el tercer principio de la cooperación y unidad: En todo, amor. Si no podemos convenir en todas las cosas, ¿cómo podemos ser la sal y luz del mundo como

Jesús nos ordenó? Podemos serlo por la forma en que vivimos juntos y cómo nos amamos unos a otros a pesar de nuestras diferencias.

Los Bautistas han sido tenazmente independientes, y en ocasiones abiertamente ariscos. S. A. Hayden, editor de *The Texas Baptist Herald*, sirve como ejemplo de esto. Hayden era un escritor cáustico que acusó a los líderes Bautistas de cosas tales como fraude, malversación de fondos, de recibir salarios desusadamente enormes, y de enseñorearse sobre las iglesias. Se investigaron las acusaciones pero no se halló ninguna evidencia que respaldara alguna de las acusaciones hechas por Hayden.

Hayden se convirtió en tal fastidio que se le negó asiento en la sesión anual de la Baptist General Convention of Texas. Dejó la convención y se fue a formar la Baptist Missionary Association of Texas, llevándose con él unas cien iglesias. Con el tiempo muchas de ellas volvieron al compañerismo de la Baptist General Convention of Texas. Hayden entabló pleito judicial contra los líderes Bautistas de Texas, y el caso llegó a la Corte Suprema de Texas. La Corte finalmente sentenció que los Bautistas podían manejar sus propios asuntos sin interferencia de la Corte.

Hayden hizo enemigos de todos, pero en particular de J. B. Cranfill, que era el editor de *The Baptist Standard*. Cranfill creció en el oeste de Texas y siempre llevaba su pistola calibre 45 a la cintura. Decía que se sentía desnudo sin su pistola, como si no tuviera puestos los pantalones.

Cranfill y Hayden se encontraron viajando en el mismo tren a la Convención Bautista del Sur de 1904 que se celebró en Nashville. Los dos se enredaron en un tiroteo en el tren, y ambos fallaron. (Esto muestra que los Bautistas tal vez disparan mejor con la boca que con otra cosa.) Cranfill quedó tan abochornado por el incidente que ofreció devolver sus credenciales ministeriales a la First Baptist Church de Dallas, donde era miembro, si la iglesia le encontraba culpable de falta de decoro. La única respuesta

que se dio a la oferta de Cranfill fue el comentario que hizo uno de los miembros, diciendo que esperaba que se disciplinara a Cranfill, no por haber disparado, sino por haber errado.

El incidente Cranfill-Hayden ilustra que incluso personas consagradas pueden servir de malos ejemplos de amor y caridad cristiana. Con todo nuestro individualismo e independencia, no debemos olvidarnos que Jesús dijo: “De este modo todos sabrán que son mis discípulos, si se aman los unos a los otros” (Juan 13:35). No es suficiente que amemos a Dios y al mundo perdido. También debemos amarnos y aceptarnos unos a otros, incluso cuando diferimos.

Dos hombres pueden ser hermanos sin que sean gemelos idénticos. No tenemos que ver todo ojo a ojo para andar del brazo. Podemos discrepar sin ser desagradables. No debemos tener temor de sostener opiniones diferentes, en tanto y en cuanto no adoptemos una actitud “inhermanable.”

Juan Newton, que compuso grandes himnos tales como “Oh Gracia Admirable,” ofreció esta perspectiva de cómo los creyentes deben lidiar con las diferencias entre sí, en una carta a un colega pastor: “¿De qué le aprovecha al hombre si gana su causa y silencia a su adversario, si al mismo tiempo pierde esa humilde y tierna llama del Espíritu en que se deleita el Señor, y a la cual se hace la promesa de su presencia?”

En *Lawrence of Arabia* hay una escena en la que el héroe inglés le dice a su colega árabe que si las tribus del desierto no se unen y cooperan como nación, quedarán para siempre destinadas a ser pueblos risibles y sin importancia.

Eso es lo que el pueblo de Dios debe hacer: cooperar. Debemos cooperar o desintegrarnos y quedar como pueblo sin importancia. Los primeros Bautistas de Texas sabían eso, y espero que nosotros también lo sepamos.

Capítulo 10



El Bautismo y la Cena del Señor

Artículos de Fe - 1840

Creemos que Cristo dejó dos sacramentos para que la iglesia los observe: el bautismo y la Cena del Señor, y que los requisitos bíblicos para el bautismo son el arrepentimiento y la fe, y que se administra apropiadamente sólo por inmersión, y que el bautismo es requisito previo para la Cena del Señor.

(Artículo 8)

Sermones en Símbolos

Mateo 28:19-20; 1 Corintios 11:20-34

Para cuando se le pidió a Ann Sullivan que fuera maestra para la pequeña Hellen Keller, la niña sordomuda de seis años era prácticamente incontrolable. La Srta. Sullivan le dijo a una amiga: “Vi claramente que era inútil tratar de enseñarle a hablar o cualquier otra cosa si no aprendía primero a obedecerme.”

De la misma manera, la primera lección en el discipulado cristiano es obediencia. Mientras no aprendamos a obedecer a Cristo, no puede haber verdadera comunión con él; pero una vez que lo aprendemos, el entendimiento, fuerza y poder fluyen de él a nuestras vidas.

Jamás ha habido otra persona a quien parezca haberle importado menos los ritos y ceremonias que Jesús. En la práctica y en sus enseñanzas hizo énfasis en una relación

sencilla, directa y personal con Dios el Padre. Nacido en un mundo donde la religión había llegado a ser un laberinto de reglas y ritos, Jesús recalcó más bien las relaciones personales. Redujo los mandamientos de Dios a dos: ama a Dios con todo su ser, y ama a tu prójimo como te amas a ti mismo. Redujo también los ritos (que los Bautistas generalmente llaman “ordenanzas”) que sus seguidores debían observar también a dos: el bautismo y la Cena del Señor. El bautismo debía ser el rito inicial en nuestra experiencia cristiana. La Cena del Señor debía ser continua.

En la Biblia hay verdades respecto a estas ordenanzas que debemos entender:

- Son divinas en su origen.
- Son simbólicas en su significado.
- Son centrales en su importancia.

De Dónde Vienen

Primero, las ordenanzas son de origen divino. Esto quiere decir que no fueron inventadas por mano humana, sino que surgieron del corazón del Salvador. Tanto por ejemplo y precepto Jesús nos enseñó en lugar e importancia en la vida cristiana tanto del bautismo como de la Cena del Señor.

Al mismo comienzo de su ministerio Jesús mismo fue bautizado, poniéndonos así el ejemplo. Mateo escribe:

Un día Jesús fue de Galilea al Jordán para que Juan lo bautizara. Pero Juan trató de disuadirle.

—Yo soy el que necesita ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? —objetó.

—Dejémoslo así por ahora, pues nos conviene cumplir con lo que es justo —le contestó Jesús.

Entonces Juan consintió.

Tan pronto como Jesús fue bautizado, subió del agua. En ese momento se abrió el cielo, y él vio al Espíritu de Dios bajar como una paloma y posarse sobre él. Y una voz del cielo decía: «éste es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él» (Mateo 3:13-17).

Después, al final de su ministerio terrenal Jesús les ordenó a sus seguidores que bautizaran, cuando dijo: “Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a obedecer todo lo que les he mandado a ustedes. Y les aseguro que estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:19-20).

Obedeciendo este mandamiento desde el mismo comienzo la iglesia inicial practicó el bautismo. Después del primer sermón de Pedro, Hechos nos da este comentario: “Así, pues, los que recibieron su mensaje fueron bautizados, y aquel día se unieron a la iglesia unas tres mil personas. Se mantenían firmes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en la oración” (Hechos 2:41-42).

De la misma manera Jesús observó y ordenó la Cena del Señor. La noche en que fue entregado se reunió con sus discípulos para celebrar la Pascua judía. La Biblia dice que

“Mientras comían, Jesús tomó pan y lo bendijo. Luego lo partió y se lo dio a sus discípulos, diciéndoles:

—Tomen y coman; esto es mi cuerpo.

Después tomó la copa, dio gracias, y se la ofreció diciéndoles:

—Beban de ella todos ustedes. Esto es mi sangre del pacto, que es derramada por muchos para el perdón de pecados” (Mateo 26:26-28).

Interpretando el significado de la Cena del Señor el apóstol Pablo dijo: “Yo recibí del Señor lo mismo que les transmití a ustedes: . . .” (1 Corintios 11:23).

Claramente el bautismo y la Cena del Señor son de origen divino. Nos las dio el mismo Señor Jesús.

¿Qué Significan?

Segundo, el bautismo y la Cena del Señor son simbólicas en su significado. No se puede exagerar la importancia de estas dos ordenanzas. Ambas se centran en la cruz; la Cena del Señor muestra lo que le sucedió a Jesús cuando fue a la cruz, y el bautismo muestra lo que nos sucede a nosotros cuando acudimos a la cruz. Cuando Jesús fue a la cruz su cuerpo fue destrozado y su sangre derramada por los pecados del mundo. Cuando nosotros acudimos a la cruz, estando muertos en pecados morimos al pecado y somos resucitados para andar en vida nueva.

Ambas son símbolos. Ninguna tiene poder para salvar. El bautismo es un acto simbólico de confesión e identificación. Así como una boda es símbolo del lazo matrimonial, así el bautismo es símbolo de nuestra consagración cristiana.

¿Qué simboliza el bautismo? Simboliza muerte, sepultura y resurrección. La Biblia dice:

¿Acaso no saben ustedes que todos los que fuimos bautizados para unirnos con Cristo Jesús, en realidad fuimos bautizados para participar en su muerte? Por tanto, mediante el bautismo fuimos sepultados con él en su muerte, a fin de que, así como Cristo resucitó por el poder del Padre, también nosotros llevemos una vida nueva.

En efecto, si hemos estado unidos con él en su muerte, sin duda también estaremos unidos con él en su resurrección (Romanos 6:3-5).

Las preposiciones del texto griego son muy significativas en este pasaje. En Romanos 6:4 la preposición que se traduce “como” significa “exactamente como.” En el versículo 5 la NVI traduce como “estando unidos con” y quiere decir “de manera similar” o “semejante.” Lo que Pablo dice aquí es que hemos sido plantados (sepultados) de una manera similar a la de Cristo, y que seremos resucitados de los muertos exactamente como Cristo lo fue.

En Colosenses el apóstol Pablo escribió otra vez: “Ustedes la recibieron al ser sepultados con él en el bautismo. En él también fueron resucitados mediante la fe en el poder de Dios, quien lo resucitó de entre los muertos” (Colosenses 2:12).

Para reflejar este simbolismo Rufus C. Burleson, presidente de la Universidad Baylor y pastor de la Independence Baptist Church donde Sam Houston fue bautizado, hizo tallar un bautisterio de forma de ataúd en el lecho de roca del arroyo Kountz. Cuando alguien se presentaba como candidato a la membresía en la iglesia, se le pedía que diera evidencia de su conversión. Así, cuando Sam Houston se presentó como candidato para el bautismo y contó como Dios había cambiado su corazón, y la iglesia lo aprobó para el bautismo, “fue sepultado en el bautismo por el anciano R. C. Burleson.”¹

Hay tres cosas que intervienen en el bautismo como símbolo. Primero, tiene que ser por inmersión. La palabra griega que se traduce “bautizar” es *baptidso*, que quiere decir “sumergir, hundir, inmersión.” Para cuando se tradujeron las Escrituras del griego al español [o al inglés, más tarde] la iglesia Católica Romana ejercía el control, y bautizaba por aspersion. Sólo los grupos considerados separatistas bautizaban por inmersión. Así que los traductores se limitaron a transliterar la palabra en lugar de traducirla. Si hubieran en realidad traducido la palabra *baptidso*, la Gran Comisión diría: “Por tanto, vayan y hagan discí-

pulos de todas las naciones, sumergiéndolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.”

La sepultura puede ser simbolizada sólo si la persona es sumergida por completo, porque eso es lo que hacemos cuando enterramos a las personas: las cubrimos por completo. El bautismo en el Nuevo Testamento fue siempre por inmersión. No hay ningún registro en la historia de alguien que haya sido bautizado por aspersion sino hasta el año 251 D. C., cuando Novaciano, hallándose enfermo de gravedad, pidió que lo bautizaran. Debido a la gravedad de su enfermedad, no se atrevieron a sumergirlo en agua, así que salpicaron agua alrededor de su cama, y eso se consideró “bautismo.” Más tarde esto dio lugar a que se conozca esta costumbre como bautismo “clínico” porque se lo reservaba sólo para los enfermos graves o los que no podían ser sumergidos debido a alguna condición. Gradualmente, con el correr de los años, se extendió la costumbre de reemplazar la inmersión por el aspersion por cuestión de conveniencia. No fue sino en el año 1311 D. C. que el Concilio de Ravena declaró la aspersion como bautismo legal, sin que importe la condición física del candidato.

Si es un símbolo, entonces debe ser sólo para creyentes. Si simboliza nuestra experiencia cristiana, como en efecto lo simboliza, entonces la experiencia debe venir primero. Por eso en la Biblia *no hay* ningún registro de que alguien haya sido bautizado si primero no había creído (Hechos 2:41; 8:12-13; 8:36-37; 16:30-33; 18:8).

El bautismo infantil no aparece en ninguna parte de la Biblia, y en la historia no se lo menciona sino hasta principios del siglo tercero, cuando Tertuliano de Cartago se oponía a esa innovación. La creencia de que el bautismo era esencial para la salvación y que los niños que morían sin ser bautizados estaban perdidos fue lo que facilitó la práctica creciente del bautismo infantil. Sin embargo, ningún dirigente cristiano de significación abogó por él antes de Agustín (354-430 d. C.).

Finalmente, puesto que el bautismo es un símbolo, no se lo debe tomar como medio de gracia. Debido a que el bautismo es prominente en nuestra experiencia cristiana, desde el principio algunos han intentado investirlo de poder salvador. Uno de los bautismos más famosos en la historia de Texas es el de Sam Houston, héroe de la independencia de Texas. Después de larga búsqueda espiritual hizo su profesión de fe en la Independence Baptist Church, Independence, Texas, a los 63 años. Se dice que pasó al frente, le dio la mano al pastor Rufus Burleson, y le dijo: “Pastor, hoy le doy mi mano a usted, y mi corazón al Señor.”

El 19 de noviembre de 1854 bajó a las heladas aguas del arroyo Little Rocky Creek en donde Burleson lo bautizó. Después circuló una historia que decía que cuando Houston salió del agua un amigo le comentó: “Pues bien, general, ahora sus pecados han sido lavados.” Houston replicó: “Así lo espero, pero si fueron lavados todos, que el Señor se apiade de los peces río abajo.” El general sabía bien, y lo mismo nosotros: la sangre de Cristo, y no el bautismo, es lo que nos limpia de pecados (1 Juan 1:9).

Ya en el primer siglo algunos trataron de añadir al plan de salvación algo más, aparte de la gracia mediante la fe, pero los primeros creyentes rechazaron todas esas ideas. Para fines del siglo segundo y principios del tercero, no obstante, la regeneración bautismal era generalmente aceptada. Se llegó a considerar el bautismo como sacramento, o sea, un medio por el cual la persona recibe la gracia divina. Aunque la idea del bautismo sacramental no cuenta con ninguna base bíblica, todavía persiste en el Catolicismo Romano y, en cierto grado, en muchas ramas del protestantismo.

De igual manera, la Cena del Señor es simbólica. En tanto que el bautismo simboliza nuestra muerte y sepultura, la Cena del Señor simboliza la muerte y sepultura del Señor, y los elementos representan su cuerpo y su sangre.

Debido a que la Cena del Señor, como el bautismo, es central en el mensaje del evangelio, algunos han tratado de investirla de poder salvador. La iglesia católica romana cree en la “transubstanciación,” es decir, que cuando el sacerdote dice las palabras adecuadas y el feligrés participa de la hostia, los elementos se convierten en el mismo cuerpo o sangre de Cristo.

Otras denominaciones sostienen la “consustanciación,” que es la creencia de que el Espíritu Santo está presente en el pan y en el vino, y el adorador recibe el Espíritu del Señor cuando participa de los elementos. Los Bautistas consistentemente han negado estas nociones, e insisten que la Cena del Señor es solamente simbólica.

Como el bautismo, la Cena del Señor no tiene ningún poder para salvar. La Biblia no ofrece ninguna idea que permita suponer que la Cena del Señor sea algo más que un símbolo.

Manteniendo lo Primero Primero

Finalmente, el bautismo y la Cena del Señor son de importancia central en la fe cristiana. Así como Jesús empezó su ministerio con el bautismo, así nosotros debemos empezar nuestro discipulado con el bautismo. Luego debemos observar la Cena del Señor continuamente hasta que el Señor regrese. Debido a que el bautismo y la Cena del Señor se centran en el evangelio nunca debemos dejar de observarlas. En tanto y en cuanto las observemos apropiadamente, nunca nos alejaremos del corazón de la fe cristiana. Son, en cierto sentido, anclas del evangelio.

Más que eso, son actos individuales y actos del grupo. Después de oír el evangelio el eunuco etíope preguntó si podía ser bautizado. Felipe le contestó: “Si crees . . .” (Hechos 8:37). Esto representa el acto individual. Relativo a la Cena del Señor Pablo dijo: “Así que cada uno debe examinarse a sí mismo” (1 Corintios 11:28), lo cual también es un

acto individual. Pero el bautismo y la Cena del Señor también representan actos del grupo; por ejemplo, el séquito del etíope estaba con él, y la Cena del Señor debía observarse en comunión con otros creyentes.

A principios de la década de 1850, J. R. Graves (1820-1893) fundó un movimiento que llegó a conocerse como el landmarquismo. Los seguidores del landmarquismo creen que las iglesias Bautistas existieron desde los tiempos del Nuevo Testamento, y que su historia ininterrumpida hace de los Bautistas la única iglesia verdadera. Graves también insistía en que las ordenanzas eran “la sola prerrogativa de la iglesia local y que debía estar cerrada o limitada a la membresía de esa iglesia.”²

Los primeros Bautistas, sin embargo, no siguieron esa creencia. En la primera reunión de la Convención Bautista del Sur, en 1845, se celebró un culto de la Cena del Señor el domingo por la tarde, que era práctica popular en las reuniones sociales y asociacionales incluso antes de ese tiempo. Cuando la Convención Bautista del Sur se reunió en Texas en 1848 la observancia de la Cena del Señor era una parte central de la reunión y así lo sería en el futuro.³ Parece que nuestros antepasados Bautistas de Texas veían la Cena del Señor como ocasión de comunión santa con Dios y también de unos con otros.

A principios del siglo veinte Alexander Whyte, pastor de la St. George’s Church, Edinburgh, contaba de su experiencia al asistir a un culto de la Cena del Señor dirigido por John Duncan, otro bien conocido predicador escocés. Durante el culto Duncan vio a una mujer que, con las lágrimas corriéndole por las mejillas, negaba con su cabeza aceptar la copa que le ofrecía el anciano. Duncan salió de detrás de la mesa, tomó una copa de la bandeja, y se la dio a la mujer, diciéndole: “Tómala, mujer; es para pecadores.”⁴

Tanto el bautismo como la Cena del Señor es para pecadores que han sido salvados por la gracia de Dios. Cuando participamos con el espíritu apropiado, no sólo recor-

damos nuestros pecados, sino que también reconocemos nuestra fe en el Salvador.

Una vez mientras escuchaba a George W. Truett predicar, R. C. Buckner, fundador de Buckner Baptist Benevolences, escribió en el reverso de un sobre:

Lo que se debe hacer
Siempre es hermoso,
Diga lo que diga la gente;
Y que la voz del Señor
La oigan en su palabra,
Todos los que se alegran al obedecer.

Nunca oiremos la voz de Dios más clara y personalmente que cuando le obedecemos al ser bautizados y al recordar con la Cena del Señor su sacrificio.

Capítulo 11



Mayordomía

Artículos de Fe - 1840

Creemos que todas las cargas pecuniarias de la iglesia deben ser llevadas por todos, conforme a la capacidad que Dios ha dado. (Artículo 9)

Billeteras Bautizadas

Mateo 23:23

Tal vez el bautismo más famoso de los principios de la historia Bautista de Texas fue el de Sam Houston, en ese entonces senador de los Estados Unidos. Antes de su conversión y bautismo se le conocía ampliamente como el “Gran Borracho” debido a sus legendarias borracheras y peleas. En 1840 se casó con Margaret Lea, de Alabama, hija devota de un predicador Bautista, que oró por él y le testificó constantemente. Mientras vivía en Washington como senador de Texas, Houston asistía regularmente a la iglesia Bautista cuyo pastor era G. W. Samson. Houston consideró unirse a esa iglesia, pero decidió más bien hacer su confesión pública de fe en su Texas natal. Así, a final del culto durante una campaña de evangelización en la Independence Baptist Church, Sam Houston, de 63 años, afirmó su fe en Cristo y pidió su membresía en la iglesia.

El 19 de noviembre de 1854, con cientos de personas reunidas, Houston bajó a las heladas aguas del arroyo Little Rocky Creek para ser bautizado por Rufus C. Burleson,

pastor de la Independence Baptist Church y presidente de la Universidad Baylor. La iglesia celebraba los bautismos regularmente en el arroyo Kountz Creek, al norte de la ciudad, donde habían hecho tallar un estanque en forma de ataúd expresamente para ese propósito. Se cambió en lugar, sin embargo, porque algunos muchachos traviesos habían llenado el estanque con ramas y otros escombros.

Cuando se le dijo que se sacara su costosa billetera de cuero antes de entrar en el agua, Houston declinó, insistiendo que la billetera también tenía que bautizarse. Así, en ese pequeño arroyo Little Rocky Creek, con sus aguas claras corriendo sobre la piedra pómez y sus orillas adornadas con imponentes robles, “uno de los más grandes líderes religiosos de Texas bautizó al más grande líder político del principio de Texas, con billetera y todo.”¹

Los Bautistas siempre han creído en bautizar billeteras. A decir verdad, un bautismo que no toca el bolsillo de la persona probablemente tampoco ha tocado su alma. Obviamente, el bautismo de Houston tocó a ambos, porque desde entonces y en adelante ofrendó generosamente a la iglesia en Independence, pagando la mitad del salario del ministro. También respaldó a la Universidad Baylor, donde sirvió en la Junta de Consejeros, y ofrendó generosamente a otras varias causas misioneras.

Muchos de los primeros líderes Bautistas de Texas fueron “dadores” generosos. Rufus Burleson contaba de una ocasión durante una sesión de los síndicos de la Universidad Baylor, cuando se necesitaban \$500 en forma apremiante. (En ese tiempo el presidente de Baylor recibía un salario de apenas poco más de \$300 al año.) El síndico T. J. Jackson se puso de pie y ofreció dar la cantidad entera. Según Burleson, “esto ofendió a todos los demás miembros de la junta. Dijeron que él era ‘codicioso,’ y cada uno insistió en dar una parte, o toda la cantidad.”

De paso, mientras predicaba en una campaña de evangelización en Minden, Louisiana, conté la historia de la

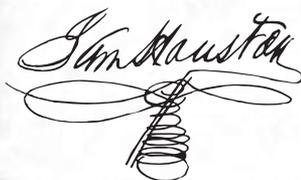
conversión de Sam Houston. Entre los asistentes estaba el editor del periódico local, a quien le encanta la historia; y más tarde vino para enseñarme una carta escrita por Sam Houston a George W. Baines, su pastor en Huntsville, Texas. Al parecer, Houston se había atrasado en sus promesas a la iglesia debido a que, en ese tiempo, estaba en Washington sirviendo como senador de Texas. El pastor quería que Houston pagara su promesa, añadiendo el interés del 8%. Houston respondió como sigue:

Huntsville
23 Nov. 1857
Mi querido hermano Baines:

Adjunto encontrará su pagaré, y si lo renueva por la misma cantidad de \$300 y lo manda a la Sra. Houston, se lo agradeceré. Usted notará que he restado el interés por seis años al 8 por ciento anual, lo que da ciento cuarenta dólares. Esto es algo que no estoy dispuesto a hacer, puesto que usted tiene la suerte de ministrar en congregaciones que piensan que usted puede darse el lujo de predicarles gratis. Si usted no concibe algún plan para cambiar sus prácticas, van a pensar que usted debe pagarles un buen salario por asistir a los cultos cuando deberían quedarse en casa el domingo y así estar mejor preparados para la semana se trabajo. No estoy aludiendo a la caridad, aunque pienso que las Escrituras ordenan eso como uno de los mejores rasgos del carácter cristiano, pero aludo a la vieja y bien conocida honestidad de pagar lo que prometen. Ellos deberían saber que los billetes no servirán en el cielo. Servirá sólo la moneda emitida de un corazón sincero. Algodonales y pacas de algodón no tendrán mercado en el paraíso.

La Sra. Houston se une a mí para enviar saludos cariñosos a la hermana Baines, a usted y a su familia.

Sinceramente suyo,



Sam Houston

Todo creyente debe bautizar también su billetera, tal como Houston lo hizo, porque dar mediante la iglesia es parte de nuestro deber cristiano.

Hay verdades que debemos considerar respecto a las ofrendas:

- Dar es una obligación del discipulado cristiano.
- Dar es una afirmación de que Dios es Dueño de todo.
- Dar es una demostración de mayordomía personal.

Hay que Hacerlo

Para empezar, dar es una obligación del discipulado. Jesús nunca vaciló y titubeó al hablar del dinero. Dieciséis de las 38 parábolas de Jesús tratan sobre el dinero. Uno de cada diez versículos de los Evangelios tratan del tema. La Biblia contiene unos 500 versículos sobre la oración y muchos menos sobre la fe, pero más de 2,000 sobre el dinero y las posesiones. ¿La razón? Jesús dijo: “Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón” (Mateo 6:21).

Tal vez la palabra de Jesús más definitiva sobre la ofrenda surgió cuando reprochó a los escribas y fariseos por su enfoque legalista de la religión, puesto que ellos diezmaron las cosas más triviales y descuidaban la justicia, la misericordia y la fe. Jesús les dijo: “Debían haber practicado esto sin descuidar aquello” (Mateo 23:23).

Cuando Jesús usó la palabra “deber” relativa al diezmo, implicaba que era una obligación moral, un deber sagrado. La palabra “deber” se usa rara vez en la Biblia. Se nos dice que “debemos” orar y no desmayar (Lucas 18:1). Se nos dice que “debemos” obedecer a Dios antes que a los hombres (Hechos 5:29); y se nos dice que “debemos” dar el diezmo. Así que para Jesús y los apóstoles el diezmo era igualmente importante, junto con la oración y la obediencia, todas como obligaciones del creyente.

Mucho antes de que Jesús hablara del diezmo como obligación del discipulado cristiano Dios ya lo había declarado como norma para su pueblo. Por medio del profeta Moisés dijo: “El diezmo de todo producto del campo, ya sea grano de los sembrados o fruto de los árboles, pertenece al SEÑOR, pues le está consagrado.” (Levítico 27:30).

Y por Malaquías Dios dijo:

Traigan íntegro el diezmo para los fondos del templo, y así habrá alimento en mi casa. Pruébenme en esto —dice el SEÑOR Todopoderoso—, y vean si no abro las compuertas del cielo y derramo sobre ustedes bendición hasta que sobreabunde. (Malaquías 3:10).

Cuando logramos captar una visión del verdadero discipulado sabemos que dar es una parte integral del mismo.

El Tiempo lo Dirá

En segundo lugar, dar es una afirmación de que Dios es Dueño de todo. Un mayordomo es una persona encargada de administrar los negocios de otro. Todo lo que poseemos es un encargo que nos ha dado el Señor, y la forma en que lo usamos y cómo damos es una afirmación de que Dios es el Dueño.

La Biblia lo afirma clara y repetidamente: “Del SEÑOR es la tierra y todo cuanto hay en ella el mundo y cuantos lo habitan” (Salmo 24:1). Tan básica es esta enseñanza que se la repite, literalmente al pie de la letra, cinco veces en la Biblia: tres veces en el Antiguo Testamento y dos en el Nuevo Testamento (Éxodo 9:29; Deuteronomio 10:14; Salmo 24:1; 1 Corintios 10:26; y 1 Corintios 10:28).

Estas no son las únicas ocasiones o maneras en que se indica esta verdad en la Biblia. El apóstol Pablo le dijo a Timoteo que enseñara a los ricos a no ensoberbecerse o confiar en sus riquezas, sino más bien a confiar en el Dios

vivo “que nos provee de todo en abundancia para que lo disfrutemos” (1 Timoteo 6:17). El Señor dijo: “pues míos son los animales del bosque, y mío también el ganado de los cerros” (Salmo 50:10). Estos versículos implican que Dios es Dueño de todo, y todo lo que tenemos nos ha sido dado como resultado de la gracia divina.

Un día el pastor Edwin Hugats martilló eso en su sermón. Después del culto lo invitó a almorzar uno de los miembros más acomodados de su iglesia. Después del almuerzo el hombre le invitó a caminar. Anduvieron por los hermosos jardines, miraron los fértiles campos repletos de grano, y admiraron el precioso ganado fino. Luego, parado frente a sus enorme graneros, el hombre le dijo: “Ahora, pastor, ¿me va a decir que todo esto no me pertenece?” El pastor le respondió: “Amigo, pregúntemelo en unos cien años.”

El tiempo dirá quién es el dueño real. El apóstol Pablo dijo: “Porque nada trajimos a este mundo, y nada podemos llevarnos” (1 Timoteo 6:7). Así que, en el mejor de los casos, somos mayordomos, síndicos y administradores de los negocios en el mundo de Dios.

Cuando vemos a Dios como Dueño y nos vemos a nosotros mismos como encargados, es más fácil darle. Creemos que el inventor tiene el derecho al fruto del genio. Creemos que el inversionista tiene derecho a un rédito justo de sus inversiones. Creemos que el obrero es digno de su salario. Con certeza, entonces, debemos creer que Dios, el Creador y sustentador de todas las cosas, tiene el derecho sobre nuestras posesiones.

R. G. LeTourneau fue un hombre creyente de negocios que desde el principio de su carrera le prometió a Dios darle por lo menos el 90% de sus ingresos si le bendecía. Por 33 años fielmente siguió esta práctica. Explicaba su asombrosa mayordomía diciendo: “No es cuestión de cuánto dinero le doy a Dios, sino de cuánto del dinero de Dios voy a guardarme para mí mismo.”

Salomón expresó lo que sería la actitud de su corazón cuando escribió: “Pero, ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que podamos darte estas ofrendas voluntarias? En verdad, tú eres el dueño de todo, y lo que te hemos dado, de ti lo hemos recibido” (1 Crónicas 29:14).

Todo le pertenece a Dios. Nunca debemos olvidar esto.

Usted Está Escribiendo su Biografía

Finalmente, dar es una demostración de mayordomía personal. El Libro de Hechos indica que con el dinero que Judas había recibido por traicionar al Señor se compró un campo. En contraste, Lucas relata que Bernabé vendió una propiedad y dio el dinero para la obra de la iglesia (Hechos 4:36-37). Lucas estaba convencido de que lo que el hombre hacía con su dinero era una indicación de lo que había en su corazón. Bernabé se veía a sí mismo como mayordomo de todo lo que poseía y lo demostró mediante sus ofrendas.

En 1815 el Duque de Wellington derrotó a Napoleón en la Batalla de Waterloo. Una biografía reciente del duque cuenta con una ventaja sobre todas las anteriores, en que el autor descubrió un antiguo libro de contabilidad indicando cómo el duque gastaba su dinero. El hecho de conocer los hábitos del duque para gastar su dinero, afirma el autor, ofrece una más profunda perspectiva respecto a lo que el duque consideraba importante que lo que ofrecen sus cartas y discursos. Si alguien escribiera su biografía, o la mía, basada en nuestras chequeras o declaraciones de impuestos, ¿qué dirían en cuanto a usted o a mí?

Hay estudios que indican que cuando las ofrendas declinan en las iglesias la gente lo aduce al alto costo de la vida. ¡Ni en sueños! Es más bien el alto costo de vivir a la manera en que queremos vivir. El investigador Sylvis Ronsvalle, que ha estudiado las ofrendas en las iglesias dice esto: “Si quieren saber en veinticinco palabras o menos lo

que he aprendido, es que las ofrendas se reducen porque no amamos a Dios tanto como amamos muchas otras cosas.” ¿Nos hemos olvidado de lo que somos: mayordomos del Señor?

Después de los atentados terroristas en Balí en el 2002, se descubrió que los terroristas que cometieron la atrocidad tenían su base en una escuela religiosa de Malasia, y que a los escolares se les “aguijoneaba” a que donen parte de su salario para ayudar a matar estadounidenses. La única fuerza del mundo más grande que el odio es el amor. Cuando amamos a Dios con todo nuestro corazón, mente y alma, no necesitamos que se nos aguijonee para dar. Basta que se nos enseñe, se nos anime, y se nos dé la oportunidad

Cuando la gracia de Dios toca completamente nuestro corazón, nos daremos al Señor nosotros mismos tanto como daremos de nuestro dinero. El apóstol Pablo declaró en cuanto a los creyentes en Macedonia, que “se entregaron a sí mismos, primeramente al Señor y después a nosotros, conforme a la voluntad de Dios” (2 Corintios 8:5).

Nunca debemos permitir que el dinero se convierta en sustituto de nuestra propia entrega personal al Señor. En el drama *The Fool*, de Channing Polloc hay una escena donde una mujer habla de sus pieles como “sustituto del tiempo, amor y compañía de mi esposo.”

El padre del esposo reacciona diciendo: “No sé lo que ustedes las mujeres quieren. Un hombre consume su corazón y alma para darte cosas, y ni eso les basta.”

La esposa replica: “Tal vez ella quiera un poquito de corazón y alma.” Eso es lo que nuestro Señor quiere, nuestros corazones y almas. La mayordomía no es un plan de la iglesia para recoger fondos; es el plan de Dios para desarrollar a las personas.

El teniente Clebe McClary era un joven marino que creció en South Carolina, terminó la universidad y trabajaba como entrenador cuando se alistó en la Marina. Durante el tiempo en que estuvo destacado en Vietnam el pelotón de

McClary cayó en una emboscada. McClary perdió un ojo y el brazo izquierdo. Su cuerpo sufrió tanto destrozo que tuvo que someterse a 32 operaciones para retener el uso de su lado izquierdo.

El teniente McClary se convirtió a Cristo cuando regresó a casa. Su conversión fue dramática y cambió su vida. Desde entonces lleva siempre una radiante sonrisa y un testimonio positivo por Jesucristo.

Mientras McClary estaba en el Philadelphia Naval Hospital, sus compañeros de pelotón le mandaron una placa en la que estaba inscrita una cita que él había aprendido de uno de sus entrenadores. Estas mismas palabras estaban escritas en un pedazo de cartón que colgaba en la pared de su *cobertizo* en Vietnam: “En este mundo de dar y tomar, no hay suficientes personas dispuestas a dar lo que toma.”

¿Está usted dispuesto a dar lo que toma? Cuando la gracia de Dios toque su corazón, como tocó los corazones de los creyentes de Macedonia y el corazón de Sam Houston, usted lo estará.

Capítulo 12



El Creyente y el Orden Social

Resolución - 1840

*Se resuelve, Que esta Asociación recomiende de la manera más ferviente y solemne a los miembros de las varias iglesias Bautistas en todo el país la formación de Sociedades de Temperancia en sus vecindarios, para que el torrente de fuego líquido que ha desolado a otros países no calcine y seque a los futuros ciudadanos de esta joven e interesante República, y para llevar a la práctica esta resolución pedimos al Dios Todopoderoso que bendiga todo esfuerzo hecho en este sentido por los santos y las ofrendas filantrópicas.
(Actas de la Asociación, 2ª Resolución)*

Religión con Dos Manos

Lucas 10:25-37

El predicador y poeta escocés George MacDonald definía la fe cristiana de esa manera: "Aférrate a Dios con una mano, y abre bien la otra a tu prójimo." Aunque prefiero recalcar que es Dios quien sostiene nuestras manos, no discrepo con el punto de MacDonald en el sentido de que la nuestra es una religión con dos manos. Es el tipo de fe que reconoce que la vida consiste de una relación vertical con Dios y una relación horizontal con nuestro prójimo.

mo; y que la creencia genuina conduce a una conducta apropiada.

Los Bautistas siempre han tenido una fuerte conciencia social. Por ejemplo, las actas de la primera reunión de la primera asociación Bautista de Texas revela que se animaba a las iglesias a formar sociedades de temperancia en sus respectivos vecindarios, “para que el torrente de fuego líquido (licor) que ha desolado a otros países no calcine y seque a los futuros ciudadanos de esta joven e interesante República.”

Los Bautistas del siglo diecinueve aborrecían la borrachera pero permitían el uso moderado de bebidas alcohólicas. De hecho, un predicador Bautista de Kentucky desarrolló el proceso para fabricar licor, y en los territorios fronterizos algunos predicadores recibían su salario en whisky. Pero conforme las evidencias del poder destructivo del alcohol aumentaban, los Bautistas dejaron de tolerar las bebidas alcohólicas y su posición cambió de temperancia a total abstinencia.

Cuando Sam Houston, héroe de la independencia de Texas, vino a Texas, pronto se le conoció como el “Gran Borracho.” Hubo un tiempo incluso cuando sus opositores se referían a Texas como “el gran rancho del Gran Borracho.” Cuando Houston se casó con Margaret Lea, Bautista dedicada, le prometió no volver a beber con exceso, y cumplió su palabra. Más tarde, cuando se convirtió se hizo también abstemio total y líder del movimiento de temperancia.

Hay otros asuntos sociales tan malos o peores que el uso y abuso del alcohol que los Bautistas parecieron aceptar o ignorar. Por ejemplo, cosas tales como la esclavitud (James Huckins y William Tryon, los primeros dos misioneros enviados a Texas, tenían esclavos), la falta de derechos de la mujer y el maltrato de los nativos eran cosas generalmente aceptadas. Como nosotros, estos Bautistas

fueron producto de su día y con harta frecuencia reflejaban su cultura en lugar de cambiarla.

Pero las cosas no deberían ser así. Debemos ser “la luz del mundo” y la “sal de la tierra” (Mateo 5:13-14). Parte de nuestra misión es presentar un reto a la sociedad y cambiarla, no conformarnos a ella (Romanos 12:1-2). Según el misionero y erudito Samuel Zwemer:

El evangelio no sólo convierte al individuo, sino que cambia la sociedad. En todo campo misionero, desde los días de Guillermo Carey, los misioneros han llevado un evangelio real, social. Establecieron normas de higiene y pureza, promovieron la industria, elevaron el nivel de la mujer, refrenaron las costumbres antisociales, abolieron el canibalismo, el sacrificio humano y la crueldad, organizaron el alivio del hambre, detuvieron guerras tribales, y cambiaron la estructura social de la sociedad.¹

En la parábola del Buen Samaritano Jesús hizo énfasis en el aspecto social de nuestra fe. Enseñó que el gran mandamiento era amar a Dios con todo nuestro ser y amar al prójimo como a uno mismo. Un religioso, que evidentemente no había hecho esto y que trataba de justificarse a sí mismos, le preguntó a Jesús: “¿Quién es mi prójimo?” Jesús respondió contando que un judío viajaba de Jerusalén a Jericó. El camino era traicionero, literalmente un sendero donde los maleantes asaltaban a la gente. Jerusalén se halla a 2,300 pies sobre el nivel del mar; Jericó estaba cerca del Mar Muerto, que está a 1,300 pies bajo el nivel del mar. Así que se desciende unos 3,600 pies en unas 20 millas. Era un camino que se caracterizaba por desfiladeros estrechos y rocosos y curvas cerradas, con abundantes lugares que se brindaban como escondrijos perfectos para que los bandidos y maleantes se escondieran y acecharan a los viajeros desprevenidos para asaltarlos.

En uno de sus viajes por ese camino el hombre fue atacado por unos ladrones, quienes le quitaron la ropa, lo golpearon y lo dejaron por muerto; en otras palabras, uno de esos incidentes que con frecuencia sucedían en ese camino. A poco por allí pasó un sacerdote, pero pasó de largo por el otro lado del camino. Luego vino un levita que hizo lo mismo. Finalmente, un samaritano vio al hombre en su condición lastimera y se detuvo para darle ayuda. Vendó sus heridas, puso al hombre sobre su propia cabalgadura, y le llevó al mesón más cercano. Allí le dio al mesonero instrucciones y dinero suficiente para que cuidara al hombre, y prometió pagar todos los gastos necesarios.

Esta historia es particularmente asombrosa porque el hombre que fue atacado era judío, y el que le ayudó era samaritano. En esos días la relación entre judíos y samaritanos era una cuestión social y racial de mucho calibre. Los judíos consideraban a los samaritanos como raza mestiza inferior, resultado del matrimonio cruzado entre judíos y gentiles. A decir verdad, los judíos a menudo se referían a los samaritanos como “perros” e incluso preferían no caminar por Samaria cuando viajaban entre Judea y Galilea. Sin embargo, en el relato de Jesús fue el samaritano el que se detuvo para ayudar al judío cuando sus propios compatriotas no se detuvieron.

Cuando Jesús terminó su relato le preguntó al experto de la Ley: “¿Cuál de estos demostró ser prójimo del judío?” La respuesta no exigía mucho pensamiento: el prójimo fue el hombre que se detuvo para ayudarlo. Entonces Jesús remató su discurso diciéndole: “—Anda entonces y haz tú lo mismo” (Lucas 10:37).

Claramente el cristianismo sirve tanto en las calles de las ciudades como en los campanarios de los templos. Debemos ayudar a las personas dondequiera y cuandoquiera que las hallemos. Esa es la responsabilidad social del creyente.

En esta parábola hay varias verdades que tratan de nuestras responsabilidades sociales:

- La vida es como el camino a Jericó: es un lugar donde las personas quedan heridas.
- Debemos ser como el samaritano: personas que ayudan a los necesitados.
- La iglesia debe ser como el mesón: un lugar donde los heridos reciben ayuda y curación.

La Fraternidad de los Corazones Rotos

Primero, la vida es como el camino a Jericó: es un lugar peligroso donde las personas salen heridas. Es un sendero donde las personas sufren asaltos. Al andar por la vida no tenemos que buscar el peligro; nos está aguardando. Vance Havner solía referirse a “la fraternidad de corazones rotos.” En ese respecto todos somos hermanos en esta fraternidad, porque toda persona tiene problemas, es un problema o vive con un problema.

La adversidad no respeta a nadie. El que una persona sea un súper atleta, un político principiante, un astro de Hollywood, o una persona corriente no hace ninguna diferencia. La adversidad puede venirle a cualquiera y se manifiesta en muchas formas: muerte, enfermedad, divorcio, dificultad, desastre o desencanto.

Cuando la vida nos lastima, la tentación es perder la esperanza, especialmente si, como el viajero de la historia, somos víctimas inocentes. Queremos clamar como Cristo en la cruz: “Dios mío, ¿por qué?” Pero por lo general los cielos guardan silencio.

Hay otra alternativa abierta ante nosotros, sin embargo, como alguien dijo: “El dolor es inevitable; la desdicha es opcional.” Los problemas pueden dejarnos furiosos, amargados, resentidos y desilusionados, o pueden enterrecernos y ablandarnos. Pueden amargarnos o pueden mejorarnos. La decisión es nuestra.

La adversidad puede ayudarnos a que nos conozcamos mejor, si se lo permitimos. Mediante ella podemos

comprender mejor quiénes somos y quién es Dios. Una señora me escribió una vez diciendo que Dios le había roto el corazón y la había hecho atravesar intensas dificultades para llevarla a la salvación. “Dios tuvo que lavarme los ojos con lágrimas,” escribía, “para que yo pudiera empezar a ver.”

Criado en casa de un ministro, Art Linkletter dejó su hogar a edad temprana y, por un tiempo, viajaba en trenes como vagabundo. Con el tiempo acabó en Hollywood y llegó a ser uno de los artistas más queridos de los Estados Unidos. Todo parecía marchar viento en popa en su vida hasta que su hija, Diana, se enredó con el licor y las drogas y se suicidó.

Apenas asistente a una iglesia antes de ese tiempo, Linkletter dijo: “Hasta que sucedió esta tragedia yo era creyente de cartón, apenas en la superficie, sin substancia real. Entonces busqué a Jesús, y él me buscó, y mi vida cambió.”

Pocos logramos llegar a Jericó sin recibir unas cuantas heridas y lesiones en el camino. La vida nos golpea, pero no tenemos que dejar que nos aplaste, porque hay esperanza y ayuda en Cristo y en su pueblo.

El Club de los Sufrientes

Segundo, debemos ser como el samaritano; debemos ayudar a los necesitados. El samaritano no fue el único que se hallaba en el camino a Jericó ese día. Los ladrones estaban allí, al igual que el sacerdote y el levita. Pero el héroe de esta parábola fue un hombre que se detuvo para ayudar a un hombre de otra raza; de una raza que a menudo le trataba con desprecio y desdén.

En el camino de la vida siempre hay quienes nos golpean, los que pasan de largo, y los que nos levantan. Debemos ser como el samaritano; debemos ser los paramédicos espirituales que patrullan los caminos de la vida para ayudar a los que podemos.

El poema de Edwin Markham titulado “How the Great Guest Came (Cómo Llegó el Gran Invitado)” habla de Conrad, un bondadoso zapatero alemán que vivía solo. Un día recibió la revelación de que el mismo Cristo vendría a su casa. Con estas noticias, y sin poder contener su alegría, se puso a trabajar, afanosamente preparándolo todo para el santo visitante, pero no demasiado ocupado como para no ayudar a tres extraños necesitados que vinieron a diferentes horas a su puerta ese día: un mendigo con frío y cansado, una mujer con hambre y un niño indigente. Pasó el día, y el invitado esperado no llegó. Finalmente, al acabarse el día Conrad se arrodilló para elevar su oración de perplejidad: “¿Por qué, Señor, se demoran tus pies?” Entonces, del silencio surgió una voz:

*Alienta tu corazón, porque cumplí mi palabra.
Tres veces vine a tu puerta amigable,
Tres veces mi sombra estuvo en tu piso.
Yo fui el mendigo con pies lacerados;
Yo fui la mujer a quien diste de comer;
Yo era el niño de la calle y sin hogar.²*

Alguien llamó a esto el “desconcertante disfraz” de Dios. Jesús habló de ese “desconcertante disfraz” de Dios cuando enseñó la importancia de ministrar al que tiene hambre, al que no tiene vivienda, al enfermo, al solo, y al que está en la cárcel: “Les aseguro que todo lo que hicieron por uno de mis hermanos, aun por el más pequeño, lo hicieron por mí” (Mateo 25:40). Cuando ayudamos a los necesitados, es como si estuviéramos ayudando a nuestro Señor.

No debemos perder el contacto con los pobres. Por ejemplo, el líder de una organización de jóvenes creyentes escribió a un periódico preguntando cómo podía hallar a una familia necesitada para ayudarle con comida y regalos en Navidad. El escritor de la columna de religión del periódico le mandó una respuesta clásica:

Quería hacerle al joven muchas preguntas. ¿Cómo puede una persona vivir en el Delta, una de las regiones más pobres de los Estados Unidos, y no conocer a una familia necesitada? ¿Cómo puede un seguidor de Jesús, especialmente alguien que obviamente se interesa y se ha consagrado, no conocer a una familia necesitada? ¿Por qué los adolescentes que asisten a las iglesias y buscan una familia necesitada tiene que pedir la ayuda de un periódico en lugar de buscar a alguien en sus propias iglesias? Quisiera que el joven pudiera hablar con Juan Wesley. Wesley, el pastor anglicano que empezó el movimiento metodista, pasó la mayor parte de sus años entre familias necesitadas. Wesley creía que era igual de peligroso para la vida espiritual no tener contacto con los pobres, como no tener contacto con las ordenanzas.

Nuestra responsabilidad social va más allá de los pobres, y en verdad es tan amplia como la vida misma. Hace poco un director de servicios de salud, hablando a un grupo de líderes de servicios de atención a la salud, dijo que debíamos preocuparnos por los “miembros” del “Club de los Sufrientes”: los indigentes, los que sufren hambre, los que no tienen esperanza, los desvalidos y aquellos a quienes nadie abraza. Hay personas así en todas partes.

Jimmy Allen, en un sermón titulado “Las Lágrimas de Dios,” que predicó en la Parkway Hills Baptist Church de Dallas, contó la historia de una mujer judía que conoció una vez, y que había sufrido las atrocidades de dos campos de concentración nazis. En su conversación, le preguntó: “Alicia, en todas las cosas que tuvo que sufrir, ¿qué es lo que más recuerda?” Ella respondió: “Las ventanas vacías.” Allen siguió: “¿Qué quiere decir con eso de ventanas vacías?” Esta fue la respuesta que dio la mujer:

Crecí en Europa central, en un pueblito que había sido parte de toda mi vida. Cuando vinieron a llevarnos yo tenía nueve años. Nos dijeron que lleváramos nuestra maleta y que fuéramos a la plaza de la ciudad. Así que allí estaba yo andando una mañana muy temprano por esas calles empedradas, por una calle donde yo había vivido toda mi vida, junto con personas que había conocido toda mi vida, y sabía que me iban a llevar lejos a un campo de concentración. Mientras caminaba por la calle, todas las ventanas estaban vacías. Nadie salía a las ventanas para ver lo que me estaba pasando.

Dios sufre porque no miramos por las ventanas para ver a los que nos rodean y están sufriendo, y mucho menos salimos a la calle para ayudarlos.

Así que todo se reduce a ministerio práctico. Como alguien dijo bien una vez: “el evangelio está escrito en tus dedos.” Usaba los dedos de la mano para martillar las palabras y repetir lo que dijo Jesús: “por mí mismo lo hicieron” (Versión Popular) Luego añadió: “Al final de la vida esos dedos bien te disculparán o acusarán de haberlo hecho a los más pequeñitos. Por mí mismo lo hicieron.”

“La Gente de la Banca de Más Atrás”

Finalmente, la iglesia debe ser como el mesón del relato del Buen Samaritano, es decir, un lugar donde las personas pueden restablecerse, y adonde los heridos y lesionados puede acudir para recibir ayuda y curación

La idea de la iglesia como un lugar de curación es bíblica. El apóstol Pablo escribió: “Hermanos, si alguien es sorprendido en pecado, ustedes que son espirituales deben restaurarlo con una actitud humilde. Pero cúdense cada uno, porque también puede ser tentado” (Gálatas 6:1).

La palabra griega que se traduce “restaurar” es un término médico que se usa para “reducir la fractura,” y describe cómo el médico trata a la persona que tiene un hueso roto. Con cuidado pone los pedazos del hueso en su debido lugar en relación a los demás, y luego usa un vendaje para sujetarlos en su lugar hasta que sanen. Como iglesia, eso es lo que debemos hacer. No debemos deplorar o ignorar a las personas; debemos restaurarlas. Debemos ayudarlas a volver a su correcta relación con Dios y de unos a otros, para que su fractura sane.

Tanto dentro de la iglesia como fuera de ella hay personas que necesitan curación. Participando en una conferencia nacional de predicación hace años, un laico que era cirujano del corazón en Mississippi predicó un mensaje titulado “La Vista desde la Banca.” Indicó que el laico tiene un punto de vista de la congregación totalmente diferente al que tiene el predicador: “Ustedes ven las caras de la gente, pero nosotros vemos sus nuca. Muchas veces sabemos los problemas que ellos traen consigo al venir a la iglesia.”

Luego contó cómo solía entrar a la iglesia después de que el culto ya ha comenzado, y buscar un asiento en la banca de más atrás. Describió a los que él llamaba “gente de la banca de más atrás,” los que entran calladamente y prefieren permanecer anónimos durante el culto. Evitan darle la mano a alguien después del culto ni llenan una tarjeta de visitante, porque no quieren que nadie los visite. No quieren un encuentro cara a cara, porque podría haber el riesgo de que sus problemas surgieran como tema para la conversación.

Por supuesto, no todos los que tienen problemas se sientan “en la banca de atrás.” Hay gente que sufre desparpada en toda congregación y en toda comunidad. Sufren de muchas maneras.

Algunos tienen serios problemas de salud, tales como cáncer, enfermedades del corazón o SIDA. Algunos son divorciados. Algunos son hijos de divorciados. Otras han

tenido abortos. Algunos tienen amoríos fuera del matrimonio. Algunos han perdido recientemente algún padre o madre a quien han descuidado. Algunos tal vez hayan sufrido por el suicidio de algún familiar; el suicidio siempre deja muchas cosas sin explicar. Algunos tienen problemas con el alcohol o las drogas.

Cada una de estas personas, dijo el cirujano del corazón, se siente como si fuera el único que padece de ese problema en particular. Encima de esto, el sufrimiento es continuo. El diablo está más que listo para decirles a estas personas lo malas que han sido, y a veces les dice que son peores de lo que realmente son. Entonces el predicador dijo: “Un denominador común en todas estas personas es la culpabilidad, y sólo Jesús tiene poder para perdonar pecados.”

¿Adónde pueden ir estas personas para recibir ayuda? Un columnista de un periódico de Houston escribió hace poco: “¿Adónde puede ir uno para hallar un amigo?” Luego respondió a su propia pregunta:

He observado cinco lugares: cantinas, clubes, compañeros de oficina, vecinos, y la iglesia. He observado que en las cantinas, los clubes, las oficinas y las viviendas la gente siempre cambia. El único lugar donde se puede hallar amigos duraderos es la iglesia. No soy ratón de iglesia, pero sí le recomiendo que vaya a la iglesia.

Yo también se lo recomiendo. Pruébelo, y allí encontrará a alguien que le ayudará.

Capítulo 13



Ministros*

Artículos de Fe - 1840

Creemos que mientras el deber del Ministro es dedicarse a la obra del Ministerio, es deber de la iglesia contribuir para él de su substancia terrenal para su sostenimiento y el de su familia.
(Artículo 10)

** Tengo presente que todos los que siguen a Jesús como Señor y Salvador deben ministrar en su nombre. En un sentido todo creyente es un ministro. Ya comenté en un capítulo anterior sobre los peligros de dividir a los creyentes en dos clases: ministros y laicos. Sin embargo, también tengo presente que la Biblia habla de algunos que han sido llamados a papeles de servicio en las iglesias, tales como pastores (Efesios 4:11-12). En este capítulo uso el término “ministro” para referirme a estas personas.*

El Deber del Ministro

1 Tesalonicenses 2:1-4

Sam Jones era un evangelista metodista elocuente, fervoroso y ocurrente, que predicó en la segunda mitad del siglo 19. En vista de que su carrera como abogado había sido destruida por su alcoholismo, constantemente atacaba los vicios de la sociedad. Una vez se las tomó con la prensa, criticándolos. Los periódicos reaccionaron diciendo: “No podemos entender por qué el evangelista nos ata-

ca. Después de todo, nosotros hicimos que fuera lo que es.” Jones característicamente respondió con sarcasmo e ironía: “Si pudieron hacer un Sam Jones, ¿por qué no hacen otro?”

Los medios de comunicación, por supuesto, no pueden “hacer” a Sam Jones, ni a ningún otro predicador, que para el caso da lo mismo. Sólo Dios puede hacer eso. El apóstol Pablo, hablando de su propio ministerio, dijo esto: “De ésta llegué a ser servidor según el plan que Dios me encomendó para ustedes: el dar cumplimiento a la palabra de Dios, . . .” (Colosenses 1:25). Pablo está diciendo que el ministerio no fue algo que él se echó sobre los hombros, ni tampoco algún otro hombre se lo puso encima. Más bien le vino por mandato divino. Fue el Señor quien lo “hizo” ministro, y es el Señor quien hace a todos los ministros.

Una de las razones por las que Texas llegó a ser un gran estado Bautista fueron los primeros predicadores que se establecieron aquí; hombres como Z. N. Morrell, quien llegó a Texas en 1835 para ver si le convenía. Morrell quedó encantado con Texas, y hasta el día de su muerte decía que tenía “Texas en el cerebro.”

A decir de todos Morrell fue el más grande de los predicadores pioneros que llegaron a Texas, y tal vez el más grande de los Estados Unidos. Desde el momento en que cruzó el río Sabine concibió que Texas llegaría a ser una amplia fortaleza Bautista. Volviendo a Tennessee para traer a su familia, dijo: “Mi alma misma ardía dentro de mí para predicar a Jesús.” Así, con Jesús como su tema, Morrell halló un lugar apropiado para predicar, llamó a las personas, y empezó a cantar el himno de Isaac Wats “¿Soy yo soldado de Jesús?” Cuando se reunió el público, escogió Isaías 35:1 como el texto bíblico para su sermón: “Se alegrarán el desierto y el sequedal; se regocijará el desierto y florecerá como el azafrán.”

Al concluir su improvisado sermón Morrell dijo: “Mi alma estaba llena y desbordándose, y en ese momento creí

lo que decía el pasaje.” Ese pasaje se convirtió en el texto de oro de la vida de Morrell y la fe y expectación persistentes en su ministerio en Texas.

Morrell trajo a su familia a Texas en 1836, justo cuando Texas buscaba su independencia de México, y se quedó aquí hasta su muerte en 1883.

Muchos de estos primeros predicadores se habían graduado en seminarios y universidades. Algunos habían sido abogados, jueces y congresistas de sus respectivos estados. Podían haber tenido los pastorados más populares en sus estados, pero debido al llamamiento divino eligieron vivir, trabajar y morir en Texas, en ese entonces una pobre república en pañales. La mayoría vino por su propia voluntad, sin ningún auspicio de ninguna sociedad misionera. Vinieron porque Dios los trajo a Texas

Cuando Morrell llegó a Texas con su familia, la revolución de Texas apenas estaba empezando. A su llegada al estado halló a gente que huía buscando seguridad y que le instaban a que no siguiera. Estas fueron sus palabras:

Me censuraba toda persona que encontraba, y algunos me maldecían como necio, declarando que mi familia sería masacrada por los mexicanos o por los nativos antes de que pudiera alejarme mucho del Sabine. Rara vez en mi vida había dado pie atrás, y confiando en Dios, seguimos adelante.¹

Estos primeros predicadores eran viajeros y obreros incansable. Noah T. Byars, que era dueño de la herrería donde los tejanos se reunieron para firmar la Declaración de Independencia de Texas, calculaba que viajó más de 100,000 millas a lomo de caballo, formó 60 iglesias, cinco asociaciones y dos escuelas Bautistas. Su salario era de \$250 al año como misionero, aunque necesitaba \$300 al año para el cuidado de su caballo. Después de toda una vida de servicio, envejeció en la extrema pobreza, y la convención

Bautista estatal aprobó darle una pensión de ocho dólares al mes.²

La vida de los predicadores en la frontera no era fácil. Para cumplir sus compromisos de predicación tenían que viajar todo el día, dormir por la noche a campo abierto, y aventurarse por bosques llenos de nativos y bestias salvajes. No había ni caminos ni puentes, y cuando hallaban un río crecido no tenían otro recurso que vadear la corriente, incluso en pleno invierno.

Tuvieron incontables escaramuzas con los nativos. Les huían cuando podían, y luchaban contra ellos cuando no. Los relatos de las incursiones de los indígenas harían que la sangre se congele: el riesgo de que los mataran, que les robaran el caballo, que los quemaran vivos, que les arranquen el cuero cabelludo, o que secuestren a sus mujeres y niños era peligro constante. Para protegerse a menudo ponían guardias fuera de los templos: dentro, los hombres empuñaban sus rifles mientras cantaban, oraban y escuchaban.

Aparte de las tribus indígenas, en muchas comunidades había los escarnecedores. Estos burladores muchas veces hacía mofa pública del pan y el vino, emblemas del amor del Salvador. A veces los rufianes seguían pisándoles los talones a los predicadores cuando éstos salían de sus lugares de predicación, ladrándoles como burla.

Rufus Burleson estaba una vez predicando en Galveston cuando un grupo de apostadores trató de desbaratar la reunión y sacarlo de la población. Muchos asistieron a la reunión y encendieron cigarros intentando estorbarlo. Pronto el lugar se llenó de humo al punto que era difícil respirar. Pero Burleson aguantó y terminó su sermón. Se dice que después dijo: “Ellos me llenaron de humo, y yo los llené a ellos. Mi fuego y azufre era eterno y duró más que el de ellos.”

Estos predicadores fronterizos estaban profundamente consagrados al Señor y a la causa Bautista, y tenían una

visión de la grandeza que un día coronaría el testimonio Bautista en Texas. En el 50º aniversario de la primera asociación Rufus Burleson dijo en un sermón ante la convención Bautista:

Si nuestros hermanos, con apenas 3 iglesias pequeñas, 3 predicadores y 92 miembros, rodeados por 8 millones de mexicanos y 60,000 indígenas hostiles, aumentaron el 2,000 por ciento en 50 años, ¿qué podremos hacer para el año 1940? ¿No podremos establecer una iglesia Bautista y una escuela dominical en todo barrio en Texas, y cubrir el planeta entero con misioneros Bautistas de Texas?

¡Eso es visión! Y fue visión que se tornó en realidad.

Los predicadores en la frontera se dedicaron a la cooperación. Se daban cuenta de que la obra era tan grande que se podría lograr sólo si trabajaban juntos y respaldaban unos a otros. Así, con gran lealtad y devoción, trabajaban por la causa común del reino de Cristo.

Siempre había necesidad de más pastores y predicadores para ministrar a la rápidamente creciente población de Texas; y por eso los predicadores existentes convinieron en animar a los hombres más talentosos de las iglesias a dedicar sus vidas al ministerio de la predicación, y a veces los agujijoneaban para que lo hicieran.

En su libro *Flowers and Fruits in the Wilderness*, (*Flores y Frutos en el Desierto*), Z. N. Morrell escribió:

Los hombres que se dedican al ministerio en Texas, según lo que he observado, han sido muy parecidos a los caballos. Ocasionalmente he encontrado a alguno que necesita freno y riendas en medio de su ansiedad febril por salir corriendo a tontas y a locas, sin importarle el decoro o las consecuencias. Hay otros a los que se les debe

hincar las espuelas, y a veces darles un aguijonezo para que avancen.³

De J. G. Thomas, quien se sintió llamado a predicar, pero debido a que era tímido detestaba incluso orar en público, Morrell dijo: “Aquí tenemos a un hombre al que no sólo había que animarlo, sino que a fin de cuentas tuve que poner bajo el látigo y las espuelas, antes de que pudiera tomar su lugar en el equipo y hacer su parte para arrastrar la pesada carga.”

Otro predicador que necesitó que le hinquen las espuelas fue el abogado Richard Ellis, que una vez asistió a un culto donde estaba predicando el juez R. E. B. Baylor, en cuyo honor se puso nombre a la Universidad Baylor. En ese entonces Baylor era juez de distrito, y más tarde llegó a ser juez en la Corte Suprema de la nueva República de Texas. Baylor servía en el tribunal durante el día y predicaba por las noches. Se dice que Baylor, al terminarse un culto pidió que Ellis guiara en oración. Ellis lo hizo con tal sentimiento y pasión que Baylor inmediatamente dejó el púlpito, se acercó a Ellis, le tomó la mano y con lágrimas en los ojos le dijo: “¿Por qué no predicas?” Ellis rompió a llorar, diciendo: “Salí huyendo de Virginia para no predicar.” Baylor repuso: “Ya has estado huyendo del Maestro lo suficiente; obedece el llamamiento divino que tienes, toma tu cruz y predica a Jesús a los perdidos y a un mundo en ruinas.” Ellis aceptó el reto y llegó a ser uno de los predicadores más eficaces de Texas.

Tan importantes eran los ministros que cuando la primera asociación adoptó sus Artículos de Fe incluyeron en el documento un artículo referente a los ministros: “Cree-mos que mientras el deber del Ministro es dedicarse a la obra del Ministerio, es deber de la iglesia contribuir para él de su substancia terrenal para su sostenimiento y el de su familia” (Artículo 10).

En ese entonces los ministros tenían que dedicarse a la obra del ministerio, y la misma necesidad existe hoy. La iglesia no tiene que ser un centro de espectáculos artísticos, ni una concentración de arenga religiosa. Simplemente tiene que ser la iglesia. De igual manera, el ministro no tiene que ser un comediante o animador de circo de tres pistas. Simplemente debe dedicarse a la obra del ministerio.

Pero, ¿qué es eso? ¿Qué puede una iglesia esperar razonablemente de su pastor? Mirando al apóstol Pablo como nuestro modelo podemos aprender tres características de un buen ministro.

- Debe predicar fielmente el evangelio.
- Debe amar sinceramente a las personas.
- Debe poner su fe en práctica consistentemente.

Sea una Voz, No un Eco

El primer deber del ministro es predicar fielmente el evangelio. El apóstol Pablo dijo que predicaba el evangelio claramente, con valentía y fielmente (1 Tesalonicenses 2:1-2, 4). Ese es el sagrado deber de todo predicador, porque le agradó a Dios salvar por la predicación a los que creen. Estar entre Dios y las masas y predicar la palabra es una responsabilidad que asombra y humilla, pero los predicadores tienen que hacerlo por compulsión, no por elección. Como Pablo dijo: “¡Ay de mí si no predico el evangelio!” (1 Corintios 9:16).

Así que, ¿cómo predicaban nuestros antepasados? Predicaban con humildad. En 1848, cuando se reunió la primera convención Bautista de Texas, el predicador seleccionado para predicar el sermón anual, declinó a último minuto. La convención entonces acudió al predicador alterno, quien también declinó. Uno tras otro igualmente declinaron todos a los que se les pidió. Finalmente Z. N. Morrell aceptó el reto, diciendo: “No tengo ninguna reputación que

defender.” Así, sin ninguna noticia previa, predicó un entusiasmante mensaje.⁴

Predicaban bíblicamente. Para ellos la Biblia era la palabra de Dios inspirada, autoritativa y suficiente. Las promesas de Dios son firmes en su palabra; no en nuestras opiniones o ideas, sino en su palabra. No somos nosotros los que cambiamos la palabra de Dios; es la palabra de Dios lo que nos cambia. No tenemos que defenderla, sino simplemente predicarla.

Predicaban con sencillez. Z. N. Morrell fue tal vez el predicador más eficaz de los primeros que llegaron a Texas. Hablaba siempre yendo al grano y sin cortapisas. Lo que se dijo de otro bien de podría haber dicho de él: “Nunca la pura verdad fue dicha más sencillamente por un hombre sencillo.” Nadie puede proyectar al mismo tiempo la idea de ser brillante y de que Jesús es poderoso para salvar.

Predicaban con valentía. Los primeros tejanos llamaban “cabeza de latón” a los predicadores que sacrificaban los principios en aras de la popularidad. Siendo un metal suave y que se abolla fácilmente sin romperse, el latón era una descripción apropiada para el predicador que era blando lo suficiente como para dejarse abollar por el martillo de la popularidad.

La tentación de actuar para el público, de complacer a la multitud, siempre es una seducción para el predicador. Como alguno dijo: “Soy responsable por el culto en la iglesia. Se me paga para asegurarme de que todo brille, y fluya, y de no pisar ningún callo.” Esa es una asignación muy dura, y si se la lleva a extremos, diluye la adoración convirtiéndola en un espectáculo vano.

Sea una voz, no un eco. Sea una luz, no un reflejo. Predique con valentía.

Predicaban con pasión. De Noah Hill se decía que:
 . . . su cabeza estaba llena de agua y sus ojos de lágrimas. Predicaba con celo y fervor. Lloraba a mares por los pecadores perdidos. Los que le oían

en una de sus exhortaciones maestras jamás podían olvidarlo. Era sólido en la doctrina y presentaba con poder sus conclusiones. Grandes números se arrepintieron por sus invitaciones. Predicaba al corazón.

De William Tryon se decía que a menudo la emoción hacía aflorar lágrimas a sus ojos.

Es de esperarse que nosotros no estemos muy lejos de eso. Si Jesús lloró por la “perdición” de Jerusalén, nosotros de seguro también podemos llorar por la perdición de nuestra propia ciudad. Si nunca lloramos por los perdidos es dudoso que veremos a muchos de ellos siendo salvados. La Biblia nos recuerda: “El que llorando esparce la semilla, cantando recoge sus gavillas” (Salmo 126:6). Cuando se trata de almas, las lágrimas a menudo preceden a la cosecha.

Finalmente, lo más importante es que predicaban a Cristo. El texto bíblico del primer sermón de Rufus Burleson fue: “Me propuse más bien, estando entre ustedes, no saber de cosa alguna, excepto de Jesucristo, y de éste crucificado” (1 Corintios 2:2). Otro de los primeros predicadores de Texas, William Tryon, a menudo martillaba que el predicador debe pararse detrás de la cruz y nunca dejar que se le vea ni siquiera un dedo.

Esa es la tarea primordial del predicador en cualquier época. Gordon MacDonald dijo una vez: “Mientras más años tengo, más me doy cuenta de que mi sola misión es llevar a las personas a Jesús y dejarlas allí.” Nuestras vidas se hacen mucho más sencillas cuando nos percatamos que Jesús es el enfoque de todo lo que hacemos.

No Somos Llamados a Ser Sensacionales, Sino a Servir

Segundo, el ministro debe amar sinceramente a las personas. El apóstol Pablo dijo de su ministerio que era como

una madre que amamanta y que cuida tiernamente a sus hijos, o como el padre que los guía con gentileza (1 Tesalonicenses 2:7-11). Claramente las palabras de Pablo hablan de una relación de amor que existe entre el pastor y su pueblo.

En esto de ser pastor hay más que simplemente predicar, pero es todo lo que algunos pastores quieren hacer, y dicen que no celebrarán funerales, ni bodas, ni visitarán en los hospitales ni dedicarán tiempo para aconsejar. Francamente, una persona con una actitud así no tiene ningún lugar en el ministerio.

Uno de los primeros misioneros Bautistas en Texas, William Tryon, era graduado de la Universidad Mercer, fue uno de los principales fundadores de la Universidad Baylor, y era un predicador poderoso y pastor muy cariñoso. Durante su pastorado en la First Baptist Church de Houston la iglesia creció hasta tener más de cien miembros, cantidad extraordinariamente grande para esos días. Cuando la fiebre amarilla azotó la ciudad, Tryon podía haber salido de Houston, y haber salvado su vida, pero escogió quedarse entre las personas que amaba y que le amaban, a pesar del peligro. En noviembre de 1847 Tryon murió de fiebre amarilla, a los 38 años.

Un ministerio exitoso no sucede porque sí; cuesta, pero no se lo paga al contado. Un ministerio exitoso cuesta pagos a plazos, en servicio diario, y mientras más cuesta, más eficaz resulta.

Dios no llama a los pastores a ser sensacionales; los llama a ser siervos. Esto quiere decir que los pastores deben estar entre la gente ministrando a sus necesidades. Después de un tiempo el pastor debe oler como sus ovejas.

“¡Denme a Texas para Cristo o me Muero!”

Finalmente, el buen ministro debe poner en práctica su fe consistentemente. El apóstol Pablo decía a los de

Tesalónica que no había usado de engaño, ni motivos impuros, ni inmoralidad ni avaricia cuando trabajó entre ellos (1 Tesalonicenses 2:3). Su vida reflejaba integridad.

Los falsos ministros y charlatanes eran uno de los mayores obstáculos al principio en Texas, porque hacían desviarse a la gente y vivían en pecado. Los primeros líderes Bautistas, en consecuencia, organizaron un “comité de vigilancia” para prevenir que los impostores se ganen la confianza de la gente en el ejercicio de las funciones ministeriales. Con la intención de proteger a las iglesias contra los hombres sin ética, el comité sugirió que a nadie se le debía permitir ocupar el púlpito mientras no diera clara evidencia de no ser un impostor. Los miembros del comité estaban convencidos de que los ministros deberían tener “buen testimonio entre los de afuera.”

Z. N. Morrell fue el epítome de la integridad. Una vez cuando trabajaba con un grupo de agrimensores tuvo que viajar con un compañero hacia el oeste de Corpus Christi en una expedición exploradora. De repente se toparon con doce indígenas a caballo y vestidos con atuendos de guerra. Dando la vuelta huyeron en dirección a un bosque cercano, sabiendo que los árboles ofrecían mejor protección. La carrera era pareja, pero tan pronto como llegaron a los árboles se apearon de sus caballos y se prepararon para disparar. Tan pronto como sacaron sus armas, los nativos se pusieron detrás de sus caballos, dejando expuestos nada más que un brazo y una pierna, y se alejaron a galope fuera del alcance de las escopetas. Entonces Morrell volvió a montar y dio unos pasos entre el bosque gritando, parte en inglés y parte en español, como si estuviera dando órdenes a toda una compañía que saliera y atacara a los indígenas, dando la impresión de que había ayuda cerca. Los nativos se alejaron a galope.

Se dice que Morrell comentó:

No pude quedarme tranquilo. En medio del peligro había hecho una representación falsa,

haciendo creer a los nativos que había hombres cerca, cuando no había nadie en seis millas a la redonda. No mentirse unos a otros es un mandamiento claro, y sin lugar a dudas yo había dicho deliberadamente una falsedad. Mis compañeros desde ese momento y en adelante se divertían de lo lindo rememorando la escena; pero la falsedad que dije siempre arrojó una sombra en mi mente. Nuestras vidas fueron preservadas, a pesar de todo, y espero que en respuesta a mi oración Dios me ha perdonado el pecado que cometí al atravesar esa aterradora prueba.⁵

Vance Havner dijo una vez: “Dios está buscando hoy hombres que estén callados lo suficiente como para recibir su mensaje, que tengan suficiente valor como para predicarlo, y honestos lo suficiente como para vivirlo.” Eso describe a Z. N. Morrell y a muchos otros predicadores pioneros.

Rufus Burleson, dos veces presidente de la Universidad Baylor, vino a Texas en 1848. Se había graduado de un seminario en Kentucky un año antes. Mientras sus compañeros se consagraban a varios campos misioneros, él levantó su cara de niño hacia el cielo, estiró ambos brazos hacia el oeste, y exclamó: “Ese día consagro mi vida a Texas.” La salvación en el estado fronterizo de Texas le había preocupado desde sus años en la universidad. No vino a Texas para ser educador; vino a predicar, a ganar al nuevo estado para Cristo. Cuando llegó a Galveston en enero de 1848 cayó de rodillas sobre la playa y oró: “Oh Dios: dame a Texas para Cristo, o me muero.” Esa es la clase de ministros de pasada generaciones que hicieron de Texas un gran estado Bautista; y es la clase de ministros que se necesita para las generaciones futuras.

Capítulo 14



Las Últimas Cosas

Artículos de Fe - 1840

Creemos en la perseverancia de los santos por gracia y a gloria, en un juicio general, y en la resurrección de los justos e injustos, y que la felicidad de los justos y el castigo de los malos serán eternos. (Artículo 11)

Los Últimos Días

2 Timoteo 3:1-14

La Biblia es un libro que habla del tiempo, desde los primeros días hasta los últimos. Los primeros días tienen que ver con la creación de todas las cosas. Los últimos días tienen que ver con la consumación de todas las cosas, ese evento final hacia el cual se mueve toda la creación.

Irónicamente nunca estamos satisfechos con lo que Dios nos dice, ni de los primeros días, ni de los últimos. Siempre queremos saber más de lo que él ha escogido revelar.

El relato bíblico de los primeros días nos narra brevemente la creación de todas las cosas. En apenas un capítulo de apenas 31 versículos, en el libro de Génesis, Dios nos dice que creó todas las cosas separadas y distintas, empezando con las más pequeñas y avanzando hasta las más grandes, y que el hombre es la corona de su creación.

La mayoría de personas nunca se quedan satisfechas con los resúmenes que nos da Dios. Por ejemplo, el arzobispo James Usher (1581-1656) empezó con la primera fe-

cha conocida de la Biblia, retrocedió por las genealogía que menciona la Biblia, y concluyó que la creación tuvo lugar en el año 4004 a. C. Basó sus suposiciones en varias presuposiciones: que la Biblia incluye a todas las generaciones que jamás han habido, que los antiguos medían el tiempo igual que nosotros (nuestro calendario no surgió sino en el año 46 a. C.), y que la palabra hebrea para día (*yom*) equivale a un período de 24 horas. Insatisfecho, el obispo John Lightfoot (1602-1675) calculó que la creación ocurrió en la semana del 18 al 24 de octubre, y dijo que Adán fue creado el viernes 23 de octubre, a las 9:00 a.m.

Si no estamos satisfechos con las palabras de Dios en cuanto a los primeros días, hemos sido incluso más renuentes para aceptar sus palabras sobre los últimos días. Catorce veces en las Escrituras Dios habla de los últimos días, o sea, el tiempo cuando el Señor Jesús va a regresar, cuando los muertos van a ser resucitados, el mundo será juzgado y empezará el orden eterno FINAL. Dios no da ningún indicio de querer decirnos los detalles de esos eventos, cuándo van a suceder o cómo van a suceder, sino que simplemente nos dice que van a suceder.

Insatisfechos con las generalidades, muchos han inventado varias teorías de cómo van a suceder estas cosas. Tomando versículos bíblicos aquí y allá, y uniéndolos como si fueran un gigantesco rompecabezas, han tratado de pintar un cuadro completo y detallado de los eventos venideros. El problema es que algunas de las piezas están faltando. Así, con imaginaciones vívidas e ideas preconcebidas, la gente ha tratado de llenar las brechas en cuanto a los eventos y cómo se desarrollarán. Esto ha resultado en confusión interminable y más división en cuanto a estas ideas que respecto a cualquier otra enseñanza bíblica. Como Robert Klause lo dijo, este tema ha sido “el más divisivo en la historia cristiana reciente.”

Con respecto a lo que creen en cuanto a los últimos días, los Bautistas no concuerdan respecto a ninguna de

las teorías que han aparecido. George W. Truett, tal vez el más grande pastor Bautista, era postmilenialista. Billy Graham, nuestro más grande evangelista, es premilenialista. Hershel H. Hobbs, nuestro más grande pastor y teólogo, era amilenialista.

Todos estos hombres creían que la Biblia es la palabra de Dios inspirada, autoritativa y suficiente, pero la interpretaban en forma diferente. Tomás Jefferson dijo una vez: “Buenas personas con buenas intenciones y los mismos hechos, no siempre concuerdan.” Eso nunca ha sido más cierto que cuando se trata de los últimos días.

Obviamente que Cristo no quiso que tengamos todos los detalles de los eventos futuros, porque de haberlo querido nos los habría dado en forma clara. Pero sí nos dio todo lo que necesitamos saber. Así que en lugar de especular y fabricar, debemos concentrarnos en las cosas básicas, lo que sabemos con certeza y las cosas en las que concordamos. Hay por lo menos cinco:

- Cristo vuelve.
- La resurrección y el rapto siguen luego.
- El juicio es seguro.
- Las personas pasarán la eternidad en el cielo o en el infierno.
- El pueblo de Dios será preservado en el fin.

No le Hemos Visto por Última Vez

Primero, Jesús vuelve otra vez. Hay algo cierto: el mundo no ha visto al Señor por última vez. Tenemos su palabra en esto. En Juan 14 Jesús trata de consolar a sus discípulos después de haberles anunciado su muerte cercana, y les dice que no se turben. Explica que en la casa del Padre hay campo para todos, y que él va a prepararles lugar. Luego les dice claramente: “vendré para llevármelos conmigo. Así ustedes estarán donde yo esté” (Juan 14:3).

Nosotros tenemos una promesa igual de clara, dada por el ángel del Señor. Después de que Jesús fue crucificado, sepultado y resucitado de los muertos, ascendió al cielo. Un ángel les dijo a los discípulos que estaban contemplando a Jesús cuando ascendía: “—Galileos, ¿qué hacen aquí mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido llevado de entre ustedes al cielo, vendrá otra vez de la misma manera que lo han visto irse” (Hechos 1:11).

La Biblia nos dice que su regreso será súbito, “como un ladrón en la noche” (2 Pedro 3:10). Será triunfante. La primera vez vino en humildad; la segunda vez vendrá en su gloria. La primera vez vino para sufrir; vendrá la segunda vez para reinar. La primera vez vino para salvar; la segunda vez viene para juzgar (2 Tesalonicenses 1:7-9). Y su retorno será personal. “Este mismo Jesús . . . vendrá otra vez” (Hechos 1:11).

No sabemos exactamente cómo va a venir, ni necesitamos saberlo. Les dijo a sus discípulos que le preguntaban: “—No les toca a ustedes conocer la hora ni el momento determinados por la autoridad misma del Padre.” (Hechos 1:7). Esto debería silenciar a todos los especuladores. Lo que sí nos dice es que debemos estar listos para cuando él venga, y mientras tanto ocuparnos hasta que él venga.

Anímense Unos a Otros con Estas Palabras

Segundo, cuando él venga luego tendrán lugar la resurrección y el raptó. Mientras estaba en Tesalónica el apóstol Pablo le había hablado a la iglesia que los creyentes serían arrebatados para ir a estar con el Señor cuando él regrese. En los días que siguieron algunos creyentes habían muerto y habían sido sepultados. Los vivos se preocuparon por esos creyentes muertos. ¿Qué parte tendrían en el gran esquema divino de las cosas? ¿Participarían ellos de ese gran evento?

En respuesta a sus preguntas Pablo les escribió:

Conforme a lo dicho por el Señor, afirmamos que nosotros, los que estemos vivos y hayamos quedado hasta la venida del Señor, de ninguna manera nos adelantaremos a los que hayan muerto. El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego los que estemos vivos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire. Y así estaremos con el Señor para siempre (1 Tesalonicenses 4:15-17).

Pablo habla aquí sólo de la parte que los creyentes tendrán en este gran evento, pero claramente bosqueja los eventos en su orden:

- Cristo regresa.
- Los muertos resucitarán.
- Los creyentes vivos serán arrebatados sin tener que atravesar el proceso de la muerte.
- Estaremos para siempre con el Señor.

Pablo ni siquiera intenta decirnos qué parte jugarán los incrédulos en este drama divino, pero lo que nos dice debe ser una fuente de gran aliento para todos los creyentes.

No todos creen en la resurrección corporal de los muertos. Algunos creen en la aniquilación; es decir, que cuando las personas mueren dejan de existir totalmente. Otros más creen en la reencarnación, o sea, que después de la muerte la persona vuelve a la tierra como otra criatura. Pero en las enseñanzas de Jesús es central que nuestros cuerpos serán un día resucitados de la tumba y que tendremos una existencia corporal en la eternidad.

Esperando el Día de Pago

Uno de los eventos que tendrá lugar cuando Cristo regrese es el juicio. Aunque la Biblia enseña que creyentes y no creyentes serán juzgados por igual, en esta edad de creyentes fáciles la idea del juicio no es popular. Sin embargo la Biblia es clara: “Porque es necesario que todos comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba lo que le corresponda, según lo bueno o malo que haya hecho mientras vivió en el cuerpo” (2 Corintios 5:10).

Usted tal vez pregunte: si la salvación es por gracia mediante la fe y no por obras, ¿por qué razón Dios va a juzgarnos por nuestras obras? El propósito de este juicio no es determinar el destino de la persona. Esto quedó determinado por si creyó o no en Jesucristo como Salvador y Señor. El propósito de ese juicio es determinar la recompensa de esa persona en ese destino.

Somos salvados por fe. Seremos recompensados según nuestras obras. El juicio no comprenderá una obra sola, sino que se tomarán en cuenta múltiples factores.

Seremos juzgados por las cosas ocultas de nuestras vidas (1 Corintios 3:13). Esto a la vez nos aterra y nos da seguridad, porque no sólo quedará expuesta la hipocresía, sino también serán vindicados los que han sido acusados falsamente. Las cosas ocultas se destacarán bajo la luz blanca de la presencia santa de Cristo.

Seremos juzgados por la ley de Dios escrita en nuestros corazones (Romanos 2:15-16).

Seremos juzgados por nuestro conocimiento de la verdad (Lucas 12:48).

Seremos juzgados por las oportunidades que nos fueron concedidas (Mateo 11:21-22; 2 Pedro 2:21).

Seremos juzgados por nuestras palabras (Mateo 12:37).

Seremos juzgados por las mismas normas que usamos para juzgar a otros (Mateo 7:1-2).

Seremos juzgados por la manera en que tratamos a otros, sea con bondad, compasión o indiferencia (Mateo 10:42; Mateo 25:31-46). Alguien dijo en son de broma: “Lo que más temo es estar en fila detrás de Guillermo Wallace en el juicio final, y oír que Dios le dice: ‘¿Sabes? Deberías haber hecho más.’”

¿Habrá un juicio, o dos, o tres? ¿Quién lo sabe a ciencia cierta? ¿Importa en realidad? Todos quedaremos incluidos de una forma u otra, y en uno de ellos u otro. Lo importante es estar preparados para cuando quiera que ocurra y como quiera que ocurra. Una cosa es cierta: el juicio divino será justo. Nadie podrá decir: “No es justo; no es esto lo que me merezco.”

La Gran División

Cuarto, las personas irán a su recompensa eterna, bien sea en el cielo o en el infierno. No hay equívoco de que Jesús creía y enseñaba que hay un infierno, un lugar de sufrimiento, un lugar de recuerdos, de desesperanza, y sin escape (Lucas 16:19-31).

Vance Havner decía que su padre se convirtió por la predicación de un sermón espeluznante que le asustó hasta los huesos. Luego añadía: “En estos días se resta importancia a esa predicación. Pero es mejor asustar a los hombres para que vayan al cielo que arrullarlos mientras se dirigen al infierno. ¡Es mejor recibir un sacudón que un soporífero!”

Igual de seguro que hay un infierno, también hay un cielo. Abraham era un nómada que vivía en tiendas. Lo único que sostenía sus tiendas eran estacas que clavaba en la arena, y temporales en el mejor de los casos. Impulsado por la fe, miraba a la ciudad que tiene cimientos sólidos, y cuyo constructor y arquitecto es Dios (Hebreos 11:10). Miraba hacia un hogar permanente.

En Apocalipsis 22 Juan nos describe ese hogar permanente. En el cielo no habrá más mar, es decir, nada que separe. No habrá lágrimas, o sea, nada que entristezca. No habrá muerte, es decir, nada que aflija. No habrá dolor, o sea, nada que haga sufrir. No habrá noche, o sea nada que asuste. El cielo es el hogar de los redimidos.

Conservados, pero No En Conserva

Finalmente, el pueblo de Dios perseverará. Perseverarán hasta el fin. “El que se mantenga hasta el fin será salvo” (Mateo 24:13; Marcos 13:13; Hechos 15:11). El Espíritu de Dios viene a vivir en nosotros cuando creemos, y esa presencia nos permite perseverar y nos guarda seguros hasta el fin. “A quienes el poder de Dios protege mediante la fe hasta que llegue la salvación . . .” (1 Pedro 1:5).

Los dos versículos finales del penúltimo libro de la Biblia afirman esta gran seguridad:

¡Al único Dios, nuestro Salvador, que puede guardarlos para que no caigan, y establecerlos sin tacha y con gran alegría ante su gloriosa presencia, sea la gloria, la majestad, el dominio y la autoridad, por medio de Jesucristo nuestro Señor, antes de todos los siglos, ahora y para siempre!
Amén (Judas 24-25).

No sólo que somos salvados por gracia y sustentados por gracia, sino que la gracia nos guarda seguros.

Lo más importante no es que entendamos todo lo que va a suceder en los últimos días. Lo importante es estar listos para los últimos días poniendo nuestra fe y confianza en Jesucristo, que nos mantengamos ocupados sirviéndole, que perseveremos creciendo en su semejanza, y que tratemos de ganar a todos los que podamos para que confíen y pongan su fe en él. Alguien dijo una vez: “Vive tu vida de modo que cuando te toque morir, eso sea lo único

que tienes que hacer.” Si usted pone su fe y confía en Jesucristo, si le sigue, le obedece y le sirve por el resto de sus días, entonces cuando le llegue el momento de morir *eso será todo lo que le resta por hacer*. Entonces los últimos días serán los mejores para usted. De eso estoy seguro.

Notas

Capítulo Dos

1. Paul Leicester Ford, "Franklin's Religion," *The Century Magazine*, febrero de 1899, 502.
2. Eric W. Gritsch, "The Diet of Worms," *Christian History* 9, no. 4 (1990): 37.

Capítulo Cuatro

1. William R. Adell, traductor; letra en inglés, F. M. Lehman, basado en *Akdmut Millin* de Meir ben Isaac Nehorai, 1050, © 1945, Casa Nazarena de Publicaciones.
2. Will Campbell, "There is Hope," *Christian Ethics Today*, junio de 1995, 15.

Capítulo Cinco

1. Georgia J. Burleson, *The Life and Writings of Rufus C. Burleson* (Waco, Texas: Compilado y publicado por la autora, 1901), 226.
2. *Christianity Today*, 9 de diciembre de 1996, 36.
3. Fred B. Craddock, *Craddock Stories*, ed. Mike Grave y Richard F. Ward (St. Louis: Chalice Press, 2001), 14.

Capítulo Seis

1. Herschel Hobbs, *The Baptist Faith and Message*, ed. rev. (Nashville: Convention Press, 1971), 13.

Capítulo Siete

1. George W. Truett, *God's Call to America* (New York: George H. Doran Company, 1923), 33.
2. Donald Macleod, "Wonderful Words of Life," *Best Sermons I*, ed. James W. Cox (San Francisco: Harper and Row, 1988), 346-47.
3. Clyde E. Fant, Jr. y William M. Pinson, Jr., "William Edwin Sangster," *Twenty Centuries of Great Preaching*,

13 vols. (Waco, Texas: Word Books Publisher, 1971), 11:335.

Capítulo Diez

1. Z. N. Morrell, *Flowers and Fruits in the Wilderness*, 3a. ed. (St. Louis: Commercial Printing Company, 1872), 193.
2. Jesse C. Fletcher, *The Southern Baptist Convention* (Nashville: Broadman and Holman Press, 1994), 51.
3. Leon McBeth, *Texas Baptists: A Sesquicentennial History* (Dallas: BAPTISTWAY PRESS, 1998), 46.
4. Donald Macleod, "Christmas: Fantasy or Fact?" *Pulpit Digest*, noviembre y diciembre de 1984, 6.

Capítulo Once

1. McBeth, 49.

Capítulo Doce

1. *Decision Magazine*, octubre de 1965, 4.
2. Hazel Felleman, ed., *The Best Loved Poems of American People* (Garden City, New York: Garden City Publishing Company, 1936), 296.

Capítulo Trece

1. Morrell, 19.
2. McBeth, 20.
3. Morrell, 128.
4. McBeth, 44.
5. Morrell, 49.

Bibliografía Selecta, en Inglés

- Austin, Bill. *Austin's Topical History of Christianity*.
Wheaton, Illinois: Tyndal Publishing House, Inc.,
1987.
- Baker, Eugene W. *A Nobler Example: A Pen Picture of
William M. Tryon, Pioneer Texas Baptist Preacher and Co-
Founder of Baylor University*. Waco, Texas: Baylor
University Press, 1985.
- Baker, Eugene W. *In His Traces: The Life and Times of
R.E.B. Baylor*. Waco, Texas: Baylor University Press,
1996.
- Baker, Eugene W. *Nothing Better Than This: The Biography
of James Huckins, First Missionary to Texas*. Waco, Texas:
Baylor University Press, 1985.
- Baker, Robert A. *The Blossoming Desert*. Waco, Texas:
Word Books Publisher, 1970.
- Baker, Robert A. *The Southern Baptist Convention and Its
People*. Nashville: Broadman Press, 1974.
- Burleson, Georgia J. *The Life and Writings of Rufus C.
Burleson*. Waco, Texas: Compilado y publicado por
Georgia J. Burleson, 1901.
- Elliot, L. R., ed. *Centennial Story of Texas Baptists*. Dallas:
Baptist General Convention of Texas, 1936.

- Estep, William R. *Why Baptists?* Dallas: Baptist Distinctives Committee of the Baptist General Convention of Texas, 1997.
- Fletcher, Jesse C. *The Southern Baptist Convention, A Sesquicentennial History*. Nashville: Broadman & Holman Publishers, 1987.
- James, Marquis. *The Raven*. Austin, Texas: University of Texas Press, 1929.
- Lefever, Alan J. *Fighting the Good Fight: The Life and Works of Benajah Harvey Carroll*. Austin: Eakin Press, 1994.
- McBeth, H. Leon. *Texas Baptists: A Sesquicentennial History*. Dallas: BAPTISTWAY PRESS, 1998.
- Morrell, Z. N. *Flowers and Fruits in the Wilderness*. St. Louis: Commercial Printing Company, 1872.
- Murray, Lois Smith. *Baylor at Independence*. Waco, Texas: Baylor University Press, 1972.
- Pinson, William M., Rosalie Beck, James Semple, y Ebbie Smith. *Beliefs Important to Baptists*. Dallas: BAPTISTWAY PRESS, 2001.
- Torbet, Robert G. *A History of the Baptists*. Valley Forge, Pennsylvania: Judson Press, 1950.
- Wood, Presnall H., and Floyd W. Thatcher. *Prophets With Pens*. Dallas: Baptist Standard Publishing Company, 1969.

Apéndice

Este apéndice contiene una traducción de los documentos que resultaron de la reunión celebrada en 1940, de organización de la primera asociación Bautista de Texas, la Union Baptist Association, según aparecieron impresos en el Telegraph Press, Houston, Texas, ese mismo año.

Los documentos que se hallan en el folleto se incluyen en el apéndice en el siguiente orden:

Cubierta

Actas de la Union Baptist Association

Artículos de Fe

Carta de Derechos Inalienables

Constitución

Reglas de Decoro

Tabla de Pastores, Diáconos, Secretarios, Iglesias, etc.

Carta Circular

En esta traducción se ha hecho todo lo posible por preservar el fraseo, estilo y forma de los documentos originales en inglés.

ACTAS

de la

PRIMERA SESIÓN

de la

UNION BAPTIST ASSOCIATION

EMPEZADA Y CELEBRADA

en la

CIUDAD DE TRAVIS,

EN TEXAS OCCIDENTAL,

8 de OCT.

1840.



HOUSTON:
TELEGRAPH PRESS.

.....

1840.



ACTAS

DE LA

UNION BAPTIST ASSOCIATION.

Los mensajeros de las varias iglesias se reunieron en Travis, en la República de Texas, el día 8 de octubre, en el año de nuestro Señor de 1840, con el propósito de organizar esta Asociación.

Por moción del Hermano Trimier, el Hermano T. W. Cox fue llamado a la Presidencia.

Por moción del Hermano Cleveland, al Hermano Collins se le pidió que actúe como Secretario.

Por moción del Hermano Davis la reunión se dio por terminada hasta el día siguiente, viernes, a la 1 en punto P.M.— oración de clausura por el Hermano Baylor.

Viernes, 9 de octubre, la reunión dio comienzo según lo acordado; oración de apertura por el Hermano Cox. Se recibieron y leyeron cartas de varias iglesias, se anotaron los nombres de sus mensajeros inscritos y su condición según se exhibe en las partes posteriores de estas Actas, (véase tabla).

La Asociación entonces procedió a la elección de sus oficiales, por papeletas. Como resultado el Rvdo. T. W. Cox fue escogido Moderador, el Rvdo. R. E. B. Baylor, Secretario de Correspondencia, y J. W. Collins, Secretario.

Por moción el Moderador entonces procedió a leer la Constitución y los Artículos de Fe que fueron previamente ratificados por las iglesias, para la formación y gobierno de esta Asociación.

Por moción se resolvió que se nombre un Comité de tres personas para redactar las Reglas de Decoro para el gobierno de este cuerpo; resultando que los Hermanos Baylor, Cleveland y Trimier, fueron nombrados para el susodicho Comité.

Por moción se resolvió que se nombre un comité de tres personas para arreglar los asuntos de la Asociación, resultando que los Hermanos Davis, Hall y Baylor, fueron nombrados para el susodicho Comité.

Por moción los Hermanos Trimier, Harvey y Collins fueron nombrados como Comité del Servicio Divino.

Por moción del Hermano Trimier se resolvió que el Hermano Tate sea recibido como representante de la iglesia de Independence, en consecuencia de la ausencia de dos de sus representantes. Los Hermanos Davis y Tate fueron nombrados como Comité de Finanzas.

Por moción del Hermano Baylor la Asociación se despidió hasta el día siguiente, sábado, a las ocho y media A.M.; cerrando en oración el Hermano Davis.

Sábado, octubre día 10, la Asociación se reunió según lo acordado, abriendo en oración el Hermano Cox. Corrida la lista parece que todos los representantes estaban presentes. El Moderador pidió informes de los varios Comités.

El Comité de arreglos presentó su informe, que fue recibido, y el Comité disuelto.

El comité de reglas de decoro también presentó su informe, que fue recibido, y el Comité disuelto.

Por moción se resolvió que se instruya al Secretario de Correspondencia que lleve la correspondencia con cualquiera de las Asociaciones o Sociedades religiosas

de los Estados Unidos del norte, y especialmente aquellas con las que cualquier miembro de este cuerpo solicite correspondencia.

Las siguientes resoluciones fueron presentadas por el Hermano Baylor y adoptadas.

1º. Se Resuelve que se pida a las varias Iglesias Bautistas en todo el oeste de Texas que examinen con oración y atención los Artículos de Fe adoptados por esta Asociación, y que sugieran a este cuerpo de tiempo en tiempo las enmiendas o alteraciones que consideren apropiadas y consistentes con la palabra de Dios según está contenida en las Sagradas Escrituras.

2º. Se Resuelve que esta Asociación recomiende de la manera más ferviente y solemne a los miembros de las varias iglesias Bautistas en todo el país la formación de Sociedades de Temperancia en sus vecindarios, para que el torrente de fuego líquido que ha desolado a otros países no calcine y seque a los futuros ciudadanos de esta joven e interesante República, y para llevar a la práctica esta resolución pedimos al Dios Todopoderoso que bendiga todo esfuerzo hecho en este sentido por los santos y las ofrendas filantrópicas.

3º. Considerando que algunas de las Iglesias Bautistas han malentendido un Artículo de Fe, relativo al libre albedrío del hombre, por consiguiente

Se Resuelve que es el sentir de esta Asociación que el pecador es regenerado sólo por la agencia Divina del Espíritu Santo del Dios Todopoderoso.

Las siguientes resoluciones fueron presentadas por el Hermano Cox y adoptadas:

4º. Considerando que creemos que el Antiguo y Nuevo Testamentos son la palabra de Dios, se Resuelve

por consiguiente, recomendar a los Miembros de esta Asociación, y a los hermanos en general, el estudio de las Escrituras.

Se resuelve además que recomendemos como la publicación más apropiada y útil de nuestra denominación "The Baptist Banner and Western Pioneer," publicado en Louisville, Kentucky, y que recomendemos al Hermano J. W. Cox, de Ruttersville, como Agente para Texas occidental.

5º. Se Resuelve que esta Asociación recomiende al Hermano R. E. B. Baylor, de Lagrange, como agente apropiado para administrar un Depósito de Libros y Tratados, y que se le pida que use sus esfuerzos para establecer tal Depósito de Libros y Tratados para atender las necesidades de nuestra denominación; se resuelve además que pidamos a las varias sociedades y amigos de los Estados Unidos del norte que nos den su ayuda en este importante trabajo, y que se pida al público lector en general, y a nuestros hermanos en particular, que respalden y apoyen el susodicho Depósito.

Por moción se resuelve que nuestra próxima reunión se celebrará en la Iglesia United Baptist Church of Christ ~~en~~ y que dicha reunión empezará el jueves antes del segundo domingo de octubre, 1841.

Por moción se resuelve que el Hermano R. E. B. Baylor sea nombrado para predicar un sermón introductorio, y que el Hermano James Huckins sea nombrado para predicar el sermón Asociacional en nuestra próxima reunión anual.

Por moción se resuelve que los Hermanos Z. N. Morrell, Wm. H. Cleveland, James S. Davis, el Hermano Yeaman de Montgomery, y el Hermano Andrews de Houston, sean nombrados como Comité Ejecutivo

y Junta Administrativa de esta Asociación.

Por moción se resuelve que el Hermano Hermano Jas. Hall sea nombrado Agente de Prensa, y que él pida al Tesorero suficientes fondos para pagar los gastos de imprimir trescientos ejemplares de las actas de esta Asociación.

Por moción se resuelve que nuestra primera reunión trimestral se realice en La Grange el viernes antes del cuarto domingo de diciembre; nuestra próxima reunión en Independence, el viernes antes del cuarto sábado de marzo; nuestra tercera reunión en Montgomery el viernes antes del tercer domingo de junio; nuestra cuarta en Travis, el viernes antes del segundo domingo de septiembre.

El Hermano Jas. L. Davis fue nombrado Tesorero de la Asociación.

El Comité de Finanzas presentó su informe y fue disuelto.

Por moción se pidió al Hermano Baylor que escriba un breve mensaje para adjuntar a estas actas.

Por moción se resuelve dar nuestras gracias al Dios de misericordias por la amabilidad manifestada por la buena gente vecina de esta Asociación durante su sesión.

Por moción se clausuró la Asociación *sine die*, concluyendo en oración por el Hermano Baylor.

T. W. COX , Moderador.

Doy fe, J. W. Collins, Sec.

ARTÍCULOS DE FE.

ART. 1. Creemos en la existencia de un Dios, y que hay una Trinidad de Personajes en la Deidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo; sin embargo no son tres Dioses, sino un solo Dios vivo y verdadero.

ART. 2. Creemos que las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamentos son reveladas por Dios, y que contienen el único sistema de fe y práctica.

ART. 3. Creemos en la doctrina de la soberanía de Dios y el libre albedrío del hombre como ser responsable.

ART. 4. Creemos que el hombre fue creado a imagen moral de Dios, fue colocado bajo la ley, pero por su transgresión voluntaria se puso a sí mismo y a su posteridad en un estado de pecado, y que por lo tanto está condenado a la muerte, temporal, moral y eterna.

ART. 5. Creemos que el hombre en su estado no regenerado está muerto es delitos y pecados, y que a pesar de todas sus cualidades naturales y afables, el amor de Dios está excluido de su corazón.

ART. 6. Creemos que Cristo murió por los pecadores y que el sacrificio que él hizo ha hecho honor a la ley divina a tal punto que hay abierto consistentemente un camino para todo pecador a quien el evangelio es enviado, y que nada excepto el rechazo voluntario del evangelio previene la salvación.

ART. 7. Creemos que las condiciones para la salvación son el arrepentimiento del pecado, fe en el Señor Jesucristo y obediencia a su palabra: y que la salvación en estos términos se ofrece libremente a todos; pero la depravación del hombre es tan profunda que ninguno los cumpliría si no fuera por la regeneradora gracia de Dios.

ART. 8. Creemos que Cristo dejó dos sacramentos para que la iglesia los observe: el bautismo y la Cena del Señor, y que los requisitos bíblicos para el bautismo son el arrepentimiento y la fe, y que se administra apropiadamente sólo por inmersión, y que el bautismo es requisito previo para la Cena del Señor.

ART. 9. Creemos que todas las cargas pecuniarias de la iglesia deben ser llevadas por todos, conforme a la capacidad que Dios ha dado.

ART. 10. Creemos que mientras el deber del Ministro es dedicarse a la obra del Ministerio, es deber de la iglesia contribuir para él de su substancia terrenal para su sostenimiento y el de su familia.

ART. 11. Creemos en la perseverancia de los santos por gracia y a gloria, en un juicio general, y en la resurrección de los justos e injustos, y que la felicidad de los justos y el castigo de los malos serán eternos.

T. W. COX, Moderador.

Doy fe, J. W. Collins, Sec.

CARTA DE DERECHOS INALIENABLES.

ART. 1. Toda iglesia es para siempre libre e independiente de todo poder eclesiástico formado por hombres en la tierra, siendo cada una la libre familia de Cristo.

Por consiguiente, toda ordenación y poder concedido por las Iglesias emanando como lo hacen, directamente de la iglesia, los que son de este modo ordenados o sobre quienes se confiere tal poder, deben ser obedientes para siempre.

ART. 2. Todo miembro tendrá para siempre pleno y libre derecho de ejercer su propia discreción en cuanto a contribuciones para misiones, benevolencia en general, etc., y en todo otro asunto que no lleve a la inmoralidad.

CONSTITUCIÓN.

ART. 1. El nombre y estilo de este cuerpo será "Union Baptist Association."

ART. 2. El objeto supremo y principal de esta Unión será promover un esfuerzo unido entre las iglesias y para extender y animar la predicación del evangelio puro dentro de los límites de esta Asociación, por todos los medios lícitos y razonables.

ART. 3. Cada Iglesia y miembro individual tendrá el privilegio de enviar sus contribuciones voluntarias a la Asociación, o al Comité Administrativo para la promoción de la predicación del evangelio y para los propósitos de benevolencia general.

ART. 4. Quedando toda iglesia o individuo miembro libre para contribuir o no a estos objetivos, éstos se sostendrán por consiguiente por las contribuciones voluntarias, y a ningún miembro se le obligará a contribuir por resoluciones o censura alguna.

ART. 5. Esta Asociación tendrá una reunión anual el jueves antes del segundo domingo de octubre, que continuará por cuatro días o más, en el lugar que la Asociación designe año tras año, proveyéndose que la primera reunión se celebre en Travis, o sus alrededores, el jueves antes del segundo domingo de octubre, A. D. 1840..

ART. 6. Se elegirán por votación secreta el primer día de cada reunión anual un Moderador, Secretario de Correspondencia y Secretario, quienes ocuparán esos cargos hasta que se elijan sus sucesores.

ART. 7. Habrá un Comité de seis personas nombradas en cada reunión anual, que con el Moderador, Secretario de Correspondencia y Secretario, formarán el Comité Ejecutivo, y Junta Administrativa de la Asociación, y ocuparán esos cargos hasta que se nombre a sus sucesores, cuyo deber será presentar a la Asociación un informe anual de todos los procedimientos.

ART. 8. Toda Iglesia tendrá derecho al siguiente número de representantes, es decir, las que tienen menos de veinticinco miembros, *tres* — las que tienen más de ese número y menos de cincuenta, *cuatro*, — las que tienen más de eso y menos de cien, *cinco*, y las que tienen más de cien, *seis*, hasta que el número total sea más de veinticinco, después de lo cual cada Iglesia será reducida en uno de esta proporción.

ART. 9. Esta Asociación puede celebrar reuniones diferidas en cualquier fecha y lugar.

ART. 10. El Comité Ejecutivo se reunirá trimestralmente o con mayor frecuencia según considere conveniente. El Moderador de la Asociación será Presidente ex-oficio de la Junta, y el Secretario de Correspondencia y Secretario miembros de la misma en igual calidad.

ART. 11. Toda Iglesia en buena relación en la conexión Bautista puede ser admitida en esta Unión a petición.

ART. 12. Esta Constitución puede ser enmendada en cualquier reunión anual por dos tercios de los votos.

T. W. COX, Moderador.

Doy fe, J. W. Collins, Sec.

REGLAS DE DECORO.

ART. 1. La Asociación empezará y concluirá con oración.

ART. 2. El Moderador será considerado juez de orden, y tendrá el derecho de llamar al orden en cualquier momento.

ART. 3. Cualquier miembro que no esté satisfecho con su decisión puede apelar a la Asociación, el mismo día, pero no después.

ART. 4. Sólo un miembro hablará a la vez, que se pondrá de pie y pedirá la palabra al Moderador.

ART. 5. El Moderador cuando un miembro solicite la palabra, deberá indicar al mismo diciendo el nombre de la persona.

ART. 6. Ningún miembro será interrumpido mientras habla, a menos que se aparte del tema, o use palabras de carácter personal; toda moción elevada y secundada quedará a consideración de la Asociación, a menos que se la retire.

ART. 7. Todo tema que la Asociación reciba para considerar debe ser decidido o retirado, antes de que se presente otro.

ART. 8. Cuando se tome un asunto, después de conceder tiempo para el debate del mismo, el Moderador tomará el voto de la Asociación sobre el tema, de la manera usual adoptada por los cuerpos deliberadores.

ART. 9. El Moderador anunciará la decisión poniéndose de pie.

ART. 10. Cualquier miembro que desee retirarse deberá primero obtener permiso del Moderador.

ART. 11. Ningún miembro hablará más de dos veces sobre el mismo tema sin permiso de la Asociación, y no más de una vez hasta que todo miembro que desee hablar haya tenido la oportunidad de hacerlo.

ART. 12. Los miembros usarán en todos los casos el apelativo de Hermano en la Asociación.

ART. 13. Los nombres de los miembros se leerán tan a menudo como la Asociación dirija.

ART. 14. El Moderador tendrá todos los privilegios de hablar, pero no votará sobre ningún asunto a menos que la Asociación esté igualmente dividida.

ART. 15. Cualquier persona que viole estas reglas será reprendida por el Moderador el mismo día en que haya ocurrido tal rompimiento del orden.

T. W. COX, Moderador.

Doy fe, J. W. Collins, Sec.

Pastores, Diáconos, Secretarios, Condición de las Iglesias. &c. &c.

Nombre de las Iglesias.	Nombre de Representantes.	Pastores.	Diáconos.	Secretarios.	Oficinas Postales.	Rec. por Bautismo.	Por Carta.	Exc. por Carta.	Excluidos.	Fallecidos.	Total.	Contribuciones.	Cultos en Igl.
Iglesia de Travis	Wm. H. Cleveland, John W. Collins, James Hall.	Cox, Davis.	J. D. Harry	J. W. Collins.	Center Hill, Austin County.	1	5	"	"	"	13	\$5	2° domingo.
Iglesia de Independencia	J. J. Davis, J. McNeil, Thos. Tremmier.	T. W. Cox.	J. J. Davis, John McNeil.	Thomas Tremmier.	Independence, Wash- ington Co.	2	4	3	"	"	17	\$5	1er. domingo.
Iglesia de La Grange	T. W. Cox, R. E. B. Baylor, I. L. Davis.	Cox, Baylor, Davis.	J. Stevens, Joseph Shaw.	James S. Lester.	La Grange, Fayette County.	3	3	2	"	"	15	\$5	4° domingo.

CARTA CIRCULAR.

Amados Amigos: Ustedes notarán en una Resolución en las actas que preceden que se me ha pedido decir unas pocas cosas a los hermanos de las varias Iglesias Bautistas. Primero, entonces, a los de la tierra de nuestro Padre, representaremos nuestra condición desamparada y destituida, y las muchas pruebas y dificultades bajo las cuales laboramos. Hermanos creyentes, se nos ha permitido organizar a unas cuantas Iglesias esparcidas en lugares solitarios, que bajo la Providencia de Dios han formado nuestra presente Asociación. Esta Asociación y estas pequeñas iglesias formarán un núcleo alrededor del cual podemos concentrarnos. Ustedes pueden ahora enviarnos su ayuda con confianza de que se preparará el camino para que ellas se conviertan en instrumentos en las manos de la Providencia para el avance del reino del Mesías en la tierra. Por consiguiente, pedimos sus oraciones y esfuerzos para que Ministros fieles puedan ser enviados a esta parte de la viña moral de Dios porque en verdad la mies es mucha y los obreros pocos. Mientras que ustedes son bendecidos con tantos privilegios religiosos nosotros les pedimos en el nombre de Cristo que no nos olviden. Tengan la seguridad de que en esta nación los ministros *piadosos* y *virtuosos* de Cristo serán recibidos con toda bondad y hospitalidad; y podemos verdaderamente decir que ninguna persona exhibe más respeto externo por las ordenanzas de la religión, o más decoro en la casa de Dios que los ciudadanos de Texas. También les pedimos que nos manden los libros religiosos, tratados, periódicos y otras publicaciones que nos instruyan, alegren y animen en esta tierra, tan distante de los que una vez amábamos y todavía amamos con afecto cristiano; una vez más oren por nosotros.

A las iglesias hermanas y hermanos en Texas occidental, que no se han unido a nosotros en este lazo de unión, sólo podemos decirles, vengan y únense a nosotros, los recibiremos con ojos llenos de lágrimas, y corazones que se derriten. No podría esperarse, queridos hermanos, que habiéndonos reunido procediendo de varias iglesias Bautistas de todos los Estados Unidos, que todos armonicemos a una en todos los puntos de doctrina. Las iglesias en sí mismas reflejan matices de diferencias en sus opiniones en cuanto a estos temas. Pero recuerden, en los grandes artículos de nuestra fe y práctica no diferimos como Bautistas. Si nuestras iglesias pequeñas, por consiguiente, insisten tenazmente en estas cosas no esenciales, seguirán desunidas, y así en fragmentos perecerán. Les presentamos nuestras actas y procedimientos para que los consideren con atención y oración, esperando que Dios por su Espíritu Santo les llevará a juzgarlas con amor cristiano, y les permitirá llegar a la conclusión correcta. Nos complace añadir, que hasta aquí Dios ha bendecido nuestros esfuerzos; muchos se han añadido a la Iglesia en Travis, e incluso mientras estoy escribiendo esto nos insisten tanto creyentes profesantes como no convertidos a que nos quedemos por unos pocos días más en estos alrededores para predicar el evangelio. Anoche tuvimos una reunión de lo más excelente, y prevaleció gran interés religioso; la probabilidad es que muchos serán añadidos a la iglesia; algunos ya han manifestado una esperanza en Cristo, y otros parecen estar preguntando en buen espíritu. Me despido queridos amigos; que Dios les bendiga y les preserve para siempre, es la oración de su hermano en Cristo.

R. E. B. BAYLOR.



